LEILA YOON



Ewan

Millonario e inaccesible

EWAN

Millonario *e inaccesible*



Hermanos McRae. Herederos millonarios #01

LEILA YOON

Todos los derechos reservados

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares, eventos o hechos reales es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de la autora, **Leila Yoon**.

El diseño y la ilustración de esta obra también son propiedad exclusiva de **Leila Yoon**.

© 2026 Leila Yoon.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

26
27
28
29
30
EPÍLOGO
EXTRA
¿ME DEJAS UNAS ESTRELLITAS?
SINOPSIS
¡ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

1



Ewan

—¿Estaréis de coña, no? —Dejé el dossier sobre la mesa con más fuerza de la necesaria—. Decidme que esto no significa lo que creo que significa.

Mis tres hermanos, Connor, Brody y Liam, se miraron entre sí con esa sonrisa contenida que solo aparece cuando sabes que alguien va a cabrearse… y ese alguien no eres tú.

Ahí lo supe.

Estaba jodido.

Y sí.

Lo que acababa de leer significaba exactamente lo que parecía.

Nos encontrábamos en la sala del consejo del Castillo de Dunbrae.

La mesa ovalada de roble ocupaba el centro del despacho y los ventanales dejaban entrar la luz gris del Hudson.

Era allí donde negociábamos contratos millonarios, donde aprobábamos inversiones estratégicas y donde protegíamos el legado familiar.

Y, por lo visto, también era el lugar donde acababan de decidir convertir mi vida en material de prensa.

—No podéis hablar en serio. —Revisé el documento una vez más, como si así pudiera cambiar su contenido—. ¿Un reportaje sobre mí?

—Sobre el director general del grupo McRae —corrigió Liam con calma—. Que casualmente eres tú.

Le lancé una mirada fulminante.

—¿Y en qué universo alternativo pensasteis que esto podría interesarme?

Connor carraspeó suavemente.

—En el universo en el que pensamos en la familia antes que en tu ego.

Brody añadió, con una sonrisa contenida:

—La exposición controlada aumenta el valor de marca. Y la marca somos nosotros.

—¿Y por qué no lo hace Liam? —solté finalmente, perdiendo la paciencia—. Él es quien adora aparecer en titulares. Vive cómodamente entre los escándalos.

Liam entrecerró los ojos.

—Mis «escándalos», querido hermano, son estrategia de posicionamiento. Relaciones públicas. Networking. No es lo mismo.

—Claro —murmuré—. Networking en yates con modelos.

Brody negó con la cabeza.

—Precisamente por eso no puede ser Liam. Nadie lo tomaría en serio.

—Tienes que ser tú, Ewan. —Liam sonrió con superioridad, a fin de cuentas todo aquello tenía que ser idea suya. Él era quien diseñaba las estrategias de promoción—. Eres el mayor, el que dirige, el líder visible.

—Necesitamos solidez, seriedad —añadió Brody—. Y eso lo representas tú.

Los miré uno por uno.

Malditos.

Me tenían acorralado. Porque, por poco que me gustara, tenían razón.

No podía dejar la reputación del castillo en manos de Liam y su tendencia natural a convertir cualquier evento corporativo en portada de sociedad.

Los cuatro éramos responsables de que el Castillo Dunbrae, conocido por el resto de Manhattan simplemente como el castillo de Manhattan, siguiera siendo sinónimo de poder, tradición y prestigio.

No era solo una construcción de piedra gris cubierta de enredaderas a orillas del Hudson.

Era una destilería familiar.

Un legado escocés plantado en el corazón de Nueva York.

En Dunbrae producíamos una de las líneas de whisky más exclusivas del país. Ediciones limitadas. Algunas de apenas cien botellas al año que ni siquiera salían al mercado.

Además de la producción, organizábamos catas privadas, experiencias VIP, visitas guiadas por la destilería moderna y el castillo, e incluso eventos en los jardines.

No vendíamos solo alcohol.

Vendíamos historia.

Vendíamos inaccesibilidad.

Yo era el director general. El que tomaba las decisiones finales y protegía el apellido cuando había que hacerlo.

Connor dirigía Operaciones. Si una barrica fallaba o un envío se retrasaba, lo sabía antes que nadie.

Brody manejaba las finanzas. Frío. Preciso. Implacable con los números.

Y luego estaba Liam.

Director de Marketing y Expansión Internacional. Carismático, brillante… y peligrosamente cómodo bajo los focos. Sabía vender hielo en el Ártico. Sabía convertir una cata privada en un evento viral. Y sí, sabía ocupar titulares.

—No pienso dejar que un periodista me diseccione como si fuera la estrella de un reality.

Liam suspiró.

—Nadie quiere convertirte en una celebridad. Se trata de controlar la narrativa.

—¿Controlar? —repliqué con ironía—. El control desaparece en cuanto metes a un periodista en la ecuación.

Connor negó despacio.

—Depende de qué periodista.

—No —respondí—. Depende de cuánto esté dispuesto a escarbar.

Liam apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos, observándome con demasiada atención.

—¿Y qué problema hay si escarba? ¿Tienes algo que esconder, Ewan?

Lo miré sin parpadear.

—No se trata de si tengo algo que esconder o no —respondí con frialdad—. Se trata de que no me da la gana de tener a alguien merodeando por aquí, haciendo preguntas y siguiéndome como si fuera un animal en observación.

Liam sonrió con una tranquilidad que me sacó de quicio.

—Se llama reportaje, Ewan. No safari.

—¿Acaso hay alguna diferencia? —repliqué con ironía—. Un desconocido siguiendo cada movimiento, esperando el instante preciso para lanzar su pregunta-trampa.

Connor bufó.

—Estás exagerando.

—No —dije, clavando la mirada en la mesa—. Estoy anticipándome.

Liam suspiró con paciencia fingida.

—Ser el mayor implica ciertas responsabilidades. Y créeme, esto no es un capricho. El misterio alrededor de Dunbrae ha sido útil durante mucho tiempo, pero necesitamos una estrategia nueva, sobre todo de cara a la expansión internacional que estamos planeando. Los inversores quieren transparencia. Y guste o no, el hermano que despierta más interés… eres tú. A nadie le interesa cómo Connor optimiza la producción ni cuántas barricas rotamos al trimestre. Tampoco como Brody estructura los fondos de inversión. Y mucho menos quieren saber a cuántos eventos de networking voy ni con quién me fotografían.

Me sostuvo la mirada.

—Quieren al primogénito. Al que dirige. Al que toma decisiones. Te quieren a ti.

Apreté la mandíbula hasta notar la presión en los dientes.

—Así que da igual lo que diga —mascullé—. No tengo opción.

Los tres negaron con la cabeza al mismo tiempo.

Podría insistir. Negarme en redondo. Hacer una pataleta. Pero nada de eso serviría.

Respiré profundamente, resignado.

—Muy bien —acepté finalmente con voz fría—. Lo haré. Pero no esperéis que el periodista salga de aquí con titulares jugosos.

Connor sonrió con suavidad.

—Eso lo sabíamos desde el principio.

Me puse en pie sin añadir más. Sentí sus miradas clavadas en mi espalda mientras salía del salón del consejo.

Atravesé el pasillo de piedra y subí la escalera que conducía a la torre este. Mi despacho se encontraba allí.

Desde mi escritorio observé el río Hudson, tranquilo e indiferente. Pensé en ese periodista, probablemente ansioso por descubrir secretos y debilidades.

Si esperaba encontrar fisuras en el castillo Dunbrae, chocaría contra un muro infranqueable.

Y nadie sabía mejor que yo cómo convertirme en piedra.

2

Genny



Terminé de escribir el artículo, un incendio provocado por un tipo que intentó freír nuggets en una tostadora, y lo envié a revisión, odiando una vez más tener que cubrir estupideces mientras otros firmaban historias que importaban.

Me recosté en la silla y miré el techo de la redacción.

No era para esto para lo que había estudiado periodismo.

Yo quería contar personas.

Siempre había querido eso.

De pequeña me pasaba horas leyendo biografías en la biblioteca del barrio. No novelas. No fantasía. Leía personas reales. Vidas que parecían imposibles hasta que alguien las escribía bien.

Amelia Earhart. Frida Kahlo. Malcolm X.

Me fascinaba cómo alguien podía reconstruir a un ser humano con palabras. Cómo una vida entera cabía en un puñado de páginas.

Yo quería hacer eso.

Quería sentarme frente a alguien y entender qué lo había hecho ser quien era. Qué lo rompió. Qué lo sostuvo. Qué lo empujó a convertirse en leyenda… o en desastre.

Pero en vez de eso, estaba escribiendo sobre electrodomésticos homicidas.

—¿Has terminado ya la epopeya del nugget criminal? —preguntó Ben desde su despacho.

Ben Wright. Redactor jefe. Adicto al café con crema, a los titulares bien construidos y al caos organizado. Siempre olía a vainilla y estrés contenido.

—Sí. El sospechoso afirma que pensó que la tostadora funcionaba «como una freidora vertical».

Ben negó con la cabeza.

—Manhattan nunca decepciona.

Le lancé una sonrisa seca.

—Algún día cubriré algo más interesante que comida procesada.

Ben salió del despacho con una carpeta en la mano. Se apoyó en mi mesa.

—Puede que ese día haya llegado.

Lo miré, escéptica.

—¿Qué pasa ahora? ¿Un atracador filosófico? ¿Un incendio con implicaciones espirituales?

Ben no sonrió.

Y eso ya era raro.

—Hablo en serio, Genny. —La forma en que lo dijo me hizo dejar de bromear al instante—. Ven a mi despacho.

No añadió nada más.

Me levanté despacio, con esa sensación incómoda que te entra cuando sabes que algo importante está a punto de pasar. Crucé la redacción con él delante.

Entramos en su despacho y cerró la puerta.

Se sentó en su silla, se quitó las gafas y las dejó sobre el escritorio. Me señaló la silla frente a él.

—Siéntate.

No era una sugerencia.

Era el tono que usaba cuando iba a decir algo que cambiaba las cosas.

Me senté sin apartar la mirada.

Ben apoyó los antebrazos sobre la mesa y se inclinó ligeramente hacia delante.

—No te voy a mandar a cubrir ninguna tontería —dijo—. Nada de incendios domésticos. Nada de vecinos paranoicos. Nada de relleno. Quiero que te encargues del reportaje de este mes.

Parpadeé.

—¿El reportaje largo? —pregunté, despacio.

Esa sección llevaba sin redactor fijo desde que su antiguo responsable fue despedido.

Desde Ethan.

El puesto más codiciado del periódico. El que abría la edición dominical. El que tenía espacio, tiempo y libertad para contar historias de verdad.

El que yo llevaba años mirando desde mi mesa de sucesos.

Ben asintió.

—El reportaje largo.

Sentí algo en el estómago. No era miedo. Tampoco euforia.

Era… vértigo.

Desde que Ethan fue despedido, la sección de reportajes largos había quedado en tierra de nadie. Iban rotando firmas como si fuera una silla musical mal organizada. Un mes lo hacía alguien de política, al siguiente uno de economía, luego uno de cultura que claramente prefería estar escribiendo sobre exposiciones y no sobre personas de carne y hueso.

Nunca me lo habían dado a mí.

Ni una vez.

Ni para probar.

Ni para un perfil pequeño.

Y ahora Ben me estaba diciendo que quería que yo firmara el reportaje del mes.

—¿De quién se trata?

Ben no respondió de inmediato. Se quedó observándome como si estuviera midiendo algo.

—¿Sabes quiénes son los McRae?

Fruncí el ceño un segundo.

—¿Los del castillo de Manhattan?

—Esos mismos.

Claro que los conocía.

Todo el mundo en Nueva York sabía quiénes eran.

La familia que había plantado una destilería escocesa en mitad de Manhattan. El whisky exclusivo. Las catas privadas. El apellido que sonaba a dinero antiguo y a puertas cerradas.

—Los del Hudson —añadí—. Los del castillo imposible que parece sacado de una película medieval con presupuesto obsceno.

Ben asintió.

—Quiero que escribas sobre el mayor de los hermanos.

Sentí cómo el estómago me daba un pequeño vuelco.

Si no estaba equivocada, el mayor de los McRae era Ewan.

El director general.

El que casi no aparecía en eventos sociales.

El que no daba entrevistas.

El que, según todos los artículos financieros, era «reservado», «estratégico» y «hermético».

Hermético era la palabra elegante.

Inaccesible era la real.

De los cuatro hermanos, él era el que menos se dejaba ver. Connor hablaba con proveedores, Brody con inversores, Liam prácticamente vivía bajo los focos. Pero Ewan…

El apellido hecho persona.

—¿Ewan?

Ben asintió.

—Su hermano Liam nos escribió. Dice que es parte de una estrategia de posicionamiento.

Arqueé una ceja.

—¿Marketing?

—Exacto. Quieren humanizar la marca. Mostrar liderazgo sólido. Ya sabes… palabras bonitas para decir que necesitan fabricar una imagen atractiva antes de una expansión.

Eso tenía sentido.

Liam era el mediático. El que sonreía en fotos con modelos y salía en eventos internacionales. El que entendía cómo funciona la prensa. Si alguien iba a empujar a su hermano mayor al foco, era él.

—¿Y Ewan está de acuerdo? —pregunté.

Ben apoyó la espalda en la silla.

—Está… resignado.

—Eso no suena a «sí, encantado de colaborar».

—Pero no puede negarse. Según he podido averiguar, la expansión internacional empieza este año. Nuevos mercados. Nuevos inversores. Y Liam quiere una imagen más… humana.

Asentí despacio.

Tenía sentido.

—Lo entiendo. Me esforzaré —dije con firmeza—. Haré el trabajo bien. Sin sensacionalismo. Pero sin maquillar nada.

Ben me observó un segundo, evaluándome.

—Eso esperaba oír.

Me levanté despacio.

—Si quieren humanizar al heredero… habrá que descubrir primero al hombre.

Me giré para salir del despacho.

—Genny.

La voz de Ben me detuvo justo cuando iba a abrir la puerta.

Me volví despacio.

—Sé que llevas tiempo detrás de esta sección. Y después de pensarlo mucho, creo que podrías ser una buena responsable de reportajes. Si haces este perfil como sé que puedes hacerlo, la sección será tuya. Oficialmente. Sin rotaciones.

Sentí cómo algo se acomodaba dentro de mí.

No era ambición.

Era certeza.

Asentí una sola vez.

—No pienso fallar.

Abrí la puerta y salí a la redacción.

El puesto de mis sueños me esperaba. No tenía ni idea lo que implicaría conseguirlo…

3

Genny



El castillo no parecía real.

Desde la carretera privada, con el Hudson detrás y esas torres de piedra recortadas contra el cielo gris, daba la sensación de que alguien lo había arrancado de Escocia y lo había plantado en Manhattan porque sí.

Giré hacia el aparcamiento privado.

Mi coche amarillo entró en escena como un chiste mal contado.

Pequeño. Viejo. Con una abolladura en la puerta derecha y la pintura desgastada por el sol y los inviernos de Nueva York. Lo aparqué entre dos SUVs negros que parecían recién salidos de un concesionario de millonarios.

Apagué el motor. Y el silencio me envolvió.

—Vale, Genny. No la cagues.

Bajé. Cerré la puerta. El sonido retumbó más de lo necesario en medio de tanta elegancia contenida.

Levanté la vista.

Piedra gris. Ventanales altos. Enredaderas trepando por las paredes como si llevaran siglos ahí.

No era solo grande.

Era intimidante.

—Solo es un edificio. No es Hogwarts.

Mentira.

Era exactamente Hogwarts si Hogwarts destilara whisky caro y firmara contratos millonarios.

Pero yo no había venido a fantasear.

Había venido preparada.

Porque antes de plantar mi coche amarillo destartalado en el aparcamiento privado del clan más hermético de Manhattan, me había empollado todo lo que existía sobre ellos.

Los MacRae.

Highlands escocesas.

Clan antiguo.

Whisky artesanal y una obsesión enfermiza con el linaje.

Fergus McRae. 1895. Acusado de traición política en Escocia. Emigró a Nueva York con una barrica familiar, un libro de recetas firmado por su madre, a la que algunos llamaban «bruja blanca», y joyas cosidas en el abrigo.

Durante la ley seca empezó a vender whisky a escondidas.

Fundó un club privado para ricos y poderosos.

The Dunbrae Society.

Y después hizo lo más excéntrico de todo: comprar un solar en Riverside Drive y trasladar parte del castillo original piedra a piedra desde Escocia.

Un castillo medieval incrustado en Manhattan como si fuera lo más normal del mundo.

Resoplé.

—Claro. Nada exagerado.

Saqué el móvil y me puse a trabajar.

Yo había llegado una hora antes.

A propósito.

Necesitaba tiempo para hacer fotos de referencia. Para tomar notas rápidas antes de que el heredero inaccesible decidiera supervisar cada uno de mis movimientos.

Saqué el móvil y empecé a trabajar.

Fotografié la fachada general.

Luego el portón.

Después los detalles de la piedra.

Me moví unos pasos para buscar mejor ángulo de la torre lateral cuando una voz masculina, grave y ligeramente agitada por el esfuerzo, habló detrás de mí.

—¿Qué haces aquí? Esto es una propiedad privada.

El corazón me dio un pequeño salto.

Me giré.

Y ahí estaba él.

Ewan McRae. Lo reconocí porque lo había visto en fotos.

No llevaba traje.

Llevaba ropa de running.

Pantalón técnico negro que se ajustaba peligrosamente bien a sus piernas. Camiseta gris de manga larga pegada al torso, oscurecida ligeramente por el sudor. Zapatillas de alto rendimiento que probablemente costaban más que mi coche.

Venía de correr.

Se notaba en la respiración todavía profunda. En el leve brillo de su piel. En el mechón de pelo oscuro que se había desordenado sobre su frente.

Joder.

El traje imponía.

Pero así…

Así era otra cosa.

Sus ojos se clavaron en mí.

Azules.

Fríos.

Y en ese momento me miraban como si yo fuera una intrusa descarada que había decidido colarse en su territorio sin permiso.

Noté el viento frío colarse por el cuello de mi abrigo. El pelo pelirrojo se me había desordenado por completo con el trayecto y ahora me caía en mechones rebeldes sobre la cara. Intenté apartarlo con un gesto rápido, demasiado consciente de mí misma de repente.

Bajé la mirada un segundo, dudando del atuendo que había elegido.

Botines planos. Vaqueros ajustados. Jersey negro sencillo. Nada exagerado. Nada llamativo.

De pronto me pregunté si debería haber llevado algo más formal. Más estructurado. Algo que encajara mejor entre tanta piedra y tanto apellido antiguo.

Pero ya era tarde.

Volví a levantar la vista. Y carraspeé, obligándome a no quedarme embobada mirando cómo la camiseta se marcaba en su torso.

—En realidad yo…

No me dejó terminar.

—Estoy harto de echar a turistas que se creen con derecho a fotografiar lo que no les pertenece —dijo, sin levantar la voz, pero con firmeza.

Fruncí el ceño.

—Yo no soy una turista. Vengo por trabajo.

Su mirada descendió lentamente.

Primero al móvil en mi mano.

Luego al aparcamiento.

Se detuvo en mi coche amarillo.

Lo examinó durante un segundo entero, como si estuviera evaluando un error de cálculo en una hoja de balances.

—¿Ese coche es tuyo?

No había burla en su voz.

Peor.

Había incredulidad contenida.

Le sostuve la mirada.

—Sí. Corre, frena y tiene calefacción. Cumple su función.

—No parece el vehículo habitual de alguien que viene a hacer negocios aquí.

—Eso es porque no vengo a hacer negocios —respondí—. Vengo a hacer preguntas.

Ewan no reaccionó de inmediato.

Y entonces otra voz se coló en la escena.

—Espero que esas preguntas no sean demasiado aburridas.

Me giré.

Y allí estaba otro McRae.

Liam.

Se parecía a su hermano, claro. Mismos ojos azules, misma estructura imposible de mandíbula, mismo ADN escandalosamente bien repartido.

Pero donde Ewan era contención, Liam era fluidez.

Llevaba un traje oscuro perfectamente entallado y se acercó con paso tranquilo, metiéndose una mano en el bolsillo.

Me observó un segundo más de lo necesario.

—Tú eres Genevieve O'Donnell, ¿verdad?

—Genny —corregí.

—Genny —repitió, asintiendo como si archivara el dato—. Liam McRae.

Se giró ligeramente hacia su hermano.

—La señorita O'Donnell será la periodista encargada de tu reportaje.

Ewan no respondió de inmediato. Se limitó a mirarme un segundo más y luego bajó la vista hacia su reloj deportivo.

—Habíamos quedado a las nueve —dijo con calma—. Son las ocho.

Le sostuve la mirada.

—He venido antes para documentarme. Fotos de referencia. Notas. No quería perder tiempo cuando empezáramos oficialmente.

Un silencio breve.

Liam sonrió.

—Me gusta. Periodistas que madrugan. Eso dice mucho.

Ewan volvió a mirarme, esta vez sin el filo inicial.

—Dice que no respeta los horarios.

—Dice que me tomo el trabajo en serio —respondí.

Liam soltó una risa baja. Ligera. Casi cómplice.

—Te prometo que no muerde —dijo, inclinándose un poco hacia mí mientras Ewan subía los escalones—. Solo gruñe antes del desayuno. Vamos. Te debo un café. Si has venido una hora antes, supongo que te has ganado al menos eso.

Sonreí un poco.

—Vale —respondí—. Pero antes quiero terminar unas fotos.

Liam inclinó la cabeza, paciente.

—Estupendo. Te espero.

Volví a levantar el móvil. Hice un par de capturas más. Un último plano general. Un detalle del portón. El contraste entre mi coche amarillo y el resto del aparcamiento perfectamente alineado.

Guardé el móvil en el bolso.

Respiré hondo.

—Ya está.

Liam señaló la entrada con un gesto elegante.

—Entonces bienvenida oficialmente, señorita O’Donnell.

Caminamos hacia la puerta.

Al cruzar el umbral, el ruido de la ciudad quedó atrás como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo.

Y mientras avanzaba por el vestíbulo con uno de los McRae a mi lado y el otro desapareciendo escaleras arriba para ducharse después de correr, tuve una certeza incómoda.

No sabía si iba a sacar lo que necesitaba de Ewan McRae.

Pero no pensaba salir de allí sin intentarlo.

4

Ewan



Entré en mi despacho a las nueve menos diez, ya vestido y listo para empezar el día. Traje gris oscuro, camisa blanca, corbata negra. Todo en su sitio. Todo bajo control.

Empujé la puerta.

Liam estaba sentado frente mi escritorio, con los pies apoyados sobre mi mesa como si aquello fuera un maldito salón recreativo.

Lo miré un segundo.

—Baja los pies.

Ni levanté la voz.

Sonrió con esa calma irritante que solo él domina.

—Buenos días a ti también.

—Los pies. De mi mesa.

Los bajó despacio, sin dejar de mirarme.

Rodeé el escritorio y dejé el móvil junto al portátil antes de sentarme frente a él.

—¿Dónde está la periodista?

—En el baño.

—No me gusta.

Liam ladeó la cabeza.

—¿Qué cosa exactamente? ¿Que tenga vejiga?

—Que esté aquí.

Silencio breve. Liam me miró con paciencia.

—Ya hablamos de esto. El reportaje es necesario para la expansión. Inversores nuevos, mercados nuevos. No podemos seguir vendiendo solo misterio.

—No se trata del reportaje.

—¿Ah, no?

Le sostuve la mirada.

—Es por ella. Que manden a otro.

Liam parpadeó una vez.

—¿Perdón?

—No me convence. Es demasiado observadora. No parece el tipo de persona que vaya a conformarse con respuestas preparadas.

Liam no apartó la mirada. Me estudió unos segundos más y, poco a poco, empezó a sonreír.

No era una sonrisa amable.

Era la sonrisa de alguien que acaba de entender algo.

—Dime una cosa —dijo con calma—. ¿De verdad no te convence?¿O es que te convence demasiado?

Lo miré frío.

—No sé qué quieres decir.

—Es pelirroja. Y todo el mundo sabe que te van las pelirrojas.

Mierda.

Me había pillado.

Aunque no pensara admitirlo en voz alta, en cuanto la vi plantada frente al castillo cuando regresaba al trote, con esa melena roja moviéndose con el viento y esa pose desafiante, pensé que era mi tipo. Y eso era peligroso. Por eso fui desagradable.

Porque una mujer que pudiera tentarme siempre era un problema.

Y una mujer que pudiera tentarme mientras analizaba cada gesto para escribir sobre mí era directamente un riesgo.

No necesitaba distracciones.

No necesitaba química.

No necesitaba una periodista pelirroja mirándome como si yo fuera un acertijo que estuviera deseando resolver.

Liam seguía observándome con esa sonrisa de hermano menor que disfrutaba demasiado cuando tenía razón.

—No voy a cambiar de periodista solo porque te ponga cachondo —dijo Liam con diversión—. He hablado con ella y está muy preparada. Eres un hombre adulto y funcional. Seguro que puedes comportarte.

Lo fulminé con la mirada.

—No es porque sea pelirroja.

Liam arqueó una ceja.

—Las pelirrojas son tu debilidad, admítelo.

—No pienso admitir semejante estupidez.

—¿Ah, no? —se cruzó de brazos—. Todas las mujeres que te han gustado han sido pelirrojas. Todas. Tus novias también. Como Amy, por ejemplo.

Mi expresión se endureció.

—No metas a Amy en esto.

Justo entonces llamaron a la puerta.

Tres golpes suaves.

Liam ni siquiera disimuló la sonrisa antes de abrir.

Y allí estaba ella.

Se había recogido el pelo en una coleta baja, pero algunos mechones rojizos seguían escapándose alrededor de su cara. Llevaba la libreta en una mano y el móvil en la otra. Profesional. Serena.

Solo que su sonrisa no era del todo natural.

Era forzada.

Controlada.

Entró con paso firme.

Se acercó a la mesa sin titubear y me tendió la mano.

—Las nueve en punto —dijo—. Supongo que ahora sí estoy dentro del horario permitido. Como le ha dicho Liam antes, mi nombre es Genny O'Donnell, y me encargaré del reportaje.

Me levanté.

Su mano seguía extendida entre nosotros, firme, sin temblor.

La estreché.

Una pequeña corriente eléctrica me sacudió de pronto.

—Ewan McRae —dije.

Ella retiró la mano con naturalidad y tomó asiento frente a mí.

Liam se aclaró la garganta desde la puerta.

—Antes de dejaros solos… tengo una duda importante. ¿El color del pelo es natural?

Quise asesinarlo ahí mismo.

Genny parpadeó, sorprendida, y se apartó un mechón suelto detrás de la oreja.

—Mi padre es irlandés —explicó—. En mi familia el rojo viene de serie.

—Irlandesa —repitió Liam, como si aquello confirmara algo importante—. Interesante.

La miré.

—Eso explica el fuego.

Ella no apartó la mirada.

—¿Le asusta el fuego, señor McRae?

La sostuve un segundo más.

—Solo cuando es incontrolable.

Liam dio una palmada suave.

—Y con esa nota dramática, os dejo solos.

Salió del despacho sin esperar respuesta.

La puerta se cerró.

Ella cruzó las piernas y abrió la libreta. El gesto ya no era desafiante. Era profesional.

—Bien —dijo—. Le explico cómo he planteado el reportaje para que no haya malentendidos.

Apoyé las manos sobre el escritorio.

—La escucho.

—No quiero hacer un perfil corporativo. Eso ya lo tiene en la web de la destilería. Tampoco un artículo sensacionalista. No me

interesa su fortuna ni las cifras de producción. Quiero hablar de la persona que hay detrás de todo eso.

La observé unos segundos antes de responder.

—Creo que lo que va a descubrir será decepcionante.

No apartó la mirada.

—Eso lo decidiré yo.

La miré sin cambiar la expresión.

—No hay nada extraordinario en mí.

Ella ni siquiera dudó.

—No me lo creo. Dirigir este sitio ya es extraordinario por sí solo.

—Es trabajo.

—Es poder.

—Es responsabilidad.

—Es influencia —corrigió—. Y eso nunca es neutro.

La miré en silencio varios segundos. Era lista. Pelirroja y lista. La combinación más peligrosa de todas.

—No voy a mentirle, señorita O'Donnell…

—Genny —me interrumpió con suavidad—. Puede llamarme Genny.

No aparté la mirada.

—Prefiero mantener los formalismos.

—¿Le incomodan las distancias cortas?

—Me resultan innecesarias.

—A mí no.

La ignoré.

—Como iba diciendo, señorita O'Donnell —continué—, no tengo intención de convertir esta entrevista en algo íntimo. Responderé a sus preguntas dentro de un marco profesional. Nada más.

No pareció ofendida.

—No se preocupe, señor McRae —respondió con calma—. No estoy aquí para psicoanalizarle. Me conformaré con que responda a mis preguntas y no me trate como una amenaza.

—Entonces no se comporte como si lo fuera.

Silencio.

—Prometo no serlo —añadió.

—No haga promesas en vano.

Sus labios se ligeramente.

—No suelo hacerlas.

La observé unos segundos más.

Tranquila. Firme. Nada desafiante en exceso. Solo segura.

—Bien —dije al final—. Empiece.

Abrió la libreta con calma y me lanzó la primera pregunta directa y sin adornos.

5

Genny



Miré la transcripción de la entrevista en la pantalla de mi portátil con el ceño fruncido.

Era casi medianoche.

La única luz del salón era la lámpara de pie junto al sofá y el reflejo azul del documento abierto.

Suspiré.

No servía.

Todo eran respuestas vacías. Pulidas. Medidas al milímetro.

Desplacé el texto con el dedo por el trackpad.

—¿Siempre quiso dirigir Dunbrae?

«Siempre supe que asumiría mi responsabilidad cuando llegara el momento.»

—¿Le pesa ser el primogénito?

«El peso forma parte del cargo.»

—¿Ha renunciado a algo por el negocio familiar?

«Cada decisión implica renuncias. No es algo extraordinario.»

Oh, por favor.

Apoyé la espalda en el sofá y volví a mirar la pantalla.

Era desesperante.

No había una sola grieta. Ni una frase que se desviara del discurso perfecto. Todo correcto. Todo limpio. Todo… vacío.

Desplacé el texto un poco más.

—¿Qué es lo que más le ha costado asumir?

«Las decisiones complejas requieren distancia emocional.»

Era imposible escribir un artículo medianamente decente con ese material.

Cerré el portátil de golpe.

En ese momento llamaron a la puerta.

Miré el reloj.

Casi las once y media.

Volvieron a llamar. Tres golpes rápidos.

Abrí.

Olivia, mi mejor amiga, estaba en el rellano con una bolsa grande de papel kraft con el logo rojo del restaurante de su padre estampado en el centro.

—Sé que es tarde —dijo entrando ya en modo hermana mayor —, pero estaba en el restaurante de papá cuando me escribiste diciendo que aún estabas despierta. Le pedí a Adam que me trajera.

Miré hacia el hueco de la escalera por inercia.

—¿Está abajo?

—Obviamente —respondió, rodando los ojos—. Desde que anuncié que estaba embarazada se ha vuelto paranoico. Si por él fuera, viviría envuelta en plástico de burbujas.

Sonreí.

Adam era así.

Devoto. Protector. Excesivamente atento.

—Me da exactamente cuarenta y cinco minutos antes de que suba a comprobar que sigo viva.

Cerré la puerta.

—No tenías que venir.

—Claro que sí.

—Es tu primer gran reportaje. Hay que celebrarlo. Y he traído tu plato favorito.

Dejó la bolsa sobre la mesa con gesto triunfal y sentí la emoción expandirse por mi pecho.

Olivia sabía lo mucho que significaba ese reportaje para mí. Nos conocimos en el periódico, y aunque ahora ella ya no trabajaba allí, seguía siendo la primera persona en la que pensaba cuando algo importante pasaba en mi vida.

Que se hubiera tomado la molestia de venir a casa para traerme comida era su forma de decirme «estoy orgullosa» sin necesidad de palabras.

Además, el padre de Olivia tenía uno de los mejores restaurantes coreanos de Manhattan. No de esos que se ponen de moda un año y desaparecen. Uno de verdad. Con clientela fiel, críticos rendidos y reservas imposibles los fines de semana.

Y hacía el mejor bibimbap del mundo.

—Dime que eso es lo que creo que es —murmuré, señalando un recipiente.

—Bibimbap con extra de carne y el kimchi bueno, no el que sirven a los turistas.

Sonreí por primera vez en toda la noche.

—Te quiero.

—Lo sé.

Se dejó caer en el sofá con cuidado, acomodando la barriga antes de suspirar.

—Y ahora que ya he cumplido con mi deber como mejor amiga embarazada responsable, cuéntame por qué el señor millonario inaccesible te tiene con esa cara.

Abrí el portátil de nuevo y giré la pantalla hacia ella.

—Porque esto es basura.

Olivia miró la transcripción unos segundos.

—«El liderazgo exige coherencia estratégica» —leyó en voz alta —. ¿Quién habla así fuera de una conferencia de inversores?

—Exacto.

Se inclinó un poco más hacia la pantalla.

—«La vulnerabilidad es un lujo que no siempre puedo permitirme.»

Frunció el ceño.

—Vale. Esta es peor.

La miré.

—¿Ves? No dice nada. Son frases que suenan profundas, pero no cuentan nada real.

Olivia cerró el portátil despacio.

—¿Y qué vas a hacer?

Suspiré.

—Aún no lo sé.

Abrí la bolsa y saqué el recipiente del bibimbap. El calor se escapó en una nube ligera cuando levanté la tapa.

El arroz blanco en el fondo. La carne marinada a un lado. Las verduras perfectamente colocadas en secciones ordenadas. El huevo intacto en el centro.

Perfecto.

Demasiado perfecto.

Cogí los palillos, rompí la yema y la mezclé con el arroz despacio.

—Tal vez tengo que cambiar el enfoque.

Olivia frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Quizá debería dejar de hacer preguntas.

—¿Perdón? Eres periodista. Las preguntas son tu herramienta.

—Una herramienta que en este caso no funciona.

Olivia apoyó los codos en la mesa.

—Entonces ¿cuál es el plan?

La miré un segundo antes de responder.

—El plan es pegarme a él como una lapa. Si lo sigo a todas partes, en algún momento se abrirá una grieta en ese muro.

Olivia abrió mucho los ojos.

—Eso suena ligeramente obsesivo. Además, ¿crees que va a dejar que le sigas como si nada?

Me encogí de hombros.

—No puede negarse.

Olivia entrecerró los ojos.

—¿Ah, no?

—Fueron ellos los que propusieron el reportaje. Si quieren que salga bien, tendrán que facilitarme las cosas. —Suspiré—. Ojalá fuera como su hermano Liam.

Olivia arqueó una ceja.

—¿Es más guapo?

—Más fácil. Con Liam todo fluye. Habla sin pensar demasiado. Se ríe. Coquetea. Sabes por dónde va.

—Y con Ewan no.

Negué con la cabeza.

—Con Ewan cada palabra parece filtrada por tres departamentos legales y un comité de crisis.

Olivia soltó una risa.

—Eso suena agotador.

—Lo es. Pero no pienso dejar que gane. No voy a conformarme con frases bonitas. Voy a descubrir quién es el hombre debajo del traje. Y si para ello tengo que convertirme en su sombra, lo haré. —Suspiré—. Ben me prometió el puesto fijo en la sección de reportajes si este perfil sale bien. Sin rotaciones. Sin volver a cubrir incendios absurdos ni nuggets criminales. Llevo años esperando esa sección. No voy a perderla porque un millonario hermético sabe dar respuestas perfectas.

Olivia me sostuvo la mirada, evaluándome.

Yo ya lo tenía claro.

Porque los muros no se derriban a golpes.

Se desgastan.

Y yo tenía toda la intención de quedarme hasta que apareciera la primera grieta.

6

Genny



Aparqué el coche en el aparcamiento del castillo, cogí el posavasos con los cafés del asiento del copiloto y crucé la entrada principal con paso decidido.

Liam me había hecho un breve tour por el castillo después de la reunión con Ewan, así que no me costó ubicarme.

El despacho del primogénito se encontraba en la torre este, en la segunda planta.

Miré el reloj.

Faltaban cinco minutos para la hora acordada.

Me apoyé en la pared del pasillo, frente a la puerta cerrada, y di un sorbo a mi café. El silencio del castillo era denso, casi solemne,

roto solo por el eco lejano de unos pasos en alguna otra ala.

Y entonces esos pasos dejaron de ser lejanos.

Levanté la vista justo cuando Ewan doblaba la esquina del pasillo. Traje oscuro, chaqueta abierta, expresión concentrada… hasta que me vio.

Se detuvo.

La sorpresa cruzó su rostro apenas un segundo, pero fue suficiente.

—¿Qué hace aquí? —preguntó, sin brusquedad, aunque con evidente desconcierto.

Sonreí y alcé el vaso de cartón.

—Trabajo de campo.

Su ceja derecha se arqueó levemente.

—¿Trabajo de campo?

—Para el reportaje —aclaré—. Voy a seguirle unos días. Necesito observar cómo trabaja. Cómo toma decisiones. Cómo se mueve en su propio territorio.

Su expresión se endureció al instante.

—No lo apruebo.

Me encogí ligeramente de hombros, como si aquello no fuera ninguna sorpresa.

—Ya lo ha aprobado Liam por usted.

Sus ojos se afilaron.

—Liam no puede tomar estas decisiones por mí.

—Hoy parece que sí.

Le tendí el vaso que llevaba en la mano libre.

—Por cierto, le traigo un café.

Ewan lo miró con evidente desconfianza, como si sospechara que aquello escondía segundas intenciones. Finalmente lo cogió.

Lo probó.

Su expresión cambió al instante.

—Está frío. Además… ¿qué lleva esto? —Volvió a dar un sorbo, más breve—. No sabe a café.

Me crucé de brazos, conteniendo la sonrisa.

—Es un latte con caramelo y un toque de vainilla.

Sus ojos se elevaron hacia los míos.

—Entonces no es un café.

—Claro que lo es.

—No tomo bebidas con sustancias cancerígenas.

Parpadeé.

—¿Perdón?

Alzó ligeramente el vaso.

—Jarabes artificiales. Sirope procesado. Espuma sospechosamente estable. Esto es un experimento químico.

No pude evitar soltar una risa.

—Oh, venga…

Ewan negó con la cabeza, y, sin más, me devolvió el vaso.

Acto seguido abrió la puerta de su despacho.

Se detuvo en el umbral y me miró por encima del hombro.

—Entonces… ¿no hay forma de librarme de usted?

Sonreí, tranquila.

—Podría intentarlo, pero tendría que correr más rápido que yo.

Sus ojos destellaron, mitad advertencia, mitad desafío.

Entró en el despacho.

Yo lo seguí.

—Tranquilo, señor McRae —añadí mientras cruzaba la puerta tras él—. Solo estaré observando.

Ewan rodeó el escritorio y tomó asiento sin prisas.

Me indicó la silla frente a él con un gesto breve.

—Puede quedarse. De momento.

Tomé asiento sin apartar la mirada.

—Generoso por su parte.

—No lo malinterprete —añadió con calma—. Si surge cualquier asunto confidencial, saldrá. Y nada de lo que escuche en este despacho o en una reunión puede salir de aquí. Ni cifras, ni nombres, ni estrategias.

—Soy periodista, no espía industrial.

—Eso está por ver.

Se inclinó ligeramente hacia atrás en el sillón y abrió una carpeta con movimientos precisos.

Pasó una página.

—¿Preparada para aburrirse, señorita O'Donnell?

Pensé que exageraba.

De verdad lo pensé.

Pero tras la primera reunión con el equipo de estrategia internacional sobre expansión y riesgos de mercado, la segunda con el departamento jurídico revisando cláusulas interminables de una adquisición y la tercera con operaciones debatiendo optimización de costes… tuve que admitirlo.

Sobre el papel era aburrido.

Aburrido.

Aburrido.

Nada de eso era destacable para el reportaje, a no ser que quisiera escribir un especial titulado «El apasionante mundo de las cláusulas de cumplimiento y las previsiones logísticas».

Esperaba que bajase la guardia en algún momento.

Nadie podía sostener esa compostura las veinticuatro horas del día.

Y entonces llegó la hora del almuerzo.

Ewan cerró la carpeta, consultó el reloj y se levantó.

—Vamos.

No fue una invitación. Fue una indicación.

Lo seguí por un pasillo lateral hasta la cafetería del personal. Nada de comedor privado ni mesa reservada. Una sala amplia, luminosa, con largas mesas de madera y empleados mezclados sin distinción aparente.

Eso sí era interesante.

En una mesa al fondo ya estaban sus tres hermanos. Se parecían tanto entre sí que era ridículo dudar de su parentesco

Antes de acercarnos al buffet, Ewan cogió una bandeja sin mirarme.

—Sírvase lo que quiera. Aquí no hay protocolo.

La cafetería era amplia, luminosa, con un buffet sorprendentemente variado: ensaladas frescas, platos calientes, pan recién hecho, fruta cortada.

Me serví mientras lo observaba de reojo. Él elegía comida sencilla, casi espartana.

—Ojalá tuviéramos algo así en mi redacción —comenté—. Nosotros sobrevivimos a base de café requemado y máquinas expendedoras sospechosas.

—Eso explica muchas líneas dramáticas de la prensa actual —respondió sin alterarse.

Sonreí.

Nos acercamos a la mesa.

Connor fue el primero en mirarme, con una media sonrisa curiosa. Aunque no nos conocíamos personalmente lo ubiqué de las fotos que vi en internet.

—Así que tú eres la famosa periodista.

Sonreí y le tendí la mano.

—Genny O'Donnell. Y «famosa» me parece una exageración peligrosa.

Connor estrechó mi mano con firmeza.

—Connor. Si sobrevives al día de hoy, te hacemos una placa conmemorativa.

Liam, sentado a su lado, me guiñó un ojo a modo de saludo.

—Bienvenida al campo de batalla.

—No exageréis —murmuró Ewan, dejando la bandeja sobre la mesa.

—Yo solo digo que tiene mérito —añadió Brody, apoyándose en el respaldo de la silla—. Por cierto, soy Brody, y me gusta tu color de pelo.

Parpadeé.

—¿Mi color de pelo?

Connor asintió con solemnidad fingida.

—No es muy habitual encontrarse con pelirrojas auténticas, ¿verdad, Ewan?

Los tres giraron la cabeza hacia él con sincronización sospechosa.

Ewan ni siquiera levantó la vista del plato.

—Comed.

—Eso no es una respuesta —insistió Brody.

—Es la única que vais a tener.

Los observé uno por uno.

Connor con esa sonrisa demasiado inocente.

Brody disfrutando claramente del espectáculo.

Liam fingiendo neutralidad.

Apoyé el tenedor en la bandeja.

—¿Por qué tengo la sensación de que esto es algún tipo de broma interna entre vosotros?

Connor no dudó.

—Porque lo es.

—Connor —advirtió Ewan.

—¿Qué? —se encogió de hombros—. No he revelado nada confidencial. —Luego me miró—. Digamos que en esta familia el pelirrojo gusta mucho.

Brody asintió con gravedad fingida.

—Muchísimo.

Ewan los fulminó con la mirada y el ambiente volvió a tensarse apenas un segundo.

Perfecto.

Era el momento de girar el tablero.

Me acomodé en la silla y hablé con naturalidad.

—Ya que estamos todos aquí… quería proponeros algo. Me gustaría fijar una hora con cada uno de vosotros para unas entrevistas. Por separado.

Silencio.

Breve.

Interesado.

—¿Entrevistas individuales? —preguntó Liam.

—Necesito distintas perspectivas.

—No es necesario —intervino Ewan con voz plana.

Lo miré sin perder la sonrisa.

—Sí lo es. Un perfil sin voces externas es un comunicado de prensa.

Connor soltó un leve «ouch» por lo bajo.

Ewan sostuvo mi mirada un segundo.

—De acuerdo, pero quiero estar presente.

—¿Para controlar la narrativa?

—Para asegurar que no se tergiversen los hechos.

—Eso suena sospechosamente parecido a controlar la narrativa.

—Si van a hablar de mí, quiero estar —replicó Ewan sin alzar la voz.

Bufé antes de poder evitarlo.

Connor disimuló una sonrisa.

Brody directamente no lo intentó.

—Con todo respeto —dije, intentando ser paciente—, si está presente, no hablarán de usted. Hablarán para usted.

Ewan resopló.

—Está bien. Una hora. Por separado. Y espero profesionalidad.

La tensión descendió apenas un grado. Aproveché el momento.

—Entonces… otra cosa. ¿Os molesta que os trate de tú durante las entrevistas? Vuestro hermano me ha pedido formalidad estricta con él, y no quiero generar un conflicto diplomático innecesario.

Connor levantó la mano como en el colegio.

—Yo voto por el tú.

—Por favor —añadió Brody—. Si me hablas de usted, sentiré que estoy declarando ante un juez.

Liam asintió con serenidad.

—Informal está bien.

—Perfecto. En ese caso…

Saqué el móvil y, entre bocado y bocado, cerramos las tres citas para la semana próxima.

Connor a primera hora del martes.

Brody el miércoles por la tarde.

Liam el jueves antes de comer.

Ewan no intervino.

Solo observó.

Como si estuviera archivando mentalmente cada movimiento.

Terminamos el almuerzo con una normalidad sorprendente. Alguna broma más, un comentario sobre un proveedor, un cruce rápido de miradas entre hermanos que decía más que cualquier frase.

Y luego volvimos al trabajo.

La tarde fue… exactamente como la mañana.

Reuniones.

Presentaciones interminables.

Debates sobre márgenes, plazos y proyecciones.

Aburrido.

Aburrido.

Aburrido.

A media tarde, por fin, Ewan cerró la última carpeta.

—Por hoy es suficiente —dijo, recogiendo su portátil—. Puede irse, señorita O’Donnell.

Sonreí.

—Aún no hemos terminado.

Se giró despacio.

—¿Perdón?

—Me ha permitido acompañarle en su jornada laboral. Ahora toca el tiempo de ocio.

Un silencio.

—¿Está de broma?

—No.

Cogí mi bolso con toda la naturalidad del mundo.

—Me muero de ganas de saber qué hace en su tiempo libre.

Sus ojos se estrecharon un poco.

—Mi vida privada no forma parte del acuerdo.

No dudé.

—Todo lo que tenga que ver con usted forma parte del acuerdo.

Ewan resopló.

—Increíble.

No supe si era una queja… o una rendición parcial.

Sin añadir nada más, salió del despacho con paso firme.

Yo lo seguí.

Giró en una esquina sin frenar. Atravesamos una galería lateral menos transitada y silenciosa.

Se detuvo frente a una puerta y la abrió con rapidez, entrando sin mirar atrás.

Yo aceleré el paso para no perderlo. Entré detrás de él y choqué con su espalda cuando se detuvo de pronto. Se giró mirándome con el ceño fruncido.

—¿Qué hace?

Miré alrededor.

Azulejos.

Espejos.

Lavabos.

Un segundo. Dos.

Oh.

—Es el baño de hombres ¿También forma parte del acuerdo?

—No —admití—. Esto no.

Él asintió levemente. Retrocedí hacia el pasillo y él cerró la puerta tras de sí.

Me apoyé en la pared del pasillo, esperando.

Al principio no le di importancia. Cinco minutos pasan rápido. Luego miré el reloj otra vez.

Diez.

Fruncí el ceño.

Quince.

Vale. ¿Qué estaba haciendo ahí dentro? ¿Revisando correos? ¿Replanteándose su vida? ¿Esperando a que me cansara?

A los veinte minutos ya me parecía excesivo.

Me acerqué un poco la puerta. No se oía nada. Ni agua. Ni pasos. Ni movimiento.

Justo entonces apareció una chica con uniforme de limpieza, joven y bastante guapa, empujando un carrito.

Se acercó con total normalidad e hizo ademán de abrir la puerta.

—Hay alguien dentro —le dije enseguida.

La chica se detuvo.

—¿Ah, sí?

Asentí.

Ella llamó con los nudillos, con profesionalidad automática.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

La limpiadora esperó unos segundos, inclinando ligeramente la cabeza, como si intentara captar algún sonido desde dentro. Nada.

Volvió a llamar, esta vez más fuerte.

—¿Hola?

Silencio otra vez.

Yo me moví incómoda.

—Ha entrado hace un rato —dije—. Estoy segura.

La chica me miró con expresión neutra.

—Puede que haya salido por la otra puerta.

—¿La otra puerta?

—Este baño conecta con el ala norte, es como un atajo. Mucha gente lo usa para evitar el pasillo principal.

Miré la puerta cerrada, sintiendo cómo el enfado trepaba por mi garganta hasta escaparse en forma de una risa amarga e incrédula.

Lo comprendí al instante: Ewan McRae me había dejado plantada.

Sin avisar.

Sin dudarlo.

Y sin el más mínimo remordimiento.

7

Ewan



Llegué al campo de tiro listo para soltar todo el mal humor que había ido acumulando durante el día cuando el móvil vibró en mi bolsillo.

Lo saqué sin demasiadas ganas.

GENNY

McRae, es usted un cobarde. Me ha dejado plantada sin ninguna explicación.

No pude evitar esbozar una pequeña sonrisa.

Si pensaba que iba a dejar que me arrinconara… iba lista.

Guardé el móvil y alcé la vista.

El viejo campo de tiro con arco seguía funcionando como símbolo de nuestras raíces.

No era un simple espacio de entrenamiento. Era historia.

Se encontraba en el extremo norte de los jardines, separado del resto por una línea de cipreses perfectamente alineados. La estructura de madera oscura, restaurada pero fiel a la original escocesa, protegía la zona de tiro. Frente a ella, varias dianas circulares se extendían en paralelo, con el Hudson al fondo como telón gris y constante.

Tradición frente a Manhattan.

Silencio frente a ruido.

Aquí no había prensa.

No había preguntas.

Solo objetivo.

Tensé la cuerda. Solté. La flecha atravesó la diana con un golpe seco.

—Oye, ¿dónde has dejado a la pelirroja?

La voz llegó desde detrás de mí. Connor.

No me giré de inmediato. Coloqué otra flecha con calma deliberada, como si la pregunta no tuviera importancia.

—No la he dejado en ningún sitio —respondí.

Connor caminó sobre la grava hasta colocarse a mi derecha. Se plantó a mi lado con naturalidad, tomó una flecha y la encajó en la cuerda. Estaba listo para disparar, postura firme, expresión demasiado entretenida para mi gusto.

—Curioso —dijo—. Porque la última vez que la vi estaba maldiciéndote frente a los baños de hombres. ¿La dejaste esperando ahí mientras escapabas por la otra puerta?

Tensé la cuerda otra vez.

—Pretendía seguirme toda la tarde.

Connor resopló.

—Lo vives como si fuera una tortura. Si yo estuviera en tu lugar, disfrutaría de tener como sombra a una mujer tan guapa.

—Aún estamos a tiempo de cambiar el reportaje —dije sin mirarlo—. Que te lo hagan a ti.

Connor se rio.

—Ewan, por favor. Ya lo hablamos. A nadie le interesa leer un reportaje sobre el director de Operaciones teniendo al Director General. Quieren poder. No procesos. ¿Por qué lo estás complicando tanto?

Tensé la cuerda.

—No lo estoy complicando.

—Sí lo estás. —Apuntó sin mirarme y soltó—. Es un reportaje. No una ejecución pública.

—Siempre he sido reservado.

—Lo sé.

—Y tener a una mujer siguiéndome todo el día no ayuda.

—Solo van a ser unos días —dijo al fin—. Coopera y deja que haga su trabajo. No te está pidiendo que confieses tus traumas ni que escribas unas memorias. Solo que no te comportes como si te estuvieran arrancando una uña cada vez que está cerca.

Justo en ese momento oí pasos sobre la grava.

—¿Interrumpo un momento íntimo o puedo participar? —dijo Liam con esa voz relajada que siempre parecía burlarse del mundo.

No me giré.

Connor sí.

Brody venía detrás.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté.

—Hemos oído rumores —dijo Liam con calma—. Sobre baños, puertas traseras y periodistas pelirrojas.

Alcé las cejas, sorprendido.

—¿Cómo os habéis enterado?

—Nos encontramos a Genny y nos puso al corriente. —Brody soltó una risita—. ¿Usaste el baño para escapar de ella? Eso es un golpe bajo.

—No escapé.

—Claro. Fue una maniobra estratégica. Entrada frontal, salida táctica por ala norte —se burló Liam.

Brody negó con la cabeza, divertido.

—No puedes llamarlo estrategia cuando la única amenaza era una libreta.

Apreté los dientes.

—¿No tenéis otra cosa que hacer que tocarme las narices?

Liam se llevó la mano al pecho con dramatismo.

—Yo solo estoy haciendo tiempo mientras llega mi cita. He quedado con una modelo de Victoria's Secret. Sueca. Uno setenta y ocho. Habla tres idiomas y ninguno de ellos incluye «compromiso».

Connor soltó una risa.

—¿Es la de la semana pasada o una nueva adquisición?

—Es nueva. —Se pasó la mano por el pelo como si estuviera en la alfombra roja—. Esta desfila en Milán. Y es muy disciplinada. Me gustan disciplinadas.

—Claro. Porque tú eres la definición de orden y estructura.

Brody, que estaba apoyado contra uno de los pilares de madera, se encogió de hombros.

—Yo he venido por si queríais ir luego a tomar algo —dijo con calma—. Pero veo que la terapia familiar está en pleno apogeo.

Connor se enderezó.

—Yo me apunto. Después de esto necesito una copa.

Liam se encogió de hombros.

—Yo iría… si no tuviera la cita. No voy a hacer esperar a una modelo sueca por una sesión de introspección masculina.

Connor le dio un golpecito en el hombro.

—Prioridades.

Clavé la mirada en la diana.

—Pues yo paso.

Tensé la cuerda por última vez.

El campo quedó en silencio. Incluso el viento pareció detenerse un segundo.

Solté.

La flecha cruzó el aire limpia, recta, sin titubeos. Centro. Diana perfecta.

Bajé el arco con calma. Lo dejé sobre la mesa de madera sin mirar a ninguno y eché a andar hacia el castillo, sintiendo sus miradas en la espalda.

La grava crujía bajo mis pasos.

El Hudson seguía gris al fondo.

El aire frío despejaba la cabeza, pero no lo suficiente.

Por hoy me había deshecho de ella.

De sus preguntas.

De su mirada.

Pero mañana volvería.

Y no tenía muy claro cuánto tiempo podría soportar tenerla tan cerca.

8

Genny



Llamé a la puerta con más fuerza de la necesaria.

Esperé.

Volví a llamar.

La puerta se abrió y apareció Adam, despeinado, con una camiseta gris y expresión de ligera alarma.

—Genny… ¿va todo bien? ¿Te esperábamos?

—No. Pero necesito ver a Olivia.

No esperé invitación. Pasé a su lado como una ráfaga.

—Vale —murmuró él detrás de mí—. Eso suena a emergencia.

Entré directa al salón.

Olivia estaba en el sofá, ya en pijama, con una manta sobre las piernas y un bol enorme apoyado en la barriga.

Me miró.

Parpadeó.

—¿Genny?

—Ewan McRae es un maldito ninja sin escrúpulos.

Silencio.

Adam cerró la puerta despacio.

—Voy a asumir que eso no es un cumplido.

—Ha vuelto a escaparse.

Olivia dejó el bol en la mesa con absoluta calma.

—¿Baño o jardín esta vez?

—Biblioteca.

—Interesante. —Se acomodó en el sofá—. Desarrolla.

—Me dijo que iba a pasar la tarde leyendo. En la biblioteca. Como si fuera un lord victoriano o algo así. Así que lo acompañé. Estábamos allí. Él con un libro en la mano, yo tomando notas, intentando que aquello pareciera una escena normal. Y en un momento me doy la vuelta. Literalmente un momento. Y cuando vuelvo a mirar… no está.

Olivia frunció el ceño.

—No puede haberse ido tan rápido.

—Eso pensé yo. Pero la sala estaba vacía. Y entonces lo vi.

—Ay, no… —murmuró Adam.

—Una de las estanterías estaba ligeramente descolocada. Apenas unos centímetros. Como si alguien la hubiera empujado.

Olivia me miró fijamente.

—No.

—Sí.

—¿Me estás diciendo que hay una estantería secreta?

—Te estoy diciendo que ese hombre vive en un castillo con salidas de emergencia dignas de una novela de misterio.

Adam abrió mucho los ojos.

—Eso es increíble.

—No, Adam. No es increíble. Es desesperante.

Olivia intentó no sonreír.

—Vale, vale. Entiendo que molesta. Pero también es un poco… impresionante.

—No es impresionante. Es infantil. ¿Quién desaparece por una pared en mitad de una conversación?

—Alguien que no quiere tener esa conversación —dijo Olivia con calma.

—Se está comportando como un imbécil. Hoy es la cuarta vez que me deja plantada.

—Cuarta —repitió Adam.

—Sí. El primer día fue en los baños. Entró y salió por otra puerta como si estuviera huyendo de la mafia. Me tuvo veinte minutos esperando.

Olivia asintió.

—El segundo fue en los jardines. Íbamos caminando por la zona norte, hablando de la destilería, todo muy profesional… y de repente dice que quiere enseñarme «una vista mejor del Hudson». Giro un segundo para hacer una foto… y cuando levanto la cabeza, ya no está. Se metió por un sendero lateral que solo él conoce. Desapareció entre los cipreses como si se hubiera entrenado para eso.

Adam soltó una carcajada.

—Vale, eso es casi admirable.

—No lo es.

—Un poco sí —murmuró Olivia.

—El tercero fue en el despacho. Estábamos revisando unos documentos. Se levantó para «buscar un informe» en el archivo lateral. Lo vi cruzar la puerta. Cinco minutos. Diez. Quince. Fui detrás… y el archivo conecta con un pasillo interno que da a la otra ala del castillo. Cuando llegué allí, ya estaba en una reunión como si nada hubiera pasado.

Olivia abrió los ojos.

—Eso ya es planificación.

—Exacto. No es improvisado. Lo tiene medido.

—Y ahora la biblioteca —dijo Olivia.

—Y ahora la biblioteca. Pared giratoria. Desaparición oficial. —Me pasé la mano por el pelo—. Ese hombre me odia.

—No te odia —dijo Olivia con suavidad.

—Pues lo disimula muy bien.

—Si te odiara no se tomaría tantas molestias.

Adam asintió.

—Construir un sistema de evasión personalizado requiere dedicación.

Le lancé una mirada.

—No me ayudais..

Olivia volvió a mirarme con atención.

—Pues si tanto te disgusta… dale una lección.

Fruncí el ceño.

—¿Perdón?

—Que deje de jugar al escondite. Haz algo.

—¿Como qué? ¿Ponerle una multa por desaparición?

—No sé. Pero está claro que mientras pueda escaparse… lo hará.

Suspiré.

—Evitar que se escape no es tan fácil.

—¿Ah, no?

—No. ¿Qué quieres que haga? ¿Encadenarlo a una silla?

Adam, negó con la cabeza.

—Me preocupa lo rápido que ha salido esa opción.

—Es una forma de hablar —murmuré.

Olivia no sonreía.

—Bueno… técnicamente sería eficaz.

—No voy a secuestrar a nadie.

—Nadie ha dicho secuestrar.

—Olivia.

Adam carraspeó.

—Yo voy a volver a la cocina. No quiero ser cómplice de nada.

—Nadie está siendo cómplice de nada —dije automáticamente.

Olivia me miró.

—¿Seguro?

Suspiré.

—Igual tienes razón y lo único que necesita Ewan es una lección. No puede ser que desaparezca y ya está. Como si yo me quedara hablando con las paredes.

—Literalmente —añadió Olivia.

Y entonces se me ocurrió.

Una idea loca.

Disparatada.

Una idea que, probablemente, cualquier persona sensata descartaría en menos de tres segundos.

Pero que quizá…

Quizá me ayudaría a poner a Ewan en su lugar.

9

Genny



Estaba apoyada en la pared, justo frente a la puerta de su despacho.

Sonreía.

Tenía las manos detrás de la espalda y el bolso colgado del hombro. El pasillo estaba en silencio. El castillo entero parecía contener la respiración.

Entonces apareció Ewan.

Traje oscuro impecable. Mandíbula tensa. Mirada fría. Cara de acelga nivel experto.

Se detuvo al verme.

—Siempre tan puntual, señorita O'Donnell.

Incliné ligeramente la cabeza.

—Buenos días a usted también.

Sacó las llaves y abrió la puerta.

—Espero que hoy no me pierda la pista.

Oh, encima recochineo.

Sonreí con más calma todavía.

—No se preocupe —respondí mientras entrábamos—. Estoy segura de que hoy eso no pasará.

Cerró la puerta tras nosotros.

Rodeó el escritorio y se sentó con esa seguridad suya que rozaba la arrogancia. Se acomodó en la silla, cruzó ligeramente las piernas y apoyó las manos en los reposabrazos.

—Me tranquiliza oírlo.

—Me lo imagino.

Dejé el bolso sobre la mesa sin apartar la mirada de él. Encendió el ordenador con absoluta calma, como si yo ya formara parte del mobiliario.

Tecleó su contraseña. La pantalla se iluminó. Revisó el correo. Frío. Eficiente. Intocable.

Había llegado mi momento.

Metí la mano en el bolso y saqué las esposas de peluche rosas.

Sí, llevaba unas esposas en el bolso.

Después de pensarlo mucho, había llegado a la conclusión de que eran perfectas para aquello.

Para darle una lección a Ewan.

Mientras se concentraba en la pantalla, yo me acerqué despacio.

Y entonces, con un movimiento rápido, le cogí la mano.

Su reacción fue inmediata.

—¿Qué…?

Clic.

Cerré la primera esposa en su muñeca.

Sus ojos bajaron al metal, pero antes de que pudiera asimilarlo, antes siquiera de que intentara apartarse, cerré la segunda alrededor de la mía.

Su mirada pasó de nuestras muñecas unidas a mi cara.

Despacio.

Muy despacio.

—¿Se puede saber qué está haciendo?

—Asegurarme de que hoy no desaparece.

Intentó retirar el brazo por reflejo.

Eso solo consiguió empujarme hacia él y que la distancia entre nosotros se redujera.

Mucho.

Mi cuerpo quedó a centímetros del suyo. Noté el calor atravesando la tela de su traje. Su rodilla rozó mi muslo cuando intentó recolocarse.

Su colonia me envolvió. Limpia. Intensa. Peligrosa.

Tragó saliva.

—Genny… Suélteme.

Negué despacio.

—No.

Su mandíbula se tensó.

—Esto es ridículo.

—Ridículo es que me deje plantada cuatro veces en una semana.

Intentó apartarse un poco, pero solo consiguió que nuestras manos esposadas se tensaran entre los dos.

—No pienso soltarle hasta que me prometa que no volverá a desaparecer.

Me sostuvo la mirada.

—No voy a prometer algo así bajo coacción.

—No es coacción. Es negociación creativa.

—Es absurdo.

—Prométalo.

Silencio. Su respiración rozó mi piel.

—Genny…

—Prométame que no volverá a dejarme hablando sola. Que no va a salir por puertas secretas, ni por baños estratégicos, ni por bibliotecas con trampas.

Sus ojos brillaron con algo que no era solo enfado.

Nos miramos.

Muy cerca.

Demasiado cerca.

—De acuerdo —dijo al fin, seco—. No volveré a plantarla.

Negué.

—Así no. Prométalo por su legado. —Nuestros rostros estaban tan cerca que podía ver el leve temblor en su mandíbula—. Prométalo por Dunbrae. Por su apellido. Por todo lo que protege como si fuera sagrado.

—¿De verdad quiere que haga una promesa tan seria con unas esposas de peluche puestas?

—Si quiere dejar de estar esposado a mí, sí.

Me miró con intensidad. Como si estuviera decidiendo algo más grande que una simple promesa.

—Maldita sea. De acuerdo. Usted gana. Lo prometo —dijo finalmente, su voz sonó baja pero firme—. Por mi legado. No volveré a dejarla plantada.

—Bien —respondí al fin.

Bajé la mirada a nuestras muñecas unidas y, todavía sintiéndome victoriosa, metí la mano libre dentro del bolso para buscar las llaves.

Sonreía.

Segura de mí misma.

Convencida de que tenía todo bajo control.

Mis dedos rebuscaron entre la libreta, el móvil, un pintalabios, el monedero. No las encontré al primer intento. Fruncí ligeramente el ceño y volví a buscar, esta vez con más prisa.

Nada.

Noté su mirada fija en mí.

—Por favor, dígame que no está pasando lo que creo que está pasando —dijo con una calma sospechosamente contenida.

—Un momento —murmuré mientras volcaba el contenido del bolso sobre la mesa.

El sonido de los objetos al caer lo llenó todo. Miré dentro otra vez. Metí la mano hasta el fondo.

Vacío.

Sentí cómo se me aceleraba el pulso.

Volví a revisar cada cosa, una por una, como si las llaves fueran a materializarse por arte de magia.

No estaban.

Levanté la vista despacio.

—No encuentra las llaves —afirmó.

No supe qué decir.

Intenté reconstruir mentalmente la escena de esa mañana. Había cogido las esposas del cajón de mi mesita de noche. El mismo cajón donde guardaba… otras cosas. Recordaba haberlas sacado. Recordaba haber cerrado el cajón. Recordaba pensar que aquello era una idea brillante.

Pero ¿las llaves?

El recuerdo se volvió borroso justo ahí.

Mierda.

Noté cómo el calor me subía por el cuello.

—Creo que… se han quedado en mi piso.

El silencio que siguió fue denso.

Pesado.

Ewan bajó la mirada a nuestras muñecas esposadas y luego volvió a mirarme, muy despacio.

—Así que estamos encadenados el uno al otro sin llave. Ha exigido una promesa solemne por mi legado y ahora está unida a mí por un error logístico.

—No es un error, es… un contratiempo.

—Un contratiempo bastante comprometido.

Miré la puerta del despacho, cerrada, sólida, peligrosamente silenciosa.

Si alguien llamaba.

Si alguien entraba.

Respiré hondo, intentando pensar con claridad.

—Tiene que haber una solución. Siempre hay una solución.

—Me tranquiliza saber que el plan estaba tan cuidadosamente diseñado.

Lo fulminé con la mirada.

—No es el momento de ponerse sarcástico.

Miró el reloj de su muñeca. El gesto fue automático. Profesional.

Y entonces volvió a mirarme.

—Tengo una reunión en cinco minutos.

Sentí cómo se me encogía el estómago.

—¿Qué?

—Con el señor Blackwood. Es quien va a liderar la financiación de la expansión en la Costa Oeste —añadió Ewan con calma—. Si él entra por esa puerta y me encuentra… así, tendremos que dar muchas explicaciones.

Genial.

Perfecto.

Maravilloso.

—Espero sinceramente que se le ocurra algo brillante antes de que llamen a esa puerta —añadió—. Porque no pienso cancelar una reunión estratégica por unas esposas rosas.

Volví a meter la mano en el bolso. Otra vez. Más rápido. Más desesperada.

Revisé cada compartimento. Cada costura. Como si las llaves pudieran haberse escondido en un universo paralelo.

Nada.

—Joder.

—Lenguaje profesional, señorita O'Donnell.

Lo ignoré.

Ya estaba de pie frente a él, respirando demasiado rápido. Él seguía sentado en su sillón, impecable, con esa calma irritante que parecía imposible de romper, aunque estuviera esposado a mí con peluche rosa.

Volví a mirar el bolso vacío sobre la mesa.

Respiré hondo.

Vale.

Si no podíamos solucionarlo, al menos debíamos disimularlo.

Levanté la vista hacia él.

—Escúcheme con atención. Usted se queda sentado. Yo me coloco detrás. Ponga el brazo hacia atrás. Desde la puerta no se verá nada. Confíe en mí.

Sonrió con algo parecido a la incredulidad.

—Esa última frase ha perdido bastante credibilidad en los últimos diez minutos.

Ignoré el comentario.

Me moví hacia su lado y luego detrás del sillón. Nuestras manos esposadas me obligaron a acercarme más de lo que habría sido profesionalmente recomendable.

Estaba ajustando la postura, intentando que el maldito peluche no asomara, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Ewan con absoluta normalidad.

La puerta se abrió y entró un hombre canoso. Alto. Elegante. Traje gris perla impecable. Mirada aguda, de esas que no se pierden un detalle.

—Señor Blackwood —saludó Ewan con absoluta serenidad—. Gracias por venir.

Yo seguía detrás del sillón, inclinada sobre su hombro como si fuera su guardaespaldas personal. Saludé al tal Blackwood con una leve inclinación de cabeza.

—Señor Blackwood.

Él me sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario, preguntándose quién era yo.

—Señorita… —dijo dubitativo.

—O’Donnell. Soy periodista y estoy preparando un perfil sobre el señor McRae. Si no le molesta les acompañaré durante la reunión de hoy.

Pareció dudar.

—Mientras no interfiera —respondió no muy convencido.

—No es mi intención.

La reunión fue directa.

Cifras. Márgenes. Exclusividad. Riesgos.

Ewan respondió con seguridad absoluta. No dudó en ningún momento. Desde fuera todo parecía impecable.

Desde dentro era incómodo.

Cada vez que él movía la mano libre para pasar una página, movía la otra mano y la esposa tiraba de mi muñeca detrás del respaldo. Yo tenía que ajustar la postura para que el metal no asomara por el lateral del sillón. El peluche rosa estuvo peligrosamente cerca de quedar a la vista un par de veces.

Blackwood no pareció notar nada.

Tras cuarenta minutos tensos, cerró la carpeta.

—Bien, McRae. Me gusta su planteamiento. Continuaremos.

Se levantó.

Ewan no lo hizo.

No podía.

Se dieron la mano por encima del escritorio con la mano libre.

Blackwood me dedicó una última mirada evaluadora y salió del despacho.

La puerta se cerró y yo suspiré aliviada, preguntándome en qué momento creí que hacer aquello sería una buena idea.

10

Ewan



Reconozco que consiguió sorprenderme.

Y no era fácil sorprenderme a mí.

Pero conseguir esposarme… eso no lo lograba cualquiera.

Era obvio que la había subestimado.

Genny O'Donnell no era solo una periodista insistente con complejo de detective. Era estratégica. Impulsiva. Peligrosamente creativa. Y, por lo visto, completamente capaz de irrumpir en mi despacho con esposas rosas y convertir mi agenda en una comedia absurda.

Había pensado que podía manejarla.

Error.

Grave.

Porque en menos de diez minutos me había hecho jurar por mi legado y me había esposado como si yo fuera un criminal peligroso.

En el fondo, admiraba la jugada.

Cuando la puerta se cerró tras Blackwood, un silencio largo nos sobrevoló.

No me moví.

—Puede respirar —dije al fin.

Detrás del sillón, Genny soltó el aire de golpe.

—Oh, dios mío.

Giré la cabeza lo justo para mirarla por encima del hombro. Estaba colorada. El pelo se le había soltado un poco y tenía un mechón pegado a la mejilla.

—Está usted completamente loca —sentencié entrecerrando los ojos.

—Yo solo quería darle un escarmiento. Por esa manía suya de fugarse de los sitios.

—Yo no me fugaría si usted no me siguiera a todas partes.

—Yo no le seguiría si no estuviera haciendo un reportaje sobre usted.

—Eso no implica invadir cada metro cuadrado de mi agenda.

Ella se encogió de hombros.

—Ahora eso da igual. Ha hecho una promesa por su legado. Estoy segura de que los capítulos de escapismo cesarán.

La miré, alucinado.

—Lo que cesará es su entusiasmo si no encuentra la forma de abrir las malditas esposas.

—No dramatice.

—No estoy dramatizando. Tengo otra reunión en cuarenta minutos y preferiría no asistir encadenado a una periodista.

—Pues tendrá que anularla, porque lo único que se me ocurre para acabar con esta situación es que me acompañe a mi piso a por las llaves.

Solté un gruñido bajo.

—Fantástico.

—Es lo más lógico.

—Lógico habría sido no esposarme.

Me ignoró.

—Son veinte minutos en coche.

Resoplé resignado.

—De acuerdo. Déjeme que avise a mi secretaria. Y a ver si consigo un chófer para que nos acompañe.

—No es necesario. Puedo conducir yo.

La miré.

Despacio.

—¿Encadenada a mí?

Ella lo pensó un segundo.

—Tiene razón… no sería muy operativo.

—Por fin algo sensato.

Diez minutos más tarde estábamos sentados en la parte trasera de uno de los coches del castillo. Negro. Impecable. Cristales tintados. Silencioso como una tumba.

Al volante, Harris. Cincuenta y tantos. Discreto. Profesional. Absolutamente leal.

Y nosotros detrás. Esposados.

El peluche rosa descansaba entre nuestros muslos como una broma privada del universo.

Cuando llegamos, Harris se detuvo en doble fila. Genny y yo intentamos bajar al mismo tiempo. Ella por su puerta y yo por la mía.

La cadena tiró de nosotros, recordándonos que debíamos coordinarnos

Finalmente bajamos por mi puerta, uno tras otro.

—Genial —murmuró—. Si algún vecino mira ahora mismo, tendré que mudarme.

—Esto lo ha provocado usted, ¿recuerda?

Entramos en el portal sin hablar. Subimos las escaleras con rapidez, torpemente coordinados por la cadena que tintineaba a cada paso.

Genny vivía en una buhardilla diminuta que olía a incienso barato y comida india.

El techo era inclinado, con vigas vistas que parecían demasiado bajas para mi estatura. Una ventana pequeña dejaba entrar la luz gris de Williamsburg. Había libros apilados en el suelo, una manta sobre el sofá y una mesa que claramente hacía de escritorio, comedor y campo de batalla creativo.

Miré alrededor despacio.

—No sabía que era posible vivir con tan poco espacio.

Ella se giró hacia mí, con una ceja levantada.

—Oh, disculpe por no tener un castillo entero a orillas del Hudson.

—No era una crítica —respondí, inclinando la cabeza para esquivar una viga traicionera—. Era.. una observación.

Avancé un paso y casi me estampé contra la pared inclinada.

—Esto no es una pared —murmuré—. Es una amenaza estructural.

—Se llama buhardilla.

—Se llama arquitectura hostil.

—Se llama alquiler asequible en Brooklyn.

La miré, midiendo mentalmente el ángulo imposible del techo.

Ella sostuvo mi mirada un segundo más, disfrutando claramente de mi incomodidad.

—Mi habitación es por ahí —murmuró al fin.

La seguí.

El pasillo era aún más estrecho. El techo descendía tanto que tuve que agacharme casi a su altura. La cadena volvió a tintinear entre nosotros

—Si me quedo aquí más de diez minutos, voy a desarrollar escoliosis.

—Le quedaría bien. Le haría parecer más humano.

Entramos en el dormitorio.

La cama ocupaba casi todo el espacio. Una mesilla mínima. Un espejo apoyado contra la pared baja que reflejaba la escena absurda que estábamos protagonizando.

Se inclinó hacia la mesilla.

Yo quedé detrás.

Su espalda rozó mi pecho cuando abrió el cajón.

El techo descendía justo sobre nosotros, obligándome a inclinarme aún más cerca. Mi respiración le rozó la nuca.

Entonces lo vi.

El interior del cajón estaba lejos de ser inocente.

Un pequeño neceser abierto. Encaje negro. Un frasquito de lubricante. Y varios juguetes sexuales perfectamente alineados

Genny se quedó congelada medio segundo.

—No mire.

Demasiado tarde.

—No estoy mirando —respondí.

—Está mirando.

—Si pudiera retroceder en el tiempo y evitarme esta imagen mental… lo haría.

Ella resopló.

Sus dedos empezaron a revolver entre las cosas con torpeza. El neceser cayó hacia un lado. El frasco rodó. Uno de los juguetes se desplazó unos centímetros.

—Maldita sea —soltó al fin, levantando la vista hacia mí con expresión de puro desastre—. No están aquí.

La miré.

Luego miré el cajón.

Luego volví a mirarla a ella.

—¿Está bromeando?

—¿Le parece que tengo cara de estar bromeando?

Volvió a registrar el cajón con más desesperación. Ahora ya sin dignidad. Apartando todo.

Nada.

El cajón estaba definitivamente libre de llaves.

Y nosotros seguíamos esposados en una buhardilla con techo bajo y rodeados de juguetes sexuales.

Respiré hondo.

Porque lo último que necesitaba saber era que la pelirroja que ocupaba mis pensamientos esos últimos días tenía un arsenal perfectamente organizado en su mesilla de noche.

—¿Recuerda cuándo las vio por última vez? —pregunté, manteniendo la voz lo más neutral posible.

—Esta mañana. Cuando cogí las esposas.

—¿Está segura?

Puso cara de duda.

Mala señal.

—Creo que sí…

—¿Y antes de eso?

—Antes de eso… —Se quedó callada.

Se puso roja. Muy roja. Su mirada bajó. Luego se desvió lentamente hacia la cama y yo seguí la dirección, comprendiendo.

—Oh —murmuré.

Ella levantó la vista.

—No diga nada.

—No estoy diciendo nada.

—Pero lo está pensando.

La miré despacio.

—Es difícil no pensar cuando la evidencia apunta a una noche bastante entretenida.

Se puso aún más roja.

—Fue de todo menos entretenida. El mercado de citas en Nueva York está de capa caída —murmuró con la boca pequeña—. Y preferiría no hablar de eso con usted.

—Bien —respondí con calma—. Entonces centrémonos en el problema actual.

—Exacto.

Ella señaló la cama.

—Si no están en el cajón… tendremos que mirar debajo.

Miré el espacio mínimo entre el suelo y el colchón.

Luego el techo bajo.

Luego nuestras muñecas unidas.

—¿Tendremos?

—Sí. Tendremos.

—No veo cómo eso mejora nuestra dignidad.

—La dignidad ya la perdimos con el peluche rosa.

Silencio.

Maldita razón.

Suspiré.

—Bien. Pero esto es oficialmente el punto más bajo de mi carrera ejecutiva.

—Lloremos luego. Ahora agáchese.

La cadena tintineó cuando ella se arrodilló primero.

Yo me quedé de pie medio segundo más.

—No pienso ponerme a cuatro patas en esta habitación.

Ella alzó la vista.

—¿Prefiere que vivamos pegados como siameses hasta que la muerte nos separe?

Finalmente la imité.

Desde fuera la escena debía ser de lo más dantesca. Dos adultos funcionales, unidos por unas esposas de peluche rosa, a cuatro patas en una habitación con el techo inclinado intentando recuperar unas llaves que, muy probablemente, estaban riéndose de nosotros desde algún rincón inaccesible.

Ella sacó el móvil del bolsillo trasero del vaquero con la mano libre y activó la linterna. Se inclinó más, metiendo medio brazo bajo la cama, iluminando el espacio oscuro.

Un segundo.

Dos.

Y entonces…

—¡Las veo! —susurró con una alegría completamente desproporcionada.

Levantó la cabeza hacia mí con los ojos brillándole como si acabara de descubrir oro.

—Están al fondo. Casi pegadas a la pared.

—Perfecto. Sáquelas.

Ella volvió a mirar bajo la cama.

Su sonrisa desapareció.

—Voy a tener que arrastrarme.

La miré.

—Ah, no. Eso sí que no. Yo no pienso arrastrarme con usted.

Ella rodó los ojos.

—No es necesario que lo haga. Solo estire el brazo para que la cadena me dé un poco más de margen.

Suspiré.

—Esto es oficialmente el punto más bajo de mi existencia.

—Exagera.

—Estoy arrodillado en su dormitorio mientras usted planea reptar bajo la cama. No exagero.

Ella ya estaba boca abajo, preparándose.

—Solo necesito diez centímetros más.

—Esa frase nunca mejora una situación.

Me incliné un poco más, estirando el brazo lo máximo posible. La cadena se tensó entre nosotros.

Ella comenzó a deslizarse hacia delante, moviéndose despacio, con determinación absurda.

—Un poco más —murmuró desde el suelo.

—No tengo más.

—Sí tiene.

—Mi hombro está protestando.

—Su hombro sobrevivirá.

Avanzó otro centímetro.

La cadena tiró con fuerza.

—Si me lleva consigo —advertí—, anularé el reportaje y haré una queja formal a su jefe.

Desde debajo de la cama soltó una risa ahogada.

—¿Va a denunciarme por arrastre involuntario?

—Sin dudarlo.

Hubo un pequeño forcejeo, un sonido metálico…

—¡Las tengo! —anunció triunfalmente.

Retrocedió como pudo y salió de debajo de la cama, despeinada, con polvo en la mejilla y las llaves en alto como si hubiera rescatado una reliquia nacional.

La cadena volvió a tensarse cuando ambos nos levantamos demasiado rápido.

—Despacio.

—Estoy yendo despacio.

—No, está yendo…

Mi rodilla chocó contra el borde de la cama.

Perdí el equilibrio, ella intentó sujetarme y la cadena tiró de nuevo.

Y en una coreografía absolutamente indigna, Genny cayó primero hacia atrás sobre el colchón… arrastrándome con ella.

Aterricé encima. El colchón se hundió bajo nuestro peso.

Quedamos congelados.

Mi brazo apoyado junto a su cabeza.

Su respiración acelerada contra mi cuello.

La cadena entre nuestras muñecas.

El techo bajo sobre nosotros.

Demasiado cerca.

Demasiado.

Nos miramos.

Sus mejillas seguían sonrojadas.

Sus labios entreabiertos.

Mi respiración no estaba precisamente estable.

—Esto —murmuró ella— ha sido culpa suya.

—Técnicamente, usted inició la maniobra de arrastre.

—Usted me empujó hacia la cama.

—Eso no es un argumento jurídico sólido.

Intenta incorporarme, pero la cadena nos recordó que no era tan sencillo.

Mi muñeca tiró de la suya. Ella soltó un pequeño sonido cuando mi peso volvió a apoyarse ligeramente sobre su cadera.

Estoy bastante seguro de que una parte muy concreta de mi anatomía reaccionó a ese movimiento. Y por la forma en que su respiración cambió… ella también lo notó.

Silencio.

Más denso ahora.

—Ewan —advirtió en voz baja.

Mi nombre en su boca hizo algo extraño en mi pecho.

—Sí.

—Está demasiado cerca.

Miré alrededor.

La cama deshecha.

Su pelo extendido sobre la almohada.

Me pregunté qué pasaría si la besaba. Si hundía mi boca en el arco de su cuello. Si dejaba que la distancia desapareciera del todo en lugar de fingir que aún existía.

Mi mirada bajó apenas un centímetro.

Su respiración se volvió más irregular.

Y yo me recordé que no podía hacerlo.

Perder el control con una periodista era, de todas las ideas posibles, la más imprudente.

Respiré hondo y me obligué a apartarme.

Nos incorporamos torpemente. La cadena tintineó por última vez entre nosotros.

Ella levantó las llaves.

—Quieto —murmuró.

Introdujo la llave en la cerradura. El clic sonó seco. Primero mi muñeca. Luego la suya.

Las esposas cayeron sobre la cama como un punto final incómodo.

La libertad se sintió extraña.

Di un paso atrás.

—Preferiría no tenerla rondando cerca lo que queda del día de hoy —dije sin mirarla directamente—. Ya he tenido suficiente de usted esta mañana.

Sin añadir nada más, salí de la habitación. Crucé el pasillo inclinado, atravesé el salón sin mirar atrás y abrí la puerta del piso.

Bajé las escaleras con pasos firmes, cerré el portal tras de mí y me alejé sin detenerme, como si la distancia pudiera arreglar lo que acababa de removerse en mi interior.

11

Ewan



Estaba en The Highland Stag, una taberna escocesa a cinco minutos del castillo. Madera oscura, chimenea encendida y olor a turba quemada, cuando las risas de mis hermanos empezaron otra vez.

Llevábamos allí casi una hora. Cerveza negra. Conversaciones cruzadas. Ambiente relajado.

Yo había cometido el error de contarles lo ocurrido con Genny.

Les conté lo de las esposas.

Lo del despacho.

Lo de la reunión con Blackwood.

Lo que no les conté fue que terminamos en su piso.

Ni que acabamos en su habitación.

Ni que durante un segundo estuve a punto de besarla.

Eso me lo guardé.

Connor se inclinó hacia delante, todavía riéndose.

—No puedo creer que te esposara.

Brody negó con la cabeza, divertido.

—Con esposas de peluche rosas, además. Ese detalle es importante.

Liam levantó su vaso.

—Por la periodista más valiente de Manhattan.

Chocaron los vasos.

Yo no.

—Tendría que denunciarla por intento de secuestro.

Connor soltó una carcajada.

—Solo te puso unas esposas, no es como si te hubiera metido en el maletero del coche.

Liam negó con la cabeza, divertido.

—Además, te lo ganaste solito escapando de ella como si fueras un adolescente huyendo de su primera cita.

—No huyo.

Connor alzó las cejas.

—Saliste por un baño con doble puerta, Ewan.

—Y por una estantería giratoria —añadió Brody.

—Eso fue especialmente dramático —dijo Liam—. Muy Scooby-Doo.

Apreté la mandíbula.

—Deberíamos cancelar el reportaje.

Silencio.

Los tres me miraron.

Connor fue el primero en reaccionar.

—Ah, no. Ahora no.

—Es lo más sensato —respondí—. Está cruzando límites. Es impulsiva. No entiende la palabra «no».

Brody dio un trago a la cerveza negra antes de hablar.

—De eso nada. Si es capaz de llegar tan lejos para evitar que escapes, seguro que lo que tiene que escribir es interesante.

—Oh no —dije con frialdad—, la he investigado y hasta mi reportaje se ha limitado a escribir sucesos.

Liam levantó una ceja.

—Yo también estuve indagando antes de meterla en el castillo.

Lo miré.

—Y aun así la aprobaste.

—Porque leí sus artículos —respondió con calma—. Y son buenos.

Negué.

—Son incendios en Brooklyn y vecinos paranoicos.

—Son historias —corrigió Liam—. Y están bien contadas.

Brody asintió despacio.

—Los sucesos son una parte importante de un periódico.

—No es lo mismo cubrir un robo que analizar una empresa familiar con expansión internacional.

Liam apoyó la pinta en la mesa y suspiró.

—Bueno, es verdad que fue un poco lejos al esposarte. Y seguro que se avergüenza de ello. Según dices solo quería ponerte en tu sitio y se le fue de las manos. Hablaré con ella para que sea más profesional.

Eso me tensó más de lo que debería.

—No necesito que hables con nadie por mí.

—No es por ti —respondió con tranquilidad—. Es por la empresa. No podemos permitir otro numerito así. El de los titulares cuestionables soy yo, ¿recuerdas?

Connor soltó una risa.

—Cada clan necesita una oveja negra fotogénica.

Brody negó con la cabeza, divertido.

—El problema es que, si Ewan empieza a protagonizar escenas con esposas rosas, le va a quitar el puesto.

—Ni de coña —murmuré.

Connor estaba a punto de pedir otra ronda cuando Brody miró el móvil y soltó un leve sonido nasal.

—Hablando de titulares… ¿habías visto este?

Giró el teléfono hacia mí sobre la mesa.

Reconocí la cara antes de leer el nombre.

Amy Fraser

Cabello pelirrojo perfecto. Sonrisa medida. Mirada de portada.

El titular decía:

La firma de moda AS Atelier fundada por Amy Fraser se dispara en bolsa tras su última colección en Milán.

Debajo, una foto suya saliendo de un desfile.

Connor silbó bajo.

—Vaya. Parece que le va bastante bien.

Liam inclinó la cabeza.

—Siempre tuvo olfato para los negocios.

Deslicé el móvil de vuelta hacia Brody sin cambiar la expresión.

—Me alegro por ella.

Connor me observó.

—Se rumorea que está saliendo con ese modelo australiano. ¿Cómo se llamaba…?

Connor sonrió de lado.

—Blake Thornton.

Di un trago a la cerveza.

—No me interesa.

Liam me observó con demasiada atención.

—¿Nada?

—Nada.

Brody apoyó el codo en la mesa.

—Estuvisteis juntos tres años, Ewan. Y lo dejasteis de un día para el otro sin explicación. ¿Cuándo vas a contarnos lo que pasó?

Lo miré.

Sostuve su mirada un segundo más de lo necesario.

—No pasó nada que tengáis que saber.

Connor soltó una sonrisa lenta.

—Empiezo a entender a Genny.

Los tres estallaron en carcajadas.

Liam negó con la cabeza.

—Ahora todo encaja. La pobre intentando sacarte una frase completa y tú contestando como si estuvieras en una rueda de prensa.

Brody levantó la pinta vacía.

—Si nosotros no conseguimos que hables, imagínate ella.

—Cerrad el pico.

Connor seguía riéndose.

—Hermano, si yo fuera ella también te esposaba.

Eso fue suficiente.

Me levanté.

—Disfrutad del espectáculo.

—¿Te vas? —preguntó Liam.

—Sí.

El aire frío de la noche me golpeó la cara al cruzar la puerta de The Highland Stag.

Las farolas iluminaban la calle húmeda. El castillo se alzaba a lo lejos, oscuro, imponente.

Metí las manos en los bolsillos y empecé a caminar.

Primero pensé en Amy.

Pensé en aquel sobre.

En los papeles que no debería haber visto.

En la carpeta olvidada sobre la encimera del apartamento que compartíamos.

Luego pensé en Genny.

En su caos.

En su impulsividad ridícula.

Tenía que tener cuidado con ella.

No porque fuera peligrosa.

Sino porque una parte de mí la quería demasiado cerca. Y eso no podía permitírmelo.

12

Genny



De: Ben Wright bwright@manhattanchronicle.com

Para: Genny O'Donnell godonnell@manhattanchronicle.com

Asunto: Borrador McRae

Genny,

Quiero ver un borrador del reportaje en cuanto puedas. Deberíamos tener la versión definitiva a final de mes. Necesito saber por dónde lo estás llevando.

— Ben

Redactor Jefe

Manhattan Chronicle

Leí el correo de Ben y suspiré.

Estaba dentro de mi coche, aparcado frente al castillo. Llevábamos casi una semana desde el incidente de las esposas y, siendo sincera, aún no tenía nada que realmente tuviera chispa. Nada que gritara este es el hombre detrás del apellido.

Sí, durante aquella semana había entrevistado a los hermanos de Ewan y habían aportado profundidad. Mucha. Pero no la suficiente.

Connor fue el martes, a primera hora.

Nos sentamos en la zona de producción. Olor a madera, a barrica, a algo sólido.

—Ewan no se permite el lujo de fallar —me dijo mientras revisaba unas cifras en una tablet—. Ni siquiera en cosas pequeñas.

—Eso suena agotador.

Connor sonrió de lado.

—Para él sí. Para nosotros es tranquilizador.

Anoté eso.

Protector. Escudo. Pilar.

Brody fue el miércoles por la tarde.

Su despacho parecía una hoja de Excel en tres dimensiones.

—Mi hermano mayor piensa en escenarios que el resto ni vemos —explicó—. Siempre calcula el impacto a diez años vista.

—¿Y a nivel personal? —pregunté.

Me sostuvo la mirada un segundo antes de responder.

—A nivel personal… lleva años sin plan.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Sin plan?

—Su vida privada es prácticamente inexistente —añadió con calma—. Trabajo. Castillo. Responsabilidad. Poco más.

Eso encajaba con lo que había leído.

Había investigado antes de venir. Y en internet apenas había referencias a pareja estable. Alguna foto antigua en eventos, rumores sueltos… y un nombre que se repetía lo justo para no ser casualidad.

Amy.

Amy Fraser.

Pelirroja. Diseñadora. Últimamente cada vez más visible en el mundo de la moda. Pasarelas en Milán. Entrevistas en revistas especializadas. Una marca que empezaba a sonar fuerte.

Tres años, según los foros financieros que mezclaban cotilleo con inversiones.

Y luego nada.

Corte limpio.

—¿Y qué pasó? —pregunté, volviendo a Brody.

Su expresión no cambió.

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

Claro. Ninguno quería hablar de más.

Liam fue el jueves antes de comer.

Quedamos en la terraza con vistas al Hudson. Él llegó cinco minutos tarde, con gafas de sol y sonrisa fácil.

—Bien, dispara —dijo, acomodándose frente a mí.

—Tu hermano insiste en que él no hace nada extraordinario. Que solo cumple con su trabajo —comenté, observándolo atentamente.

Liam soltó una risa breve y negó con suavidad, quitándose las gafas lentamente.

—Eso suena exactamente a lo que diría Ewan.

—¿Por qué lo dices? —pregunté, intrigada.

—Porque si reconoce que lo que hace tiene algún mérito especial, se expone. Y mi hermano detesta ser vulnerable frente a nadie.

Tomé nota mental de aquello antes de continuar.

—¿Exponerse a qué exactamente?

Liam apoyó las manos sobre la mesa y me miró con seriedad repentina.

—A que alguien pueda usarlo para desarmarlo. Ewan nunca da municiones gratuitas.

Volví al coche esa tarde con la libreta llena… y la sensación de que seguía teniendo solo fragmentos.

Fragmentos de Ewan.

El protector que no duerme cuando algo falla.

El estratega que calcula a diez años vista.

El hombre que, según sus hermanos, se implica hasta el fondo cuando algo le importa.

Pero nada completo.

Ninguna grieta abierta.

Esos días al menos no se había escapado. Había cumplido su promesa. Ni baños estratégicos ni estanterías giratorias. Había sido impecable. Profesional. Incluso educado.

Había descubierto que le gustaba el tiro con arco al atardecer, cuando el jardín quedaba en silencio. Que leía clásicos en la biblioteca como si el siglo XXI no fuera con él. Que los jueves por la noche bajaba a la taberna escocesa cerca del castillo a beber con sus hermanos, siempre en la misma mesa.

Tenía datos.

Tenía hábitos.

Tenía costumbres.

Pero no tenía al hombre.

Apoyé la cabeza en el asiento y miré el castillo a través del parabrisas.

Sabía que algo ardía ahí dentro.

Solo que todavía no había visto la llama.

Y yo necesitaba saber qué era lo que ardía. Porque me jugaba el trabajo de mis sueños en ese reportaje.

Salí del coche.

El aire estaba frío y el castillo imponente como siempre. Crucé la entrada con paso firme, saludé al personal con una sonrisa automática y subí hacia la torre este.

Llamé a la puerta de su despacho.

—Adelante.

Entré.

Ewan estaba de pie junto al ventanal, revisando algo en el móvil. Levantó la vista y me recibió con un leve movimiento de cabeza.

—Señorita O'Donnell.

—Señor McRae.

Eso era todo.

Apenas habíamos hablado de forma directa esos días. Más allá de lo estrictamente profesional. Nada de bromas. Nada de tensión abierta.

La escena de las esposas había dejado huella.

Y ese momento raro en mi cama.

Intenté no pensar en ello. En cómo su respiración me rozaba el cuello. En cómo su cuerpo reaccionó igual que el mío. En cómo pareció querer besarme.

No. Tenía que concentrarme en el trabajo.

Así pasamos el día, entre reuniones que no aportaban nada para el reportaje y silencios.

Cuando terminó la última reunión, los ejecutivos fueron saliendo uno a uno. La puerta se cerró y el despacho quedó en calma.

Ewan recogió la carpeta con movimientos precisos. Luego se giró hacia mí.

—Eso es todo por hoy —dijo—. Me iré directamente a casa. Estoy cansado. Nos veremos el lunes.

Lunes.

Dos días sin verlo.

Dos días sin avanzar.

Demasiado tiempo.

—¿Y el domingo?

Se detuvo.

No parecía sorprendido. Solo… atento.

—¿El domingo qué?

—Podríamos vernos.

—No trabajo los domingos.

—No le estoy pidiendo que trabaje.

Sus ojos se estrecharon un poco.

—Entonces, ¿qué me está pidiendo?

Di un paso hacia el escritorio.

—Pasemos el domingo juntos —al ver su mirada intensa, aclaré rápido—. Me refiero por el reportaje. Déjeme ver cómo se relaja

Ewan McRae los domingos.

Me miró evaluador.

—No contenta con seguirme durante la semana, quiere hacerlo también en mis días libres.

—Sus días libres también forman parte de quién es.

—No necesariamente.

—Claro que sí. La gente no es solo lo que hace cuando la observan en una mesa de juntas.

Se apoyó en el escritorio con ambas manos.

—Se toma demasiado en serio su trabajo, señorita O'Donnell. Y es usted notablemente insistente.

—Me lo tomo en serio porque me juego mucho. Ese reportaje puede cambiar mi carrera. Podría conseguir un ascenso.

Sus ojos no se suavizaron un poco.

—¿Cree que pasar un domingo conmigo es la clave de ese ascenso?

—Creo que entenderlo lo es. Y por ahora se ha tomado muchas molestias para que no lo entienda.

—Desde el principio nunca quise este reportaje.

—Pues yo es el reportaje que llevo esperando desde que entré en el periódico —respondí sin bajar la voz—. Llevo años soñando con hacer perfiles de personas. Desde que leí de pequeña las memorias de Amelia Earhart supe que quería contar vidas.

Su expresión cambió. No mucho. Pero lo suficiente. Como si por un instante dejara de ver a Genny la periodista y viera a la Genny de carne y hueso.

—Mi insistencia con este reportaje no es por usted —dije, más bajo esta vez—. Es por mí. Podría optar al puesto fijo de reportajes grandes si lo hago bien con el suyo. Pero ¿cómo voy a lograrlo si es usted tan inaccesible?

No fue un reproche, fue frustración.

Ewan me miró fijamente varios segundos. Sin ironía. Sin dureza.

Finalmente asintió, despacio.

—Está bien. Le dejaré acompañarme este domingo. Solo este domingo. Nada más. No es una invitación permanente a mi vida privada.

Tardé medio segundo en procesarlo.

—Oh. Gracias. Gracias.

No soné muy profesional. Pero tampoco me importó.

Sus labios casi se curvaron. Casi.

—No me lo agradecerá cuando suene el despertador. La espero aquí el domingo a las ocho. —Se incorporó, ya dando por cerrada la conversación—. Lleve ropa de deporte. Y otra muda para cambiarse.

Parpadeé.

—¿Perdón?

Su expresión no cambió.

—Ropa de deporte. Y algo para después.

Fruncí el ceño.

—¿Qué es lo que vamos a hacer?

—Ya lo verá.

Lo miré con los ojos entrecerrados, intentando descifrar qué demonios estaba planeando.

Pero no hice más preguntas.

No quería jugármela ahora que había aceptado vernos el domingo.

Así que asentí.

—Hasta el domingo, entonces.

—Hasta el domingo.

Salí del despacho con el pulso todavía acelerado.

Caminé por el pasillo intentando mantener la compostura, pero por dentro estaba… satisfecha.

No por haber ganado.

Sino porque, por primera vez desde que empezó todo, Ewan McRae no había huido.

Me había dado un espacio.

Pequeño.

Limitado.

Pero real.

Solo ese domingo.

Y pensaba aprovechar cada segundo.

13

Genny



Llegué al castillo a las ocho menos cinco con leggings negros, sudadera gris y cero ilusión por hacer deporte.

Llevaba una mochilita con ropa de recambio. Vaqueros. Jersey. Champú, gel y desodorante.

Esperaba poder darme una ducha en alguna parte si terminaba sudando mucho.

Las puertas se abrieron y apareció Ewan.

Ropa de running negra. Ajustada. Demasiado ajustada.

La camiseta técnica le marcaba el pecho y los hombros como si el maldito domingo fuera una pasarela privada.

Reloj deportivo. Mandíbula firme. Cara de pocos amigos.

Oh, dios mío.

Se detuvo al verme y me recorrió de arriba abajo sin disimulo.

—Puntual —dijo.

—Estoy considerando fingir una lesión.

—No sería coherente con su insistencia profesional.

Touché.

Bajó los escalones con esa seguridad suya que me ponía nerviosa sin saber por qué.

—Supongo que vamos a correr —dije mientras empezaba a arrepentirme de mis decisiones vitales.

—Supone bien. Lo hago todos los días. Es mi forma de empezar la jornada.

—Es domingo.

—Mi cuerpo no distingue entre domingo y lunes.

—Qué triste.

Me miró de lado.

—Querrá decir que disciplinado.

Rodé los ojos.

—Si le soy sincera, a mí no me gusta nada correr. Ni el deporte en general.

—Lo he notado.

—¿Ah, sí?

—Ha venido con cara de funeral.

—Es que esto es un funeral. El mío.

No respondió.

Me cogió la mochila sin pedir permiso.

—Voy a dejarla en recepción.

Y entró en el castillo.

Sin esperar a que lo siguiera.

Me quedé sola en la entrada, cruzada de brazos, mirando la puerta cerrarse.

—Qué simpático.

Salió segundos después. No dijo nada. Simplemente empezó a trotar. Tardé medio segundo en reaccionar.

Ya se alejaba por el sendero que bajaba hacia Riverside Park.

Bufé.

Y salí detrás de él sin ganas. Ninguna.

El Hudson se abría a nuestra izquierda. Gris. Frío. Silencioso.

No llevábamos ni cinco minutos y yo ya me quería morir. Me quemaban los pulmones y sentía las piernas como si fueran de cemento.

—Oiga —dije ahogada—. ¿Cuántos kilómetros corre normalmente?

—Diez.

Casi me atraganté con mi propia respiración.

—¿Diez? No creo que pueda llegar ni a uno.

Él giró ligeramente la cabeza hacia mí.

Y sonrió.

—Fue usted quien dijo que quería un domingo a lo Ewan McRae. Pues así empiezan los domingos a lo Ewan McRae.

—Esto no es un domingo. Esto es una prueba de supervivencia.

—Exagera.

—No estoy exagerando. Estoy viendo mi vida pasar delante de mis ojos y ni siquiera he desayunado.

Su sonrisa se amplió apenas un milímetro.

—No la obligué a venir.

Tenía razón.

Odiaba admitirlo.

Diez minutos más tarde él corría a lo lejos mientras yo caminaba sujetándome la cadera como si acabara de sobrevivir a una guerra.

—Joder… —murmuré.

Había intentado seguirle. De verdad que sí. Pero en algún punto mis piernas decidieron independizarse de mi voluntad.

Lo vi alejarse, firme, constante, imparable.

Y le perdí la pista.

Me detuve un momento. Respiré. Intenté no parecer una señora jubilada en su paseo matutino.

Unos minutos más tarde lo encontré sentado en uno de los bancos del paseo, frente al Hudson. Tranquilo. Como si no acabara de hacerme sentir físicamente inferior.

Tenía un café en las manos.

Había otro apoyado a su lado.

Cuando me vio acercarme, no dijo nada. Solo alzó ligeramente el vaso que tenía junto a él.

—Pensé que lo necesitaría.

Me dejé caer en el banco sin dignidad.

—¿De dónde ha salido eso? —pregunté, señalando el vaso.

—Hay un puesto unos metros más atrás —respondió señalando con la barbilla—. Abre a las siete.

Giré la cabeza.

Efectivamente, había un pequeño carrito metálico junto al sendero. Un hombre mayor servía cafés a corredores madrugadores.

—Es parte de la rutina —añadió—. Cada mañana me tomo un café aquí. El señor que lo vende se llama Arthur. Lleva años viniendo. Dice que no sabe estarse quieto. Vende cafés para pagar la universidad de su nieta.

Lo miré.

—¿Habla con él?

—Lo justo.

Dio un sorbo a su café. Sin azúcar. Sin nada.

Yo probé el mío.

Y casi gemí.

—Está delicioso.

—Esto sí sabe a café —dijo él mirándome de reojo—. No a caramelo líquido con complejo de bebida caliente.

—Sigue traumatizado con mi latte. Era felicidad en vaso. Aunque Arthur tiene buena mano.

Terminamos el café en silencio.

No incómodo.

El tipo de silencio que pesa lo justo. El Hudson delante. El vapor saliendo del vaso. El mundo todavía medio dormido.

Él dejó el suyo en la papelera metálica junto al banco. Yo lo imité.

Se quedó un segundo mirando el río.

Luego me miró a mí.

—Ahora toca la vuelta.

Me quedé quieta.

—¿La vuelta?

—Sí.

—¿Caminando?

—Corriendo.

Lo miré como si acabara de traicionarme personalmente.

—Acabo de sobrevivir.

—Ha descansado.

—He tomado café.

—Es lo mismo.

—No es lo mismo.

Empezó a trotar.

Otra vez.

Corrimos de vuelta al castillo. Bueno… él corrió y yo hice una interpretación muy libre del concepto «correr». Era más bien un trote indignado con momentos de caminata estratégica.

Cuando llegamos estuve a punto de llorar.

Me detuve en la entrada, con las manos en las rodillas, respirando como si hubiera escalado el Everest sin oxígeno.

—Esto… —intenté hablar— …es inhumano.

Él apenas estaba ligeramente agitado. Ligeramente. Maldito sea.

—Ha terminado —dijo con calma.

Le fulminé con la mirada.

—No vuelva a decir eso como si hubiera sido agradable.

Ni se inmutó.

—Vaya a recepción y dígale a Lucy que le acompañe hasta los vestuarios del personal. Podrá darse una ducha y cambiarse. La espero en la entrada en veinte minutos para seguir con el planning.

—Espero que ese planning incluya un buen desayuno.

No respondió. Entró en el castillo y yo lo seguí, todavía con las piernas temblando. Se desvió por un lateral y desapareció sin esperarme.

Fui a recepción, hablé con Lucy y me acompañó a los vestuarios del personal. Ducha rápida. Agua caliente. Vaqueros. Jersey. Pelo recogido otra vez. Intenté parecer una persona funcional.

Veinte minutos más tarde salí a la entrada.

Ewan estaba esperándome.

Llevaba vaqueros y una camiseta blanca ajustada que le marcaba demasiado bien el torso. Tenía el pelo aún ligeramente húmedo. Y sostenía dos barritas energéticas.

Me tendió una.

—El desayuno.

Me quedé mirándola.

—¿Eso es todo?

—No tenemos tiempo para otra cosa.

—¿Perdón? Acabo de correr diez kilómetros. Me he ganado algo que implique sentarse.

—No.

—¿No?

—No hay margen. Además, a lo que usted hizo no sé si se le puede llamar correr. Sígame.

Se dio la vuelta sin esperar respuesta.

Yo abrí el envoltorio de mi barrita y empecé a comer mientras lo seguía.

Rodeamos el castillo por el lateral norte. La piedra gris se alzaba imponente a nuestra derecha y el jardín todavía estaba húmedo por el rocío. Caminaba rápido. Yo masticaba con dignidad herida.

—¿A dónde vamos ahora? —pregunté con la boca medio llena.

—Aprovecho las mañanas de los domingos para trabajar en algo —respondió sin mirarme.

Eso me hizo alzar la vista.

Llegamos a un cobertizo de madera al fondo del jardín, detrás de una hilera de cipreses.

Ewan abrió la puerta.

Entramos.

Y me quedé quieta.

En el centro había una estructura de madera en construcción. Tablas cortadas con precisión. Compartimentos. Rampas pequeñas. Tejadillos inclinados.

Fruncí el ceño.

—¿Qué es esto?

Él dejó una caja de herramientas sobre la mesa.

—Hace unas semanas descubrí una colonia de gatos en la parte trasera del terreno. Cerca del muro norte.

Parpadeé.

—¿Gatos?

—Les estoy construyendo un refugio para el invierno.

Silencio.

—¿Usted?¿El CEO inaccesible de Dunbrae está haciendo casitas para gatos?

—Un refugio —corrigió.

Me acerqué un poco más a la estructura.

Estaba bien hecha. Muy bien hecha.

—¿Desde cuándo hace bricolaje?

—Desde que necesitaba algo que no tuviera que ver con balances.

Lo miré de reojo.

—¿Y nadie sabe esto?

—No es relevante para la empresa.

No dije nada.

Solo lo miré.

—Parece sorprendida.

—Lo estoy.

—¿Por qué?

Solté aire por la nariz.

—Usted tiene cara de CEO que asusta a los gatitos, no de construirles casas.¿Y ahora qué? —seguí—. ¿Va a decirme que también rescata ancianas cruzando la calle?

No respondió.

Eso me dio alas.

—¿Qué será lo próximo? ¿Descubrir que se pone mallas, capa y los calzoncillos por fuera y va salvando vidas por Manhattan?

Frunció el ceño.

—Tiene usted mucha imaginación.

—No, soy periodista. Detecto incoherencias. Tiene fama de inaccesible. De frío. De calculador. Y ahora resulta que pasa los domingos midiendo tablas para que unos gatos callejeros no pasen frío.

—Aunque esta conversación es apasionante —añadió con calma —, ¿podemos empezar a trabajar ya?

Lo miré.

—¿Me está contratando como carpintera felina?

—Le estoy ofreciendo la oportunidad de ser útil.

—Qué halagador.

Se agachó junto a la estructura.

—Sujete aquí.

Suspiré.

Y me agaché a su lado.

Durante las siguientes horas trabajamos en silencio, interrumpido solo por comentarios secos y pequeñas pullas.

Él medía. Cortaba. Ajustaba.

Yo sostenía tablas, atornillaba mal la primera vez y bien la segunda, y fingía no mirarle el culo cuando se agachaba.

Descubrí que sabía usar cada herramienta sin dudar. Que no improvisaba. Que trabajaba igual que dirigía: preciso, limpio, sin desperdicio.

El sol fue subiendo.

Cuando terminó de colocar la tabla de un lateral de una de las casitas, dejó el destornillador sobre la mesa.

Se quedó quieto un segundo. Miró el reloj.

—Es la una.

Me limpié las manos en los vaqueros.

—¿Y eso significa…?

—Significa que es hora de almorzar.

Lo miré.

—¿Almorzar de verdad?

Una mínima sombra de sonrisa.

—Almorzar de verdad.

Di un paso hacia la salida del cobertizo.

—Antes… quiero verlos.

Se detuvo.

—¿Ver qué?

—A los gatos.

Me sostuvo la mirada un segundo. Luego asintió.

—Venga.

Rodeamos el muro norte del terreno. Esa parte del jardín era más salvaje. Estaba menos cuidada.

Allí, junto al muro, vi varias casitas pequeñas ya colocadas.

Improvisadas.

No tan pulidas como la que estaba construyendo. Pero sólidas. Elevadas del suelo con bloques de madera. Techo inclinado cubierto con láminas impermeables. Mantas gruesas dentro.

Mi corazón hizo algo extraño.

—No podía esperar a terminar la estructura principal —dijo sin que yo preguntara—. Empezó a bajar la temperatura.

Un gato marrón salió con cautela de una de las casitas. Luego otro gris más pequeño, que cojeaba.

Ewan se agachó a su lado. No para tocarlos. Solo para estar a su altura.

—Estas son provisionales —añadió—. Cuando termine la otra, estarán mejor aislados.

Lo miré.

—¿Las hizo usted solo?

—Sí.

—¿En cuánto tiempo?

—Dos noches.

Parpadeé.

—Después de trabajar todo el día.

—No era complicado.

No era complicado.

Claro.

Un CEO millonario construyendo casas improvisadas por la noche para que unos gatos callejeros no pasaran frío.

El gatito cojo dio un paso hacia él.

Ewan no hizo ningún movimiento brusco. Solo extendió la mano, abierta, paciente.

—Tarda más en confiar que los otros —murmuró

No había tono cursi. No había dramatismo.

Solo cuidado.

Nunca, en todas mis hipótesis sobre él, había imaginado esto.

Nunca pensé que Ewan pudiera ser… tierno.

No de esa forma.

Un cosquilleo se extendió por mi tripa. Porque el Ewan mandón era sexy, pero el Ewan tierno era otra cosa. Era… peligroso.

Entramos de nuevo al castillo. En el vestíbulo principal Ewan se detuvo al ver a uno de los encargados de las catas de aquella mañana y empezó a hablar con él en voz baja, serio otra vez, concentrado, como si el hombre del cobertizo no existiera.

El cambio era brutal.

Yo me encontré con Connor.

—Ey, periodista—dijo con una sonrisa divertida—. ¿Sobreviviste a la carrera matutina?

—Por poco. Estuve a punto de morirme. Cuando llegamos al carrito de Arthur y pensé que habíamos terminado… resulta que aún teníamos que volver. Ahí casi me da algo.

Connor frunció el ceño ligeramente.

—¿El carrito de Arthur?

—Sí. El del café.

—Qué raro —dijo Connor, frunciendo ligeramente el ceño.

—¿Qué es raro? —pregunté.

—Que hayan dado la vuelta tan pronto.

—¿Pronto? —repetí.

—Sí. Normalmente sigue hasta la 120 o incluso un poco más arriba antes de girar. Duele correr hasta allí si no estás acostumbrada.

Sentí un pequeño vuelco en el estómago.

—Ah… —murmuré, intentando sonar indiferente—. Qué considerado por su parte haber girado antes.

Connor se marchó con prisas y yo me quedé unos segundos en el vestíbulo, inmóvil.

Saqué el móvil.

Abrí Google Maps.

Busqué el punto de salida aproximado del castillo y tracé el recorrido hasta donde recordaba que estaba el carrito de Arthur.

Menos de tres kilómetros.

Si sumaba ida y vuelta… eran cinco kilómetros, no diez.

Él no me lo había dicho.

No lo había señalado.

No lo había usado para quedar bien.

Simplemente había reducido su rutina.

Por mí.

El Ewan mandón era sexy.

El Ewan tierno peligroso.

Pero el Ewan que ajustaba su mundo sin anunciarlo… Ese era devastador. Porque de ese Ewan… era capaz de enamorarme, y eso era algo que no me podía permitir.

14

Genny



Salimos de la cafetería y la puerta se cerró detrás de nosotros.

El aire del jardín estaba frío. Ewan caminaba a mi lado, con las manos en los bolsillos y la mirada al frente.

Serio.

Demasiado serio.

—Los domingos después del almuerzo suelo volver a mi apartamento y ver una peli —dijo sin mirarme—. No creo que eso sea muy interesante para su reportaje, así que si prefiere dar por terminado el día…

Me detuve.

Él dio dos pasos más antes de notar que ya no estaba a su lado y se giró.

—¿Qué pasa?

—¿Me está echando?

—Le estoy dando una opción razonable.

—Razonable para usted.

Silencio.

El viento movió ligeramente mi pelo. Él lo observó un segundo antes de volver a mirarme a los ojos.

—No hay nada que ver —añadió—. Un sofá. Una televisión. Una película antigua. Fin.

—Está de suerte, porque me gustan las películas antiguas.

Alzó una ceja.

—No me diga.

Seguimos caminando por el sendero de grava. El castillo a nuestra derecha. El Hudson gris al fondo.

—¿Ha visto El hombre tranquilo?

—No he tenido el placer.

—Se rodó cerca del pueblo de mi padre —añadí—. En Irlanda. He ido mil veces. Podríamos ponerla.

Ewan me miró con interés contenido.

—¿Cuál es su argumento?

Sonreí.

—Un boxeador americano vuelve a Irlanda para recuperar la casa de su familia. Quiere empezar de cero. Tranquilo. Sin peleas.

—Y supongo que no lo consigue.

—Conoce a una mujer irlandesa con más carácter que él.

—Eso suena problemático.

—Lo es. Se enamoran. Pero el orgullo, las tradiciones y el qué dirán del pueblo complican todo.

Ewan ladeó la cabeza.

—¿Quiere que vea una película romántica?

Sonreí despacio.

—Quiero que vea una buena película.

Ewan resopló.

—Empiezo a conocerla lo suficiente como para saber que no va a aceptar una negativa.

—Aprende rápido, señor McRae.

—Eso es porque no tengo alternativa.

—Siempre la tiene.

—No con usted.

Me sostuvo la mirada un segundo más.

—De acuerdo. Mi apartamento está en el castillo —añadió—. En el ala no visitable.

El ala no visitable.

Recordé perfectamente el día que Liam me enseñó el castillo.

«El ala este es despacho y salas de cata. El ala sur, visitas. El ala norte… es privada. Intocable. Ahí vivimos.»

Lo había dicho sonriendo, aunque dejó claro que no era una sugerencia, sino una norma.

Volví al presente y miré a Ewan.

—El ala norte —dije.

Él asintió.

—Exacto.

—Liam me dijo que era intocable.

—Lo es.

—Y aun así me va a dejar entrar.

Me sostuvo la mirada con calma.

—Le voy a permitir el acceso durante un tiempo limitado.

Comenzamos a caminar por el pasillo que conducía hacia esa zona del castillo. El ambiente cambió de inmediato. Allí no había cuadros históricos ni vitrinas. No había pasos de turistas ni voces lejanas. Solo silencio y piedra.

—¿Nadie más entra aquí? —pregunté.

—Solo mis hermanos y yo. Y el personal cuando es imprescindible.

Nos detuvimos frente a una puerta de madera oscura. No tenía placa ni adorno. Solo una cerradura sólida.

Ewan sacó las llaves y las sostuvo un segundo antes de abrir.

—Si cruza una línea, la película termina —dijo con serenidad.

—¿Qué línea?

—La que yo considere.

Asentí. No porque me intimidara, sino porque entendía lo que aquello significaba. Me estaba dejando entrar en el único espacio donde no era director general, ni apellido, ni legado. Solo él.

La puerta se abrió.

Entré primero, despacio.

El apartamento era de concepto abierto. Cocina integrada al fondo, isla de mármol oscuro, lámparas industriales colgando bajas. El salón se fundía con el comedor sin paredes que separaran nada. Techos altos. Vigas de acero expuestas.

Minimalista.

Pero no frío.

Había una manta gris doblada sobre el brazo del sofá. Un libro cerrado sobre la mesa baja. Una copa limpia, boca abajo, junto al fregadero.

—Vaya —murmuré—. Esperaba algo más… medieval.

Ewan cerró la puerta detrás de nosotros.

—¿Con tapices y armaduras?

—Un par de espadas en la pared habrían encajado con su personalidad.

—No necesito armas en casa.

—¿Porque ya va armado de serie?

Me miró.

Lento.

—¿Siempre analiza así cada espacio al que entra?

—Solo cuando me dejan entrar en el ala prohibida de un castillo.

Avancé un par de pasos por el salón. Pasé los dedos por el respaldo del sofá. Tela firme. Sin una arruga.

—Está demasiado ordenado —añadí.

Ewan dejó el mando sobre la mesa baja y me miró sin moverse.

—No me gusta el desorden.

—Ya lo veo.

Se inclinó ligeramente hacia la mesa.

—Vaya buscando la película mientras decido si debo preocuparme.

No respondí. Me senté en el sofá con naturalidad, como si aquel fuera también mi territorio. Cogí el mando y crucé las piernas.

—A ver… —murmuré mientras la pantalla se iluminaba.

Empecé a navegar por las plataformas. Una. Nada. Otra. Tampoco. Él se apoyó en la isla de la cocina, observándome en

silencio.

Sentía su mirada puesta en mí.

—¿Siempre frunce el ceño así cuando algo no aparece al primer intento? —preguntó.

Ignoré el comentario y entré en otra plataforma.

Y ahí estaba.

—La encontré —dije, alzando el mando ligeramente como si fuera un trofeo.

—¿Quiere algo de beber? —preguntó desde la cocina abierta.

—¿Qué tiene?

—Agua. Vino. Whisky. Café.

—¿Refrescos?

—No.

—¿Zumo?

—No tengo cinco años.

Rodé los ojos.

—Agua está bien.

Lo oí moverse detrás de mí, abrir un armario, sacar dos vasos.

—¿Y palomitas? —pregunté sin girarme.

Silencio.

—No como nunca. Además, acabamos de almorzar.

Me giré despacio.

—Es inconcebible ver una película sin palomitas.

—No lo es.

—Lo es.

Me tendió el vaso de agua y dejó un vaso de vino sobre la mesa baja.

—Es una película, no un ritual adolescente.

—Las palomitas forman parte de la experiencia.

—La experiencia es la película.

—La experiencia es sofá, manta y algo crujiente.

—Pues siento decepcionarla, no hay palomitas, aunque tiene una manta ahí. —Señaló la manta del brazo del sofá.

—¿Y frutos secos? ¿Patatas? ¿Algo que haga «crunch»?

—No.

—¿Nada?

—Señorita O'Donnell

—¿Qué?

—Es una película, no una feria.

Eso fue suficiente.

No insistí.

Le sostuve la mirada un segundo más… y luego me rendí con un pequeño suspiro dramático.

Se sentó en el sofá, a mí lado, y me miró.

—Ponga la película.

Cogí el mando sin decir nada y pulsé *play*.

La música empezó a sonar. Irlanda en blanco y negro llenó la pantalla.

Me acomodé a su lado.

Demasiado consciente de la cercanía.

Su muslo rozaba el mío. Su hombro estaba a centímetros del mío. Notaba el calor que desprendía, la respiración tranquila, el leve movimiento de su pecho bajo la camiseta.

Intenté concentrarme en la pantalla.

John Wayne bajando del tren.

Irlanda verde.

Pero mi cerebro estaba peligrosamente enfocado en otra cosa.

En él.

En cómo olía.

En cómo, incluso relajado, mantenía cierta tensión en la mandíbula.

En cómo su rodilla se movió ligeramente… y el roce fue inevitable.

Tragué saliva.

—¿Qué? —murmuró sin apartar la vista de la pantalla.

Mi corazón dio un salto.

—Nada.

—Está mirándome.

—No.

Giró la cabeza despacio.

Nuestros rostros quedaron demasiado cerca.

—Sí.

El aire entre nosotros se volvió más denso que cualquier escena romántica en blanco y negro.

—Solo estaba comprobando si estaba disfrutando de la experiencia sin palomitas —susurré.

Sus ojos bajaron a mi boca un segundo.

Subieron.

—Estoy sobreviviendo.

La pantalla mostraba a Mary Kate O'Hara por primera vez.

Pero la tensión real no estaba en Irlanda.

Estaba en ese sofá.

En la distancia mínima que nos separaba.

Ewan fue el primero en apartar la mirada y sentí algo parecido a una derrota. Pequeña. Íntima.

El resto de la película pasó en una calma demasiado consciente.

Ninguno volvió a comentar nada durante un rato. La pantalla seguía avanzando. Irlanda. Orgullo. Miradas largas entre los protagonistas. Silencios que decían más que los diálogos.

Y yo no sabía si estaba viendo El hombre tranquilo o una versión peligrosa de lo que estaba pasando a mi lado.

A mitad de película, su brazo se movió ligeramente para apoyarse en el respaldo del sofá.

Detrás de mí.

No me tocaba.

Pero estaba ahí.

El espacio se volvió más pequeño.

Miré su perfil.

La línea recta de su nariz. La sombra ligera en su mandíbula. La nuez marcándose cuando tragó saliva.

Bajé la mirada despacio.

Hasta su antebrazo descubierto.

Las venas visibles bajo la piel. La tensión contenida en los músculos aunque estuviera aparentemente relajado.

Mi respiración se volvió más lenta. Más pesada. Desvió la mirada del televisor y me observó con atención. Sus ojos recorrieron mi cara despacio, como si evaluara algo más que un simple gesto.

—¿Se encuentra bien? Está colorada.

Tragué saliva y aparté la vista un segundo, incómoda por haber sido descubierta.

—Tengo calor.

Su mirada descendió brevemente por mi cuello y volvió a mis ojos.

—No hace calor aquí.

—Pues yo sí lo tengo.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros, espeso y cargado. Para romperlo, terminé mi agua de un trago y dejé el vaso vacío sobre la mesa.

—¿Le sirvo otro? —preguntó él con naturalidad.

—No hace falta. Me lo sirvo yo misma.

Me levanté del sofá con más firmeza de la que realmente sentía y caminé hacia la cocina abierta.

Notaba su mirada en mi espalda, aunque no dijo nada.

Abrí el grifo y llené el vaso despacio. El sonido del agua era lo único que se oía en el apartamento. Me giré para volver al salón y el borde del vaso chocó contra la encimera. Fue un golpe leve, pero suficiente para que el cristal resbalara entre mis dedos.

Cayó al suelo y se rompió.

—Mierda —murmuré.

Me agaché por reflejo.

—Señorita O'Donnell, pare.

No le hice caso y al intentar apartar un trozo grande sentí el corte. Un pinchazo rápido y la sangre empezó a aparecer.

—Ah.

En un segundo estaba a mi lado. Me sujetó por la cintura y me incorporó con firmeza.

—He dicho que pare.

Me sentó sobre la isla sin esfuerzo y me tomó la mano.

—Es solo un corte.

Su pulgar presionó suavemente cerca de la herida para frenar la sangre. Yo intenté retirar la mano.

—Señor McRae, de verdad, no es para tanto.

—Quédese quieta.

Su voz sonó baja y firme.

Sin soltarme, apartó los restos de cristal con el pie y, en dos movimientos rápidos, cogió la escoba que estaba junto al armario. Barrió el estropicio con eficacia, sin dejar de vigilar mi mano de reojo.

Después dejó la escoba apoyada contra la pared y abrió uno de los armarios altos. Sacó un pequeño botiquín metálico y volvió frente a mí.

Lo abrió sobre la isla con precisión.

Yo seguía sentada, con las piernas colgando ligeramente, demasiado consciente de que él estaba justo entre ellas.

Sacó una gasa y la empapó con desinfectante.

—Va a escocer —dijo sin mirarme.

Cuando el algodón tocó el corte, el escozor fue inmediato.

—Joder.

Una sombra de sonrisa pasó por su boca.

—Se lo advertí.

Limpió la herida con cuidado, concentrado, como si estuviera gestionando una crisis real y no un simple corte en un dedo. Después sopló apenas sobre la piel para aliviar el escozor antes de colocar la tirita.

Terminó y soltó mi mano despacio, pero no se apartó.

La distancia entre nosotros seguía siendo mínima.

—Listo —dijo.

Sus ojos bajaron un instante a mis labios antes de volver a mis ojos. Eso me puso nerviosa. Demasiado. Porque estaba muy cerca, olía bien y acababa de cuidarme como si fuera una princesa.

Y mierda, sus labios empezaban a parecerme condenadamente apetecibles.

—Gracias… aunque no hacía falta que montara una operación de rescate —murmuré, intentando sonar ligera.

Su expresión cambió al instante.

—¿Es así como agradece mi ayuda?

—Solo digo que era un corte pequeño.

—Sangraba.

—No me estaba muriendo.

Su expresión se endureció un poco.

—Tenía que asegurarme de que no fuera nada serio. Lo último que necesito es mala prensa de una periodista quisquillosa por salir herida de mi casa durante un reportaje.

Ah.

Eso dolió más que el desinfectante.

—¿Perdón?

—Es una cuestión de responsabilidad. Así que intente no romper nada más.

Lo miré fijo.

—No lo hice a propósito.

—No le dije que lo hiciera, solo le pido que vaya con más cuidado.

—Lo intentaré.

Se hizo un silencio incómodo.

Demasiado cargado para algo tan simple.

La película seguía sonando de fondo. No la había detenido. En la pantalla empezaba una de las escenas más potentes.

—Ahora, por favor, apártese —murmuré, aunque mi voz no sonó muy firme—. No ha pausado la película y viene la mejor parte.

No se movió.

Ni un centímetro.

—Apártese —repetí más bajo.

Su mirada descendió a mis labios y volvió a subir con una calma peligrosa.

—¿Y si no quiero apartarme?

El pulso se me disparó.

Su desafío fue la gota que colmó el vaso. Cansada de tanta contención, me abalancé sobre su boca.

Sin suavidad.

Sin pedir permiso.

Su reacción fue inmediata. No dudó. Me recibió con la boca abierta, profunda, y el beso dejó de ser un choque para convertirse en algo mucho más voraz.

Su lengua buscó la mía con decisión, sin timidez, como si llevara demasiado tiempo conteniéndose. No fue lento. No fue delicado. Fue intenso. Directo. Caliente.

Sentí cómo sus manos se cerraban en mi cintura con firmeza, acercándome más contra su cuerpo.

Solo existía su boca. Su respiración. El ritmo acelerado que compartíamos.

Sin pensar, metí las manos bajo su camiseta.

La piel caliente me recibió primero. Después la firmeza de sus abdominales bajo mis dedos. Tensos. Duros.

Él reaccionó al instante.

Su respiración se cortó apenas un segundo antes de profundizar el beso otra vez. Sus manos bajaron por mi espalda con firmeza, como si ya no estuviera dispuesto a mantener ninguna distancia.

Apretó mi trasero y me empujó contra él, encajándome en su cuerpo. Rodeé sus caderas con mis piernas y noté su miembro endurecido donde más lo necesitaba. Jadeé, saqué las manos de su camiseta y las llevé hacia la bragueta de su pantalón.

—Señorita O'Donnell… me vuelve usted loco.

Empezó a besar la piel de mi cuello, lento al principio, pero con una intensidad que me hizo perder el aire. Su boca descendió con hambre contenida, y sentí cómo su respiración caliente me recorría la piel.

Al mismo tiempo, sus manos subieron por mi cintura y se deslizaron hacia mi abdomen. Sus dedos encontraron el botón de mi pantalón y forcejearon con él con impaciencia contenida.

Antes de que ninguno de los dos consiguiera bajar nada, se escuchó el sonido claro de la puerta principal al abrirse.

El clic metálico retumbó en el apartamento.

Ewan se quedó completamente quieto.

Se congeló contra mi cuello.

—Mierda —murmuró, separándose apenas un centímetro—. Debe de ser alguno de mis hermanos.

Mi corazón pasó de acelerado a desbocado en medio segundo.

Seguía sentada en la isla. Él seguía entre mis piernas. Su mano todavía en mi cintura. La mía peligrosamente cerca de donde no debía estar.

Se escucharon pasos en el pasillo.

Ewan reaccionó al fin. Se apartó rápido, pero sin brusquedad. Se pasó una mano por el pelo, respiró hondo y volvió a colocarse la camiseta con movimientos tensos.

—Compórtese normal —dijo en un susurro urgente.

Como si eso fuera sencillo.

Me bajé de la isla. Los pasos se acercaron.

Cuando Liam apareció en el umbral, yo ya estaba apoyada contra la encimera, intentando parecer completamente profesional.

—Oh —dijo Liam, alzando una ceja—. ¿Interrumpo algo?

Ewan respondió sin vacilar.

—No interrumpes nada.

Liam lo miró primero a él. Luego a mí. Luego a la cocina.

Luego a la pantalla, donde El hombre tranquilo seguía avanzando como si nada.

—Ajá.

Yo respiré hondo y me aparté un poco de la encimera.

—En realidad ya me iba —dije, intentando sonar natural.

Liam señaló la televisión con el pulgar.

—¿Antes de que termine?

Miré la pantalla.

—Sí, antes de que termine.

No esperé a que ninguno dijera nada más. Cogí mi mochila, el móvil de la mesa y caminé hacia la puerta.

Sentía la mirada de Ewan en la espalda.

Abrí la puerta y salí al pasillo del ala privada. El silencio allí era más frío que dentro del apartamento.

La puerta se cerró a mi espalda.

Di dos pasos.

Tres.

Y me detuve para coger aire.

Había estado a punto de cruzar una línea que no tenía nada que ver con el reportaje.

Había estado a punto de olvidarme de por qué estaba allí.

¿Cómo se suponía que debía mirarle a la cara al día siguiente?

15

Ewan



Genny salió por la puerta y yo me quedé dentro con Liam, que me miraba con una sonrisa divertida.

—Vaya… no sabía que tú y la periodista habíais profundizado tanto.

—Solo estábamos hablando.

—¿A quién intentas engañar? —se rio—. Y baja la pistola, colega.

Miré de reojo mi entrepierna y solté un gruñido por lo bajo. Caminé hasta el sofá, cogí un cojín y me lo puse encima antes de detener la película.

Liam soltó una carcajada.

—Joder, hermano… para no gustarte la periodista, tu amigo de abajo parece bastante entusiasmado.

—Cierra la boca, Liam.

—¿Qué? —se encogió de hombros—. Solo estoy señalando lo evidente.

Me acomodé mejor el cojín sobre las piernas y le lancé una mirada asesina.

—¿Qué haces aquí?

—Sabía que estabas con Genny… —dijo con toda la calma del mundo—. Y como se suponía que te incomodaba tenerla tan cerca, pensé en venir a ofrecerte una vía de escape.

Lo miré con incredulidad.

—¿Y desde cuándo usas las llaves sin llamar primero?

—Llamé —respondió encogiéndose de hombros—, pero no me abriste. Estarías demasiado ocupado para enterarte.

Entrecerré los ojos.

—¿No pensaste que no abrirte era una señal?

Liam sonrió aún más, se lo estaba pasando bomba.

—La verdad… pensé que igual estabais discutiendo. —Se encogió ligeramente de hombros—. Ya sabes cómo se pone esto cuando tú te cierras en banda y alguien insiste en sacarte información. Solo quería ayudar.

—Qué considerado.

Liam sonrió de lado.

—Siempre lo soy. Especialmente cuando sé que te estás metiendo en terreno peligroso.

Lo miré con cansancio.

—¿Lo has pensado bien? —continuó—. Enrollarte con una periodista… no parece algo muy típico de ti.

Arqueé una ceja.

—¿Me estás dando una lección de moral? ¿Tú?

Liam soltó una pequeña risa.

—Solo digo que… cuando las cosas se mezclan, suelen complicarse. Y que yo estoy acostumbrado a cagarla y a lidiar con las consecuencias, pero tú no sueles meterte en líos así.

Lo miré con escepticismo.

—Qué sabio te has vuelto de repente.

Liam se encogió de hombros.

—La experiencia, hermano.

Suspiré.

—Solo me dejé llevar. No volverá a pasar, así que puedes ahorrarte el resto de la charla.

Liam levantó las manos en gesto tranquilo.

—Eh, no tienes que darme explicaciones. Y si te quieres tirar a la pelirroja, no es asunto mío… solo procura que no se convierta en un problema.

Entrecerré los ojos y él sabiamente cambió de tema.

—En fin… ¿te apetece que vayamos a la taberna? Connor y Brody se unirán a nosotros más tarde.

Lo miré un segundo.

—¿Ahora?

—Sí. —Se encogió de hombros—. Una cerveza te vendría bien después de… tu intensa sesión de cine.

Lo fulminé con la mirada pero asentí. Una cerveza me iría bien.

***

Liam y yo bajamos a la taberna y pedimos un par de cervezas. Connor y Brody tardaron un rato en llegar. Cuando aparecieron, la conversación derivó en lo de siempre: bromas, historias absurdas y alguna pulla entre nosotros. Nada serio, nada de trabajo. Solo mis hermanos pasando el rato.

Yo participé lo justo.

Respondía cuando me hablaban, incluso me reí un par de veces, pero mi cabeza no estaba allí.

Cada vez que la conversación se detenía un momento, volvía a lo mismo.

A Genny.

A su boca contra la mía.

A la forma en que había reaccionado cuando la acerqué contra mí en la cocina.

Joder.

Esa mujer me volvía loco.

Cuando volví al castillo ya era de noche. Subí a mi apartamento, me serví un whisky de Dunbrae y me quedé un rato frente al ventanal.

Genny me atraía. Eso era evidente.

Y cuando estaba cerca de ella perdía el control de una forma que no me gustaba nada.

Pero eso tenía una explicación simple: la tensión sexual que había entre nosotros.

Semanas provocándonos, discutiendo, desafiándonos.

Era lógico que en algún momento explotara.

Y también era lógico que siguiera obsesionado con ella hasta que esa tensión desapareciera.

¿Cómo hacer desaparecer la tensión?

Fácil.

Solo tenía que acostarme con ella. Una sola vez bastaría.

Después de eso todo volvería a la normalidad. Mi cabeza dejaría de girar en torno a ella, volvería a pensar con claridad y podría seguir con mi vida como siempre.

Volvería a ser un tipo funcional.

La lógica era impecable.

Di otro trago al whisky.

Ahora solo tenía que convencer a Genny O'Donnell para que aceptara.

16

Genny



Llegué al castillo a la hora de siempre y me quedé unos instantes sentada en el coche, con las manos aún sobre el volante, pensando en todo lo que había pasado el día anterior.

Joder.

Aún no sabía muy bien cómo se nos habían ido las cosas de las manos de esa forma. Bueno… sí lo sabía.

Lo peor era que yo había iniciado el beso. Sí, él me provocó, y me correspondió, pero yo lo empecé todo.

Cerré los ojos un segundo y apoyé la cabeza contra el respaldo.

Genial, Genny. Muy profesional.

Tenía preparadas las disculpas. Incluso había ensayado mentalmente la frase de «no volverá a pasar». Algo rápido, directo, adulto. Como si lo de ayer hubiera sido un simple error y no… bueno. No eso.

Solté el aire, cogí el portavasos del asiento del copiloto y salí del coche.

Había parado antes en una cafetería y llevaba conmigo dos cafés. El mío, decente. Y el suyo… uno de esos horribles que tomaba él. Negro. Sin azúcar. Sin nada. Básicamente agua oscura con mala leche.

Crucé el aparcamiento con paso decidido.

Si algo tenía claro de Ewan McRae era que la puntualidad era casi una religión. Así que si había llegado un par de minutos tarde, sabía que él ya estaría en su despacho.

Lo conocía lo suficiente a estas alturas.

Su perfil ahora mismo no me resultaba del todo desconocido.

Subí las escaleras de la torre este, recorrí el pasillo y me detuve frente a la puerta.

Respiré hondo una vez más.

Vale.

Disculparse. Dejar claro que fue un error. Seguir con el reportaje. Fácil.

Le di un pequeño golpe a la puerta.

—Adelante.

Empujé la puerta y entré.

Ewan estaba sentado detrás del escritorio, revisando unos documentos. Traje oscuro, camisa impecable, la expresión concentrada de siempre.

Levantó la vista cuando me vio.

Nuestros ojos se encontraron.

Solo un segundo.

Pero fue suficiente para que el recuerdo de su boca contra la mía me atravesara la cabeza como un flash.

Agh. ¿Qué le pasaba a mi cabeza?

Avancé hasta el escritorio y dejé uno de los vasos frente a él.

—Café —dije, intentando sonar normal—. Horrible, como le gusta.

Ewan miró el vaso. Luego me miró a mí. Su expresión no cambió demasiado… pero algo en sus ojos sí.

—Buenos días, señorita O'Donnell.

Su voz sonó tranquila. Demasiado tranquila.

Entonces alargó la mano hacia un lateral del escritorio y levantó un portavasos de cartón que yo ni siquiera había visto al entrar.

Deslizó uno de los vasos hacia mí.

—Yo también le he traído algo. Veneno caliente. Para que pueda sobrevivir a mi compañía esta mañana.

Una pequeña sonrisa se me escapó antes de que pudiera evitarlo. Carraspeé, intentando recuperar un poco de compostura.

—Creo que tenemos que hablar sobre lo que ocurrió ayer… en su casa.

Ewan no reaccionó de inmediato. Se limitó a apoyarse con calma en el respaldo de la silla, observándome con intensidad.

—Por supuesto. —Hizo un gesto leve con la mano, como si señalara el despacho entero—. Tenemos todo el tiempo del mundo. Le he dicho a mi secretaria que anule la reunión de primera hora. Para que podamos extendernos lo que sea necesario.

El silencio que siguió fue incómodamente denso.

Había venido preparada para una disculpa rápida… y ahora parecía que íbamos a tener una conversación completa.

Tomé aire.

—En realidad no hay nada sobre lo que extenderse… Yo solo quería disculparme. Fue muy poco profesional por mi parte dejar que las cosas entre nosotros escalaran de la forma que escalaron.

—¿Escalaron? —repitió despacio—. Es una forma interesante de describirlo. Continúe.

Suspiré.

—Lo que pasó ayer… no debería haber pasado. Estoy aquí por trabajo. Usted también. Y mezclar eso con… —hice un gesto vago con la mano— lo que fuera aquello, no es una buena idea.

Ewan me miró en silencio.

Un segundo.

Dos.

Tres.

No dijo nada. Solo me observaba.

Y no sé qué tenía esa forma suya de quedarse callado, pero empezaba a ponerme nerviosa.

—¿Qué? —pregunté al final.

Sus labios se curvaron un poco.

—¿Sabe qué? Yo tengo otra interpretación de los hechos.

Parpadeé.

—¿Otra… interpretación?

—Tiene razón en lo que ha dicho. No es una buena idea mezclar trabajo con… besos que se descontrolan en una isla de cocina. Pero, llegados a este punto, lo mejor es deshacernos de la tensión que hay entre nosotros.

Fruncí el ceño.

—Creo que no le sigo.

—Me refiero a la tensión sexual, señorita O'Donnell.

Casi me atraganto con el café.

—Oh.

—Es evidente que existe —añadió con total naturalidad—. Lleva semanas acumulándose.

Noté cómo el calor me subía de golpe por el cuello hasta las mejillas.

—¿Su solución profesional para eso es…?

—Muy sencilla —dijo—. Acostarnos.

Lo miré, incrédula, todavía intentando procesar lo que acababa de decir. Sentí cómo se me encendían aún más las mejillas.

—¿Acostarnos?

Ewan sostuvo mi mirada con absoluta tranquilidad, como si acabara de proponer revisar un informe financiero.

—Sí. Ha llegado un punto en el que toda esta atracción que nos envuelve empieza a ser molesta. Necesito que desaparezca por el bien de mi salud mental. Y si para ello debemos acostarnos una vez… me parece un precio razonable.

Lo miré, boquiabierta.

—¡Está completamente loco! Usted no puede decir eso así… como si fuera la cosa más normal del mundo.

Una sombra de diversión pasó por sus ojos.

—En realidad… lo es.

Negué con la cabeza, todavía incrédula.

—No. No lo es.

—Dos adultos sienten atracción. La resuelven. Siguen con su vida. Fin.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Eso no es «resolver». Eso es complicarlo todo muchísimo más.

Ewan se encogió ligeramente de hombros, como si aquello fuera una variable secundaria en una ecuación.

—No necesariamente.

Solté una pequeña risa incrédula.

—¿De verdad cree que esa es una solución lógica? Porque, por si se le ha olvidado, yo estoy escribiendo un reportaje sobre usted. Y acostarme con el sujeto de mi reportaje sería un desastre profesional.

Ewan no pareció especialmente preocupado por ese argumento.

—Solo sería una noche. Eso no tendría porqué afectar a su ética profesional. Créame cuando le digo que esta situación me molesta a mí tanto como a usted. Preferiría no tener este… problema. Pero es cansado.

Fruncí el ceño.

—¿Cansado?

—Sí. —Apoyó los antebrazos sobre el escritorio, tranquilo—. Tenerla aquí delante cada día, discutiendo conmigo, mirándome como si quisiera retarme constantemente… y fingir que no existe ninguna atracción entre nosotros. ¿Acaso usted no siente lo mismo? Porque si es así, entonces discúlpeme… y olvide todo lo que he dicho.

Me mordí el labio. Durante un segundo pensé que lo más fácil sería decir que no.

Negarlo.

Cerrar el tema.

Seguir adelante como si aquella conversación absurda nunca hubiera ocurrido.

Pero… Maldita sea. Sería mentir.

Aparté la mirada hacia el café que tenía delante, observando el vapor que todavía salía del vaso.

—Tiene razón… —murmuré al final—. Yo… siento lo mismo. Pero ese no es motivo para dejarme llevar así. Me juego mucho en este reportaje. Porque… ¿cómo funcionaría? ¿Tendríamos sexo una noche y luego fingiríamos que nunca pasó?

—Básicamente.

Levanté la vista.

Lo miré.

Durante unos segundos no dije nada. Solo lo observé, intentando analizar si hablaba en serio o si todo aquello era otra de sus provocaciones.

Pero no.

Ewan McRae no parecía bromear.

Su expresión era tranquila. Demasiado tranquila. Como si acabara de proponer el plan más razonable del mundo.

Entonces, si todo aquello no era una broma… su propuesta de una noche con él era real.

Volví a recordar sus besos.

Sus manos en mi cintura.

La forma en que su voz había sonado contra mi cuello en su cocina.

Y, de pronto, la idea de terminar lo que habíamos dejado a medias no me pareció tan descabellada.

Maldita sea.

Llevaba demasiado tiempo sin sexo como para fingir que aquello no influía en mi capacidad de decisión.

Y, siendo honesta, una parte de mí se preguntaba cómo terminaría lo que habíamos empezado en su cocina.

Bajé la mirada al café otra vez.

Y finalmente tomé una decisión.

Solté el aire despacio.

—De acuerdo… acepto, pero con dos condiciones.

Una de sus cejas se arqueó ligeramente.

—La escucho.

Levanté la vista hacia él.

—La primera: a partir de ahora dejamos el rollo formal. Nada de «señorita O'Donnell» ni «señor McRae». Si vamos a acostarnos… lo mínimo es que podamos tutearnos.

Una pequeña sombra de sonrisa apareció en su boca.

—Tiene razón. Sería bastante absurdo.

—Exacto.

Asintió una vez.

—De acuerdo, Genny. —Noté algo extraño cuando dijo mi nombre así, sin distancia—. ¿Y la segunda condición?

—Esperaremos. Hasta que envíe el primer borrador del reportaje. Quiero asegurarme de que mi trabajo ya está encaminado antes de… complicar las cosas. No quiero que una buena noche altere mi objetividad.

—¿Y eso cuándo será?

—El viernes.

—El viernes —repitió despacio. Entonces hizo un pequeño gesto con la mano, como si acabara de recordar algo—. El viernes tengo un evento.

Levanté la vista.

—¿Qué tipo de evento?

—Una gala benéfica —respondió con calma—. De la Fundación Hudson. Recaudan fondos para programas educativos. Mucho traje caro, discursos interminables y gente fingiendo que disfruta del canapé de salmón.

—Suena… intenso.

—Lo es.

Se inclinó ligeramente hacia delante.

—Podrías acompañarme. —Al ver mi cara de susto se apresuró a añadir—: Como periodista, claro. Podría ser útil para tu reportaje. Ver cómo funciona ese tipo de entorno social. Conocer a parte de la gente con la que suelo tratar fuera del castillo.

—Pero para entonces ya habría entregado el borrador.

—Quizás descubras algo que puedas añadir en la versión definitiva.

Lo pensé un segundo.

En realidad podía tener sentido. Durante aquellos días no había tenido oportunidad de verlo en un ambiente como aquel.

Asentí.

—De acuerdo. Y luego…

Se hizo una pequeña pausa.

—Luego podríamos venir al castillo y tener esa noche.

El silencio que siguió fue inmediato.

Sus ojos no se apartaron de los míos.

Probablemente él estaba pensando lo mismo que yo.

Que aquello ya no era solo una idea lanzada al aire.

Ahora era un plan.

Ewan se recostó ligeramente en la silla, estudiándome con atención.

—El viernes —repitió despacio.

Asentí.

—El viernes.

Durante un segundo ninguno dijo nada.

Pero el aire entre nosotros había cambiado.

Porque ahora los dos sabíamos exactamente lo que iba a pasar cuando llegara ese día.

17

Genny



Olivia estaba sentada en mi cama leyendo el borrador del reportaje mientras yo caminaba de un lado a otro de la habitación como si estuviera esperando el resultado de un examen médico.

El portátil descansaba abierto sobre el edredón. Cada vez que Olivia deslizaba el dedo por el trackpad mi ansiedad subía un nivel más.

Era viernes.

Esa mañana no había ido al castillo. Me había quedado en la redacción terminando el artículo y prometiéndole a Ben que se lo enviaría antes de las seis. Necesitaba hacerlo con tiempo suficiente para ducharme y arreglarme para la gala benéfica de esa noche.

La gala con Ewan.

Mi estómago hizo un pequeño nudo al pensarlo.

Olivia pasó otra página, frunció un poco el ceño… y siguió leyendo.

—¿Vas a decir algo o piensas torturarme así toda la tarde? —pregunté al final.

No levantó la vista.

—Estoy leyendo.

—Lo sé. Llevo quince minutos observando ese proceso.

—Shh.

Me dejé caer en la silla de mi escritorio con un suspiro exagerado.

—Esto es cruel.

Olivia terminó el último párrafo, cerró el portátil despacio… y me miró.

Suspirando.

—Después de que saques este reportaje —dijo— no habrá mujer en Manhattan que no se enamore locamente de este ser.

Entrecerré los ojos.

—¿Ese es tu análisis profesional?

—¿Quién puede resistirse a un hombre guapísimo que construye refugios para gatitos? Duro por fuera pero tierno por dentro. Si no estuviera casada y embarazada, querría que ese hombre fuera el padre de mis hijos.

—Tampoco te pases —le dije, quitándole el portátil de las manos antes de que siguiera dramatizando.

Me senté en la silla y volví a abrir el documento para echarle un último vistazo antes de mandárselo a Ben.

El estómago se me encogió un poco mientras repasaba el inicio.

El titular provisional era:

Ewan McRae: el heredero que convirtió el silencio en poder.

Deslicé el cursor por el primer párrafo.

En una ciudad obsesionada con el ruido, Ewan McRae ha construido su influencia desde el silencio.

Tragué saliva.

El artículo estaba terminado.

Y ahora… solo tenía que enviarlo.

Apoyé el dedo sobre el trackpad.

—Venga —murmuró Olivia detrás de mí—. Hazlo.

Respiré hondo.

Y pulsé enviar.

El correo salió disparado hacia la bandeja de entrada de Ben.

Me quedé mirando la pantalla unos segundos más, como si el documento pudiera regresar por sí solo.

—Ya está —dije al fin.

Sabía que eso solo era un borrador. Ben seguramente querría cambios, recortes, ajustes de tono… bla, bla. Pero aun así estaba satisfecha con el resultado. De verdad lo estaba.

Esperaba que fuera suficiente.

Que le demostrara que podía hacerlo.

Que podía ocupar ese puesto.

No quería volver a escribir sobre incendios absurdos y electrodomésticos homicidas.

En ese momento entró un correo nuevo en la bandeja de entrada.

Fruncí el ceño.

—¿Ben tan rápido? —murmuré.

Olivia se inclinó por encima de mi hombro.

Abrí el correo.

No era Ben.

Era Lucas, el fotógrafo del periódico.

Parpadeé.

El asunto decía:

Fotos Dunbrae – selección preliminar

—Ah —murmuré.

Abrí el archivo adjunto.

La primera foto apareció en pantalla.

Y casi me dio algo.

—Oh. Dios. Mío.

Olivia se inclinó más.

—¿Qué pasa?

Giré el portátil hacia ella.

En la foto aparecía Ewan apoyado contra una de las barricas de la destilería. La luz entraba por los ventanales altos y le caía justo sobre los hombros.

Pero lo que realmente llamaba la atención era lo que llevaba puesto.

Un kilt.

El tartán McRae: cuadros profundos en verde oscuro y azul marino, cruzados por líneas finas rojas y doradas que resaltaban contra la tela como un sello antiguo de clan.

Olivia abrió mucho los ojos.

—Madre de Dios.

—Exacto.

—Eso es… ilegal.

—Es Escocia.

—No. Eso es pornografía histórica.

No pude evitar reír.

Olivia acercó la cara a la pantalla.

—¿Te das cuenta de que si publicáis esto media ciudad va a perder la cabeza?

Pasé a la siguiente foto.

Ewan caminando por el patio del castillo, el kilt moviéndose ligeramente con el viento, expresión seria, mandíbula marcada.

Olivia se llevó una mano al pecho.

—Vale. Confirmado.

—¿Qué?

—Estoy teniendo pensamientos muy poco respetuosos sobre el señor McRae.

Me reí.

—Seguro que a Adam le encantaría saberlo.

—Tengo ojos operativos y las hormonas revolucionadas —se tocó la barriga con dramatismo—. No se me puede pedir que actúe con indiferencia cuando veo a un tío que parece sacado de Outlander.

Negué con la cabeza.

—Estás exagerando.

—¿Exagerando? —se inclinó otra vez hacia el portátil—. Genny, ese hombre lleva un kilt como si fuera Jamie Fraser bajando de un caballo para iniciar una guerra o un romance, lo que ocurra primero.

Solté una carcajada.

Pasé a la siguiente foto y me pregunté cómo demonios había conseguido Lucas que Ewan se prestara a vestirse así.

En la imagen estaba de pie frente al escritorio de su despacho, el tartán McRae cayendo recto sobre las rodillas, los brazos cruzados sobre el pecho. La luz que entraba por los ventanales le marcaba la mandíbula y el pelo oscuro estaba ligeramente despeinado.

Me mordí el labio sin darme cuenta.

Sus hombros.

Sus brazos.

La forma en que la camisa se ajustaba al pecho.

Ese hombre iba a ser mío esa noche.

Sentí cómo me subía el calor por el cuello y aparté la mirada de la pantalla antes de que Olivia notara algo.

—Vale —dije cerrando el archivo con un clic rápido—. Ya está bien de análisis visual.

—Deberías incluir un póster en el dominical.

La miré.

—¿Perdón?

—Un desplegable gigante. Ewan McRae en kilt tamaño natural. Ventas del periódico garantizadas.

—Lucas hizo fotos para un reportaje, no para una fantasía colectiva.

Olivia levantó una ceja.

—¿Y tú eres inmune a esa fantasía colectiva?

—Sí.

—Claro.

Miré el reloj del móvil.

Las seis y cinco.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Tengo que estar lista a las siete.

Me levanté de la silla de golpe.

—Gracias por leer el borrador.

—De nada —respondió Olivia con una sonrisa—. Ah, sí… hoy tenías la gala benéfica, ¿no?

Asentí mientras empezaba a recoger cosas con prisas.

—Sí. Gracias por prestarme un vestido.

—De nada. Como esposa de un millonario debo asistir a más fiestas de gala de las que me gustaría.

Sonrió con resignación divertida.

Caminé hasta la puerta del armario y cogí el vestido que colgaba allí dentro de su funda.

Lo saqué con cuidado.

Era negro, elegante, de tela suave que caía recta, con un escote discreto pero sugerente y la espalda ligeramente abierta. Nada excesivo, pero lo bastante sexy para que no pareciera el uniforme de una contable.

Lo sostuve frente a mí.

—Es precioso.

—Lo sé —respondió Olivia—. Me costó una discusión con Adam para justificar el precio.

—¿Cómo se justifica un vestido caro?

Olivia sonrió con picardía.

—Dejando que te lo quiten.

Me quedé mirándola un segundo. Y luego las dos estallamos en una carcajada.

—Eres terrible —dije.

Se acercó, me dio un rápido beso en la mejilla y cogió el bolso.

—Me voy. He quedado para cenar con Adam y como llegue tarde pensará que me han secuestrado.

—¿Sigue estando tan sobreprotector?

Olivia puso los ojos en blanco.

—No tienes ni idea. Cree que el mundo entero es una amenaza.

Se rió y salió al rellano.

La puerta se cerró y el apartamento quedó en silencio.

Miré el vestido un segundo más antes de entrar en el baño.

El agua caliente de la ducha me despejó un poco la cabeza, aunque no lo suficiente para evitar que mi mente volviera una y otra vez al mismo lugar.

A Ewan.

A su boca contra la mía.

A la forma en que su voz había sonado tan baja en su cocina.

No le había contado lo nuestro a Olivia porque creía que sería más fácil de sobrellevar cuando todo terminara.

Sacudí la cabeza bajo el agua.

—Concéntrate, Genny.

Veinte minutos después salí de la ducha envuelta en una toalla, me sequé el pelo lo justo para que quedara suelto y con algo de forma, y me puse el vestido de Olivia.

A las siete menos cinco estaba lista.

Me quedé frente al espejo del pequeño baño de la buhardilla, observando mi reflejo.

El vestido negro se ajustaba a mi cintura y caía limpio sobre las caderas, elegante sin ser excesivo. El escote era discreto, pero

suficiente para alargar el cuello y los hombros. La espalda abierta dejaba ver la piel clara entre el cabello pelirrojo que caía suelto.

Me había maquillado lo justo: un poco de delineador para marcar los ojos verdes, algo de máscara y un tono suave en los labios.

Nada exagerado.

Incliné la cabeza a un lado, evaluando el resultado.

No estaba mal.

Entonces miré el reloj.

18:56.

Mi estómago dio un pequeño vuelco.

Porque en cualquier momento… Ewan me enviaría un mensaje para hacerme saber que ya estaba allí.

18

Ewan



Cuando vi aparecer a Genny en su portal sentí un vuelco en el estómago.

Un pequeño golpe seco justo debajo de las costillas que me obligó a respirar más despacio durante un segundo.

Joder.

La luz amarilla de la farola caía sobre ella mientras cerraba la puerta del edificio detrás de sí.

Debajo del abrigo llevaba un vestido negro.

Simple.

Elegante.

Pero no era el vestido.

Era la forma en que lo llevaba.

El tejido abrazaba su cintura y caía limpio sobre sus caderas.

Y de repente me acordé perfectamente de lo que habíamos acordado hace unos días.

Era viernes. Después de la gala…

Tragué saliva.

Mala idea, McRae.

Ella bajó los escalones y entonces me vio.

Se detuvo un segundo.

Sus ojos recorrieron mi traje negro, mi abrigo, la corbata.

Luego volvieron a mis ojos.

Y sonrió.

—Buenas noches, Ewan.

Su voz sonó tranquila. Demasiado tranquila para alguien que sabía perfectamente lo que iba a pasar.

—Buenas noches, Genny.

Me acerqué un paso.

Solo uno.

Pero fue suficiente para notar su perfume. Algo suave, cálido… peligroso.

Mis ojos bajaron sin permiso.

Deliberadamente.

Desde su cuello hasta la línea limpia del vestido sobre su cintura.

Y después hasta sus piernas. Maldita sea.

—Estás… —me detuve un segundo— muy elegante.

—¿Solo elegante? Vamos, McRae… estoy impresionante.

Una pequeña sonrisa tiró de la comisura de mi boca.

—No suelo exagerar.

Ella arrugó la nariz, fingiendo molestia.

—Qué decepción.

Me acerqué un paso más y la distancia entre nosotros desapareció casi por completo. Pude ver el brillo verde de sus ojos bajo la luz de la farola.

—De acuerdo. Lo admito —dije al final—. Estás impresionante.

Sus labios se curvaron despacio, satisfechos.

Abrí la puerta del coche.

—Después de ti.

Genny pasó a mi lado para entrar. Su hombro rozó el mío al inclinarse y el contacto envió una descarga caliente por mi espalda.

Joder.

Cerré la puerta con suavidad y rodeé el coche.

Cuando me senté a su lado, Harris arrancó sin decir nada.

El interior quedó en silencio.

Las luces de la calle empezaron a deslizarse por las ventanillas mientras nos alejábamos del portal.

Genny miraba hacia la ventana.

Yo intentaba no mirarla.

Intentaba.

—¿Nerviosa? —pregunté al cabo de un momento.

Giró la cabeza hacia mí.

—¿Por la gala?

—Por lo que viene después.

Sus ojos brillaron apenas un segundo.

Luego sonrió.

—¿Lo estás tú?

La miré.

Largo.

Despacio.

—Mucho más de lo que debería.

Ella apoyó la espalda en el asiento y se mordió el labio, como si mi respuesta hubiera sido más que satisfactoria.

El coche se incorporó al tráfico que llevaba hacia Manhattan, y el silencio volvió a instalarse entre nosotros.

Pero ya no era el mismo.

Ahora estaba lleno de anticipación.

***

Las puertas del salón principal se abrieron frente a nosotros y el murmullo elegante de la gala nos envolvió al instante.

El edificio era uno de esos palacios antiguos de Manhattan: techos altísimos, molduras doradas, lámparas de cristal que caían como cascadas de luz sobre el mármol pulido.

Genny se detuvo apenas un segundo a mi lado.

Sus ojos recorrieron la sala con curiosidad.

Mesas redondas.

Copas de champán.

Hombres con esmoquin perfectamente cortado.

Mujeres con vestidos imposibles.

—Vaya… —murmuró—. Hay más gente de la que esperaba.

—Es una de las galas grandes del año.

—¿Siempre vienes?

—Cuando toca representar a Dunbrae, sí.

Genny inclinó ligeramente la cabeza, observando a la gente que se movía por la sala.

—¿Y tus hermanos? ¿No han venido también?

—No. Esta noche vengo en representación de todos.

Frunció un poco el ceño.

—Pensaba que al menos Liam estaría aquí. Le gustan las fiestas.

—Solo las que implican modelos y cero discursos.

Genny soltó una pequeña risa.

—Entonces esta gala debe de parecerle una pesadilla.

—Probablemente.

—¿Cuánto duraría aquí?

—Quince minutos, siendo optimistas.

Justo entonces una voz masculina nos interrumpió desde un lado.

—¡Ewan!

Me giré.

Robert Hale se acercaba hacia nosotros con una copa de champán en la mano. Inversor habitual de la fundación y uno de esos hombres que conocía desde hacía años.

—Robert.

Nos estrechamos la mano.

—Me alegra verte por aquí —dijo antes de mirar a Genny con curiosidad educada—. ¿No vas a presentarme a tu acompañante?

Apoyé una mano ligera en la espalda de Genny.

—Claro. Robert, esta es Genny O'Donnell.

Él inclinó la cabeza.

—Encantado.

—Periodista del Manhattan Chronicle —añadí—. Está trabajando en un perfil sobre Dunbrae… y sobre mí.

Robert levantó ligeramente las cejas.

—¿Ah, sí? —Miró a Genny con interés renovado—. Entonces espero que McRae esté comportándose bien.

—Por ahora sí —respondió Genny—. Aunque tiene una curiosa habilidad para desaparecer cuando le hacen demasiadas preguntas.

Robert soltó una carcajada y se despidió con un gesto de la cabeza y se perdió entre la gente.

Seguimos avanzando por el salón. Saludé a un par de conocidos más, conversaciones breves, apretones de manos, sonrisas educadas. Genny observaba todo con esa atención suya que parecía grabarlo todo para más tarde.

En un momento dado, nos detuvimos frente al anfitrión de la gala, un empresario veterano que llevaba décadas financiando la fundación. A su lado estaba su mujer, elegante y sonriente.

Intercambiamos un par de frases más antes de continuar moviéndonos entre los invitados.

Mientras caminábamos, un camarero pasó con una bandeja de canapés.

Genny cogió uno.

Luego otro cuando apareció otra bandeja.

Y después otro más unos minutos más tarde.

La miré de reojo.

—¿Siempre comes así en los eventos elegantes?

Ella masticó con total naturalidad.

—Estoy investigando.

—¿Investigando?

—Claro. Forman parte del ecosistema de la gala.

Otro camarero pasó cerca y ella cogió otro canapé.

La observé, divertido.

—Pareces un experimento sociológico.

—Tengo que aprovechar —dijo encogiéndose de hombros—. Estos sitios siempre tienen comida increíble y por alguna razón la gente elegante apenas la toca.

—Porque están demasiado ocupados hablando.

—Error estratégico.

Iba a responder cuando la vi.

Y fue como si alguien hubiera detenido el tiempo durante un segundo.

Se trataba de Amy. Y estaban al otro lado del salón.

El vestido rojo oscuro se movía entre los invitados mientras hablaba con un pequeño grupo. El mismo cabello pelirrojo perfectamente recogido. La misma postura segura que recordaba demasiado bien.

Hacía años que no coincidíamos en un evento.

Sentí cómo algo se tensaba en mi estómago.

No estaba sola.

A su lado estaba él.

El modelo australiano.

Lo reconocí al instante. Blake Thornton. Demasiado alto, demasiado perfecto, con ese tipo de mandíbula que parecía diseñada para campañas de perfume y portadas de revista.

Amy hablaba con alguien cuando levantó la cabeza.

Nuestros ojos se encontraron al otro lado del salón.

Su expresión cambió.

Primero sorpresa.

Luego algo más calculado.

—Vale… —murmuró Genny a mi lado, mirando a Amy también —. Esto acaba de ponerse tenso.

No hizo falta que dijera nada más.

Era obvio que sabía quién era Amy, aunque nunca me lo hubiera preguntado directamente. Pero Genny era periodista. Sería ingenuo pensar que no había investigado.

Seguramente había repasado todo mi historial antes de empezar el reportaje.

Relaciones.

Negocios.

Escándalos.

Y Amy Fraser había sido demasiado visible durante demasiado tiempo como para pasar desapercibida.

Genny volvió a mirar hacia el otro lado del salón.

Luego hacia mí.

—¿Estás bien?

Su voz había perdido el tono divertido de hacía un momento. Ahora era más suave.

La miré.

—Sí.

—Tu mandíbula dice lo contrario.

Solté el aire por la nariz.

—Dame un momento.

Ella volvió a mirarme, pero no le dio tiempo a decir nada, porque ya me estaba moviendo.

Dejé la copa en una mesa cercana y crucé el salón entre los invitados sin mirar atrás. Varias personas intentaron saludarme, pero me limité a asentir con la cabeza mientras seguía caminando hacia las puertas acristaladas del fondo.

Necesitaba aire.

Abrí una de las puertas y salí a la terraza.

El aire frío de la noche me golpeó la cara de inmediato.

Manhattan se extendía delante de mí, en un mar de luces reflejándose en el río. El ruido amortiguado de la gala quedó atrás, sustituido por el murmullo distante de la ciudad.

Apoyé las manos en la barandilla y respiré hondo.

Joder.

Hacía años que no veía a Amy.

Años.

Y aun así había bastado un segundo para desestabilizarme.

Solté el aire lentamente.

No debería afectarme.

No después de tanto tiempo.

Pero la memoria es una cabrona.

Detrás de mí se abrió la puerta de la terraza.

El sonido del cristal deslizándose me hizo cerrar los ojos un segundo.

Sabía quién era antes incluso de comprobarlo.

—¿Ewan?

Era Amy.

19

Ewan



Cerré los ojos un segundo antes de girarme.

Seguía igual.

Quizá más elegante. Más segura. El vestido rojo se movía con el viento suave de la terraza y el cabello pelirrojo le caía sobre un hombro como si supiera exactamente el efecto que causaba.

Amy Fraser siempre había sabido eso.

—Hola, Amy.

Se acercó un par de pasos.

—No esperaba encontrarte aquí esta noche.

—Es una gala benéfica. Suelo venir.

—Claro… —dijo con una pequeña sonrisa—. El heredero responsable.

Apoyé los codos en la barandilla.El metal estaba frío bajo las manos. El viento de la noche arrastraba el murmullo lejano de Manhattan hasta la terraza.

Amy me observó unos segundos.

—Han pasado años.

—Sí.

—Pensé que quizá nos volveríamos a cruzar antes.

La miré de reojo.

—Nueva York es grande.

—No tanto para nosotros.

Su mirada se deslizó hacia el interior del salón, a través de los ventanales.

—Es guapa tu acompañante.

—Es periodista. Está escribiendo un reportaje sobre mí.

Amy alzó una ceja, sorprendida.

—¿Un reportaje? Siempre odiaste ser el centro de atención.

—Las cosas cambian.

Me observó un segundo más, como si evaluara esa respuesta.

—Aunque supongo que no debe ser tan terrible… —añadió con una pequeña sonrisa—. Además, es pelirroja. Y sé perfectamente lo mucho que te gustan las pelirrojas. Al final… parece que algunas cosas no cambian tanto, ¿verdad?

Me giré hacia ella.

—Parece que a ti también te va bien.

Amy arqueó una ceja.

—¿A qué te refieres?

—Al modelo.

Señalé con la barbilla hacia el interior del salón.

—El australiano. ¿Es australiano, verdad?

Amy siguió mi mirada y asintió.

—¿Te refieres a Blake? Lo nuestro es más bien… marketing.

—¿Marketing?

—Exacto. —Se encogió ligeramente de hombros—. A la prensa le encanta la historia de la diseñadora y el modelo. Los dos ganamos con esto. Además, Blake es gay.

No dije nada.

El silencio se instaló entre nosotros.

Un silencio tenso, incómodo, cargado de demasiadas cosas que ninguno parecía dispuesto a decir en voz alta.

Amy me observó durante unos segundos.

—Ewan…

Su voz había perdido parte de la seguridad de antes.

—Me gustaría que algún día habláramos.

No respondí.

—De verdad —continuó—. Llevo tiempo pensando en lo que pasó… y en cómo terminó todo y…

Pero en ese momento la puerta de la terraza se abrió.

Nos giramos a la vez.

Era Genny.

Levantó ligeramente las manos en un gesto de disculpa.

—Lo siento. No quería interrumpir. —Sus ojos pasaron brevemente de Amy a mí—. Pero te están buscando.

Me aparté de la barandilla.

—Gracias.

Amy dio un pequeño paso atrás, recuperando su expresión habitual.

—Supongo que hablaremos en otro momento.

La miré un segundo antes de asentir.

—Que tengas buena noche, Amy.

—Igualmente, Ewan.

Me acerqué a Genny y caminamos entre los invitados sin decir nada.

La miré de reojo.

—¿Quién me buscaba?

Genny dio un pequeño sorbo al champán antes de responder.

—Nadie, en realidad.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Has mentido?

Se encogió de hombros con una naturalidad casi insolente.

La miré.

—¿Por qué?

Sus ojos se desviaron un momento hacia la terraza por la que acabábamos de entrar.

Luego volvieron a mí.

—Porque te he visto tan serio… Me ha dado la sensación de que no querías seguir esa conversación. Así que te he sacado de ahí.

—No sabía que las periodistas también rescatan a sus entrevistados.

Genny sonrió ligeramente.

—Solo cuando parecen necesitarlo.

La noche siguió su curso, pero ya no fue lo mismo.

La aparición de Amy había dejado algo flotando en el aire. Una tensión sorda que no se iba del todo, por mucho que la gala continuara como si nada hubiera pasado.

Escuché conversaciones. Saludé a un par de donantes más. Sonreí cuando tocaba sonreír.

Pero mi cabeza no estaba del todo allí.

Tampoco Genny parecía tan relajada como antes. Seguía probando canapés de vez en cuando, haciendo comentarios discretos sobre la gente que pasaba, pero había algo más contenido en ella.

Después vino el discurso.

El anfitrión agradeció a los patrocinadores, habló de la fundación, de los programas educativos y de las cifras de este año. Aplausos educados. Más champán.

Cuando terminó, aproveché el momento en que la gente empezó a dispersarse.

—Vámonos. Ya he cumplido.

No hizo falta decir más.

Atravesamos el vestíbulo del edificio histórico y salimos a la calle. El aire de la noche era frío y limpio después del calor del salón.

El coche ya estaba esperando.

Harris estaba de pie junto a la puerta trasera.

—Señor.

Abrí la puerta para que Genny entrara primero. El interior del coche estaba cálido y silencioso.

Me senté a su lado y Harris arrancó.

Durante un par de minutos ninguno dijo nada.

Las luces de Manhattan pasaban por las ventanillas.

Finalmente Genny habló.

—Ewan. —La miré—. Si no quieres que vaya al castillo esta noche… lo entenderé.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Por qué dices eso?

Se encogió un poco de hombros.

—Porque es normal que te sientas removido después de encontrarte con una ex. No pasa nada. Podemos dejarlo para otro día.

La miré durante un segundo.

—De eso nada.

Parpadeó, sorprendida.

—¿No?

—¿Enviaste el borrador del reportaje?

Asintió.

—Sí.

—Entonces no hay más que hablar. Ese fue el trato. Y quiero hacerlo.

Sus ojos me estudiaron con atención.

—¿Seguro?

No respondí con palabras.

La atraje hacia mí y la besé.

Un beso directo, decidido. Sus labios se abrieron contra los míos y mi lengua buscó la suya sin prisa, profundizando el beso. Sentí cómo su respiración se aceleraba cuando me devolvió el gesto, acercándose más, su mano apoyándose en mi pecho para mantener el equilibrio en el asiento.

El coche seguía avanzando por la carretera, pero dentro todo parecía haberse detenido.

Cuando me separé apenas unos centímetros, su boca seguía cerca de la mía.

Su respiración era más rápida ahora.

—¿Te parece suficiente respuesta? —murmuré.

Genny me miró un segundo.

Luego sonrió despacio.

—Sí. Creo que sí.

20

Genny



No recuerdo el trayecto.

De verdad.

Entre el beso en el coche y mi cerebro intentando procesar que en unos minutos iba a acostarme con Ewan McRae, todo el resto del mundo dejó de existir.

Harris abrió la puerta.

—Hemos llegado, señor.

Ewan salió primero. Luego me tendió la mano.

La tomé.

El aire de la noche era frío, pero apenas lo noté. Tenía toda mi atención puesta en él mientras subíamos los escalones hacia la

entrada del castillo.

Ewan sacó las llaves y estaba a punto de abrir cuando un maullido llamó nuestra atención. Venía de uno de los matorrales.

Aparté las ramas con cuidado.

Y entonces lo vi.

Un gatito gris, diminuto, con las orejas demasiado grandes para su cabeza. Intentó caminar hacia mí… y cojeó un poco.

Era una de las crías de la colonia. Lo recordaba de la última vez. El que tardaba más en confiar.

—Creo que alguien se ha perdido… —murmuré.

En ese momento Ewan apareció a mi lado.

Se inclinó un poco para mirar entre las ramas y, al reconocerlo, soltó un suspiro bajo.

—Vaya, colega, ¿qué haces ahí?

El gatito dio dos pasos torpes hacia nosotros y volvió a maullar, como si estuviera quejándose de su mala orientación.

Me agaché despacio.

—Hola, pequeñito…

Ewan se quedó quieto a mi lado, observándolo con atención.

—No te acerques muy rápido —dijo en voz baja—. Es muy asustadizo.

El gatito me miró con esos ojos enormes. Dudó un segundo… luego dio un paso más hacia mí.

Y chocó contra mi zapato.

Sonreí.

—Creo que hoy está menos asustado.

Me agaché del todo y lo cogí con cuidado entre las manos.

Pesaba casi nada.

El gatito soltó un pequeño maullido indignado… y acto seguido empezó a ronronear contra mis dedos.

Ewan soltó aire por la nariz.

—Traidor. A mí me llevó semanas ganarme su confianza.

Le lancé una mirada divertida.

—No es traición. Tiene buen gusto.

Ewan cruzó los brazos, mirándome con esa expresión entre divertida y resignada.

—Eso no puedo negarlo.

Miré al pequeño bulto gris que ronroneaba en mis manos.

—¿Lo llevamos de vuelta a la colonia?

Ewan miró hacia la puerta del castillo.

Luego a mí.

Luego al gato.

Soltó un suspiro largo, claramente frustrado.

—Supongo que eso es lo correcto.

No hacía falta ser un genio para entender lo que estaba pensando. Llevábamos toda la noche acumulando tensión… y justo ahora el universo nos mandaba una misión de rescate felina.

Le dediqué una sonrisa inocente.

—Seguro que dentro de unos años recordarás este momento con cariño.

—Dentro de unos años solo recordaré que un gato arruinó una noche perfectamente prometedora.

Lo seguí riendo por lo bajo mientras caminábamos hacia la parte trasera del jardín.

La zona junto al muro norte estaba más oscura y silenciosa. Las pequeñas casitas de madera que Ewan había construido se

alineaban contra la pared, protegidas del viento.

En cuanto nos acercamos, dos gatos salieron de una de ellas.

—Hola… —susurré.

El pequeño en mis brazos se movió, como si reconociera el lugar.

Sus orejas se levantaron y empezó a removerse con más energía, intentando bajar.

—Creo que alguien sabe exactamente dónde está —murmuré.

Me agaché despacio junto a una de las casitas.

—Vale, campeón… ya estás en casa.

Lo dejé en el suelo con cuidado.

El gatito cojeó un poco, pero enseguida avanzó decidido hacia la entrada de la casita. Otro de los gatos salió a su encuentro, lo olfateó brevemente y ambos desaparecieron dentro.

Me quedé unos segundos mirando la pequeña puerta de madera.

—Listo.

Ewan se agachó a mí lado.

Entonces vio algo junto a una de las casitas.

Se detuvo.

Frunció ligeramente el ceño.

—¿Eso… qué es?

Me acerqué un poco más.

Y no pude evitar sonreír.

Junto a la casita había un pequeño abrevadero automático de acero con un dispensador transparente de agua encima. Al lado, un comedero con tolva que iba soltando pienso poco a poco.

Nada de los cuencos improvisados que había visto la última vez.

Ewan levantó el dispensador entre las manos como si estuviera examinando una pieza arqueológica.

—Esto no estaba aquí.

—Quizá el hada de los gatos trabaja en Manhattan

—Genny…

Suspiré.

—El otro día pasé por una tienda de animales.

—Ajá.

—Y vi esto.

Señalé el dispensador.

—Mantiene el agua limpia y se rellena solo. Y ese comedero dosifica el pienso.

Ewan volvió a mirar los aparatos.

Luego a mí.

—¿Les has comprado un sistema de alimentación automatizado?

Me encogí de hombros.

—Pensé que sería más cómodo para ellos. Y también para ti. Así no tienes que venir todos los días a rellenar cuencos como si fueras el camarero oficial de la colonia.

Ewan volvió a mirar el dispensador y a mí.

—No tenías que hacer esto.

—Lo sé.

Me encogí de hombros otra vez.

—Pero me apetecía.

Ewan me observó unos segundos en silencio. Sus ojos recorrieron el comedero nuevo, los gatos que empezaban a acercarse… y luego volvieron a mí.

Una sonrisa lenta apareció en su boca.

—Guapa, lista y altruista… —dijo con voz baja—. ¿Qué otras cualidades escondes, Genny O'Donnell?

Sentí cómo el calor me subía por el cuello.

—Si te lo cuento todo de golpe perderé el misterio.

Ewan dio un paso más cerca.

—No me importaría investigar.

Levanté una ceja.

—¿Investigación exhaustiva, señor McRae?

—Muy exhaustiva.

Estábamos agachados todavía junto a las casitas cuando Ewan deslizó una mano firme alrededor de mi cintura y me atrajo hacia él.

No me dio tiempo a decir nada.

Su boca encontró la mía.

El beso fue profundo, decidido. Sentí su lengua deslizarse contra la mía mientras me acercaba más contra su pecho. Una de mis manos se apoyó en su hombro para no perder el equilibrio, la otra se enredó en su chaqueta.

Durante un momento el jardín, los gatos, el frío… todo desapareció.

Solo existía su boca.

Su respiración.

El calor que me recorría el cuerpo.

Cuando nos separamos apenas unos centímetros, los dos respirábamos un poco más rápido.

Ewan apoyó la frente contra la mía un segundo.

—Venga —murmuró—. Vámonos antes de que decidas ponerles suelo radiante o algo así.

Solté una pequeña risa.

—No es mala idea.

—Ni se te ocurra.

Se levantó primero y me ayudó a incorporarme. Su mano no abandonó mi cintura cuando empezamos a caminar de vuelta hacia el castillo.

Apenas habíamos avanzado unos pasos cuando se detuvo otra vez.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Solo volvió a besarme.

Esta vez más breve… pero igual de intenso.

Seguimos caminando.

Diez pasos más.

Ewan volvió a pararse.

—Ewan…

—¿Sí?

—Estamos a treinta metros de la puerta.

—Lo sé.

Y me besó otra vez.

Resoplé contra sus labios.

—A este ritmo no llegaremos nunca.

—Tienes razón.

Antes de que pudiera preguntar qué estaba pensando, se inclinó, me agarró por la cintura y me levantó en volandas.

—¡Ewan! —solté, sorprendida, aferrándome a sus hombros.

Él empezó a subir los escalones del castillo como si no pesara nada.

—Así puedo besarte sin detener la marcha.

—Estás loco —murmuré, riendo.

—Posiblemente.

Se inclinó hacia mí mientras caminaba y volvió a besarme. Un beso rápido al principio… que se alargó un poco más cuando mi mano se coló en su pelo.

La puerta del castillo se abrió con un empujón de su hombro.

Entramos.

El silencio del interior nos envolvió.

Y la puerta se cerró detrás de nosotros.

21

Genny



Entramos en el apartamento de Ewan besándonos como locos. Yo en sus brazos, con mis piernas rodeando su cintura mientras él cerraba la puerta de una patada sin separarse de mi boca ni un segundo.

En algún momento habíamos acabado en esa posición.

No recordaba exactamente cuándo.

Quizá cuando me había empujado contra la pared del vestíbulo para besarme otra vez.

Quizá cuando mis manos habían subido a su pelo y él había soltado ese gruñido bajo que me había hecho perder completamente el sentido común.

Dio un par de pasos hacia el salón todavía conmigo pegada a él. Mis dedos se aferraban a su cuello mientras su boca bajaba un momento a mi mandíbula.

De pronto me dejó en el suelo.

Apenas tuve tiempo de reaccionar cuando sus manos giraron mi cuerpo con suavidad, colocándome de espaldas a él.

Sentí su pecho pegado a mi espalda.

—Ewan… —murmuré, sin aliento.

No respondió.

Me quitó el abrigo. Sus labios recorrieron lentamente mi hombro hasta la parte alta de mi espalda, justo donde el vestido dejaba la piel al descubierto. El contraste de su boca caliente contra mi piel me hizo estremecer.

—Joder… —susurró muy cerca de mi oído.

Sus manos se posaron en mi cintura.

Una de ellas subió despacio por mi espalda hasta encontrar la cremallera del vestido.

Su boca volvió a rozar mi espalda.

—Dime que pare si quieres que pare —murmuró.

Sentí cómo se me aceleraba el pulso.

—No quiero que pares.

Durante un segundo no se movió.

Luego sus dedos encontraron el tirador de la cremallera.

Y empezó a bajarla lentamente mientras sus labios seguían besando mi espalda, cada vez más abajo, como si quisiera saborear cada centímetro de piel que iba quedando al descubierto.

La cremallera terminó de bajar con un pequeño sonido suave. El vestido cayó sobre mis pies como un remolino.

Ewan dio un paso atrás y me giró lentamente para que quedara frente a él.

Sus ojos bajaron despacio.

Primero a mis hombros.

Luego al encaje negro que ahora quedaba a la vista.

Después volvieron a subir hasta mi cara.

Se quedó mirándome unos segundos.

Como si se hubiera olvidado de respirar.

—Eres… —se detuvo un segundo, como si buscara la palabra adecuada— una diosa.

Sentí cómo el calor me subía por el cuello.

—Estás exagerando.

Negó muy despacio.

—No. Me estoy quedando corto.

Me acerqué un paso.

Ahora era yo la que lo miraba con atención.

Su americana seguía perfectamente colocada. La corbata todavía en su sitio. La camisa impecable… como si no hubiéramos pasado los últimos diez minutos besándonos como dos adolescentes descontrolados.

Le señalé el pecho.

—Tu turno.

Una de sus cejas se levantó ligeramente.

—¿Mi turno?

—Quítate la americana. Y la corbata. Y la camisa.

Su sonrisa apareció lenta.

—Estás muy mandona.

—Me gusta mandar. ¿Por qué crees que guardo unas esposas de peluche rosas en mi mesita de noche?

Ewan se rio y yo me acerqué otro paso, lo suficiente para agarrar suavemente el nudo de su corbata entre mis dedos.

—Así que vamos, quiero ver lo que escondes debajo de todo esto.

Sus ojos oscurecieron un poco.

—Genny…

—¿Sí?

—No tienes ni idea de lo peligrosa que eres ahora mismo.

Solté la corbata y di un pequeño paso atrás, cruzándome de brazos mientras lo observaba.

—Vamos, McRae.

Su sonrisa se volvió más amplia.

Se quitó la americana primero y la dejó caer sobre el respaldo de una silla.

Después llevó las manos al nudo de la corbata y empezó a deshacerlo lentamente, sin apartar los ojos de mí.

La corbata cayó.

Luego empezó a desabrochar la camisa.

Un botón.

Otro.

Y otro.

Cuando la abrió del todo, la tela se separó lo suficiente para dejar ver su pecho.

Mi respiración se detuvo un segundo.

Vale.

Ahora entendía por qué tenía tanta confianza.

Su torso era… joder. No era solo que estuviera en forma. Era el tipo de cuerpo que parecía tallado a base de disciplina y madrugones corriendo junto al Hudson. Hombros anchos, pecho firme y unos abdominales marcados que se dibujaban con claridad bajo la luz cálida del salón.

Tragué saliva.

—Vaya… —murmuré.

Ewan ladeó la cabeza, observando mi reacción con una sonrisa lenta.

—¿Eso es bueno o malo?

—Estoy reevaluando muchas cosas ahora mismo.

—¿Ah, sí?

Mis dedos se apoyaron suavemente sobre su pecho, sintiendo el calor de su piel y la firmeza de los músculos bajo mis manos.

Subí la mirada hacia él despacio.

—Podría planchar ropa sobre estos abdominales.

Ewan soltó una risa baja.

—Ese es el comentario más extraño que me han hecho sobre mi cuerpo.

Deslicé los dedos por la línea de sus abdominales con curiosidad descarada.

Mis dedos se detuvieron justo sobre su abdomen.

Él bajó la mirada hacia mi mano.

Luego volvió a mirarme.

—Genny…

—¿Sí?

—Si sigues tocándome así voy a olvidarme completamente de comportarme como una persona civilizada.

Incliné la cabeza.

—Creo que ese era un poco el objetivo.

Sus manos se cerraron alrededor de mi cintura y me acercó a él para volver a besarme. Su lengua se enredó con la mía y yo gemí. Gemí de urgencias y anticipación.

Lo miré apenas un segundo.

—Llévame a la isla de la cocina —susurré—. Quiero seguir donde lo dejamos.

Sus ojos oscurecieron de inmediato.

Me levantó sin esfuerzo y caminó conmigo hacia la cocina. En pocos pasos me sentó sobre la isla de mármol. El frío de la superficie contrastó con el calor de su cuerpo cuando se acercó entre mis piernas.

Su boca volvió a mi cuello mientras sus dedos se movían con cuidado por mi espalda. Encontraron el broche del sujetador.

El broche cedió con un pequeño clic y la tela cayó suavemente por mis hombros.

Ewan levantó la mirada hacia mí otra vez.

Y durante un instante no hizo nada.

Solo miró.

Como si quisiera memorizar el momento.

—Dios… —murmuró en voz baja—. Eres hermosa.

Me besó entre los pechos y luego cogió mi pezón izquierdo y se lo llevó a la boca. Lo mordió, lo succionó. Su lengua lo envolvió un segundo antes de hacer lo mismo con el derecho.

Gemí, tirando de su pelo, y empecé a frotarme contra él, contra su miembro endurecido bajo la ropa, mientras lo rodeaba con mis piernas.

—Ewan... —su nombre escapó de mis labios como un suspiro roto.

Él respondió con un gruñido bajo que vibró contra mi piel antes de que su boca comenzara a trazar un camino descendente.

Siguió la línea de mi esternón, pasó la lengua por el hueco entre mis costillas, y continuó bajando hasta llegar a mi vientre. Allí se detuvo un momento. Su aliento caliente me hizo cosquillas mientras sus manos sujetaban mis caderas con firmeza.

—Eres increíble —murmuró contra mi piel, y el cumplido atravesó todo mi cuerpo como un latido más.

Levanté la cabeza para mirarlo. Sus ojos estaban clavados en los míos mientras sus labios continuaban su descenso.

Cuando llegó al borde de mis braguitas negras, del mismo encaje que el sujetador que ahora descansaba olvidado en algún lugar de la cocina, sus dedos se engancharon en la cinturilla.

Me incorporé un poco apoyándome en mis codos.

—Genny, no te imaginas cuánto te deseo —sus ojos oscuros se encontraron con los míos mientras sus pulgares acariciaban mis caderas por encima de la tela—, llevo mucho queriendo hacer esto.

Antes de que pudiera responder, bajó la cabeza y mordió suavemente la tela del encaje, justo donde yo estaba más sensible. El gesto fue tan inesperado que un gemido agudo escapó de mi garganta.

—Ewan...

—Dime que pare si quieres que pare —repitió las mismas palabras que había usado antes, y su aliento caliente atravesó la tela, haciéndome estremecer.

Esta vez no pude articular palabra.

Simplemente negué con la cabeza mientras una mano soltaba el borde de mármol para enterrarse en su pelo oscuro.

Él sonrió contra mi piel y sus dedos tiraron del encaje hacia abajo.

El frío del mármol contra la parte trasera de mis muslos fue un contraste efímero porque inmediatamente después sus manos cálidas recorrieron mi piel desnuda, separando mis piernas con suavidad para acomodarse entre ellas.

—Así me gusta —susurró—. Temblando por mí.

Quise replicar algo ingenioso, devolverle alguna de sus propias palabras, pero cualquier pensamiento coherente se desvaneció cuando su boca se enterró en mi sexo.

Succionó mi clítoris con suavidad primero y luego dejó que su lengua lo abrazara unos segundos antes de empezar a moverla hacia delante y hacia atrás, en círculos, y vuelta a empezar.

Mi espalda se arqueó y mis dedos se aferraron a su pelo con más fuerza.

Su nombre salió de mis labios.

El mármol estaba frío bajo mis muslos, pero yo estaba ardiendo por dentro.

—Ewan —jadeé—, si sigues así... voy a...

Levantó la cabeza solo lo suficiente para murmurar contra mi piel:

—Quiero que lo hagas.

Y volvió a su tarea con renovada intensidad.

Su lengua siguió jugando con mi centro de placer sin darme una tregua.

Cuando el orgasmo me golpeó, fue como una ola que llevaba demasiado tiempo conteniéndose. Mi cuerpo se tensó, mis dedos tiraron de su pelo y su nombre resonó en la cocina vacía mientras él no se separaba de mí, alargando cada segundo de mi espasmo con movimientos lentos y deliberados.

Cuando finalmente levantó la cabeza, sus labios estaban húmedos y sus ojos brillaban con una mezcla de satisfacción y algo más profundo, algo hambriento.

Se incorporó lentamente, deslizando sus manos por mis muslos, mis caderas, mi vientre, hasta llegar a mi cara. Su pulgar recorrió mi labio inferior mientras recuperaba el aliento.

—Eso —dijo con voz grave— ha sido lo más sexy que he visto en mi vida.

—No hemos terminado —susurré, todavía temblando de placer —. Ahora me toca a mí.

Me bajé de la isla de un salto y lo empujé hacia atrás. Dio un par de pasos hasta que sus piernas chocaron con el borde del sofá y cayó sentado.

Justo donde lo quería.

Me quedé de pie frente a él, disfrutando de cómo me recorría con la mirada.

Estaba desnuda, completamente desnuda. Y no me importaba. No sentía vergüenza ni vulnerabilidad.

Sin más, me arrodillé frente a él, desabroché el pantalón y lo bajé. Luego hice lo mismo con el bóxer y me mordí el labio al ver lo que escondía debajo. Su polla era grande, ancha, perfecta para proporcionar placer.

Levanté la vista hacia él.

—¿Siempre llevas esto ahí o es una edición especial para mí?

Soltó una risa ronca que se cortó en seco cuando lo rodeé con mis dedos.

—Joder, Genny.

Sonreí.

Y me incliné.

Su cabeza cayó hacia atrás contra el sofá cuando me metí la erección en la boca de una sola estocada. Hasta el fondo. No sé lo había esperado y soltó un jadeo ahogado a la vez que enterraba una de sus manos en mi pelo.

Empecé a moverme arriba y abajo, despacio al principio, solo para oírle gemir. Porque vaya si gemía. Ese tipo de gemidos roncos que se te meten en el vientre y no quieres que paren nunca.

—Genny... —su voz sonaba rota.

Subí la mirada mientras seguía. Sus ojos estaban cerrados, la cabeza hacia atrás, los dedos enredados en mi pelo apretando pero sin forzar. Como si no supiera muy bien si quería empujarme o dejarme hacer.

Apreté un poco más, profundicé, y su cadera se levantó sola buscando más.

—Joder —masculló.

Sonreí. Bueno, sonreí mentalmente. Difícil sonreír de verdad con la boca ocupada.

Aceleré el ritmo. Mis manos sujetaban su cintura, sintiendo cómo se tensaban los músculos de su vientre cada vez que llegaba abajo.

—Para —dijo de repente.

Me detuve.

—¿Qué pasa?

Me miró con los ojos casi negros, el pecho subiendo y bajando.

—Que si sigues un segundo más no voy a poder hacer lo que quiero hacerte.

Me incorporé despacio, pasándome la lengua por los labios.

—¿Y qué quieres hacerme?

En lugar de responder, me levantó del suelo y me tumbó boca arriba en el sofá. Quedó sobre mí, su peso apoyado en los brazos a

cada lado de mi cabeza.

—Algo que vas a disfrutar. Mucho.

—Eso espero.

Sonrió y me besó. Un beso profundo, lento, que supo a mí y a él y a todo lo que acabábamos de hacer.

Separó los labios y se incorporó lo justo para llegar al bolsillo trasero de su pantalón, que seguía en el suelo junto al sofá. Oyó el rasgado del envoltorio y luego le vi ponérselo con dos movimientos rápidos, sin apartar los ojos de mí.

Volvió a colocarse sobre mi cuerpo.

—¿Segura? —preguntó en voz baja.

Asentí.

Bajó una mano entre nosotros. Le sentí deslizar la punta despacio, muy despacio, recorriéndome sin entrar. Una vez. Otra. Solo rozando, provocando. Mi respiración se aceleró.

—Ewan...

—Dime.

Pero no dije nada porque justo entonces inclinó las caderas y la sentí presionar justo en el sitio. Ahí.

Luego se inclinó y me besó. Suave. Mientras empezaba a entrar.

La sensación de su boca en la mía mientras mi cuerpo se abría para recibirle fue demasiado. Gemí contra sus labios y él respondió con un gruñido bajo antes de profundizar el beso.

Cuando llegó al fondo se quedó quieto. Separó la boca lo justo para mirarme.

—¿Bien? —preguntó con voz grave.

Asentí. No podía hablar. Tenía sus ojos clavados en los míos, su cuerpo dentro del mío, y cualquier palabra se quedaba atascada en algún lugar de la garganta.

Empezó a moverse.

Despacio al principio. Embestidas largas, profundas, que me hacían olvidar dónde terminaba yo y empezaba él. Sus manos sujetaban mis caderas con firmeza, marcando el ritmo.

—Ewan... —su nombre salió como un suspiro.

—Dime.

—Así. Justo así.

Aceleró. Sus caderas golpeaban contra las mías con un ritmo que ya no tenía nada de pausado. El sofá se movía con nosotros, y yo solo podía aferrarme a sus hombros, a su espalda, a cualquier parte de él que pudiera sujetarme.

Bajó una mano entre nosotros. Sus dedos encontraron mi centro y empezaron a dibujar círculos justo donde más lo necesitaba.

—Dios —jadeé—. No pares.

No paró.

Su boca encontró la mía otra vez y nos besamos sin orden, sin aliento, solo porque sí. Porque estábamos ahí. Porque era lo único que tenía sentido en ese momento.

Noté cómo se tensaba. Cómo su respiración se volvía más irregular. Cómo sus dedos apretaban mi cadera con más fuerza.

—Córrete conmigo —susurró contra mis labios.

Y lo hice. Me corrí.

Mi espalda se arqueó, mis uñas se clavaron en su piel y su nombre salió de mi boca como si fuera la única palabra que supiera decir. Le sentí llegar justo después, su gemido ronco mezclándose con el mío, su cuerpo tensándose sobre mí mientras se dejaba ir.

Pasaron segundos. O minutos. No lo sé.

Cuando abrí los ojos, seguía encima de mí. Apoyado en sus antebrazos, mirándome con una expresión que no supe descifrar del todo.

—¿Qué? —pregunté con voz cansada.

—Nada. Solo te miro.

Sonreí.

—Qué raro eres.

Se rió bajito y se dejó caer a mi lado, rodeándome con un brazo. El sofá era pequeño para los dos, pero no me importaba. Estaba bien así. Pegada a él. Sintiendo su respiración recuperarse poco a poco.

Aunque algo dentro de mí se removió. Porque aquello se suponía que tenía que ser una noche. Y, sin embargo, no se sentía como tal.

Pero la noche era joven, aquello acababa de empezar y pensaba exprimir el momento al máximo.

22

Ewan



La luz de la mañana se filtró por la habitación cuando abrí los ojos. Durante unos segundos me quedé mirando el techo, todavía medio dormido, hasta que el recuerdo de la noche anterior me golpeó de lleno. Y entonces sonreí como un idiota.

Genny en la isla de la cocina.

En el sofá.

En mi cama.

Joder.

Pasé una mano por la cara, todavía intentando despejarme. Habíamos dejado claro que sería solo una noche. Una solución

práctica. Eliminar la tensión que llevaba semanas acumulándose entre nosotros y seguir adelante como si nada hubiera pasado.

Simple.

Lógico.

Y aun así, el primer pensamiento que me vino a la cabeza fue otro.

¿Ya se habrá ido?

Giré la cabeza hacia el otro lado de la cama. Estaba vacío. La sábana seguía arrugada, con la marca de su cuerpo todavía visible sobre el colchón, como si se hubiera levantado hacía poco.

—Mierda… —murmuré.

Me incorporé lentamente. El apartamento estaba en silencio, pero entonces oí un pequeño ruido metálico procedente de la cocina. Algo chocando contra una sartén.

Fruncí el ceño y salí de la habitación y la sensación de alivio se propagó por mi pecho cuando vi a Genny allí.

Estaba de pie frente a la encimera, descalza, con mi camisa blanca puesta. Le quedaba enorme. Le caía hasta medio muslo y las mangas estaban dobladas hasta los codos. Su pelo pelirrojo estaba algo despeinado y caía suelto sobre la espalda mientras se movía entre la cafetera y la sartén con una naturalidad que me descolocó un poco.

Estaba haciendo el desayuno.

Me apoyé en el marco de la puerta sin hacer ruido y me quedé mirándola durante un momento.

Estaba preciosa.

Demasiado preciosa para alguien que se suponía que solo iba a pasar una noche en mi cama.

En ese momento se giró y nuestros ojos se encontraron.

Durante un segundo pareció sorprenderse… pero enseguida sonrió.

—Buenos días.

—Buenos días.

Se apoyó ligeramente en la encimera y señaló la sartén con la espátula.

—Espero que no te importe… —dijo—. Tenía hambre.

Miré los huevos.

Luego el café.

Luego otra vez a ella.

—No me molesta.

Hubo un pequeño silencio antes de que añadiera algo más, con un gesto casi incómodo.

—Perdona… me iré en cuanto coma algo.

La miré sin responder inmediatamente. Porque, de repente, la idea de que se fuera no me gustó nada.

Ni un poco.

Di un paso hacia la cocina y apoyé las manos en la encimera frente a ella.

—En realidad estaba pensando… ¿tienes planes para hoy?

Genny me miró con esa expresión evaluadora suya, como si estuviera intentando adivinar por dónde iba.

—Bueno… depende de lo que consideres planes. Tenía pensado pedir pizza y ver las películas de Crepúsculo. —Se encogió ligeramente de hombros—. Es reconfortante saber que, por muchas malas decisiones que yo tome, Bella siempre las tomará peores. ¿Por qué lo preguntas?

Me apoyé mejor en la encimera.

—Estaba pensando que, si no tienes nada que hacer, podrías ayudarme a terminar el refugio para los gatos.

Sus cejas se levantaron ligeramente.

Sus ojos se abrieron al instante, iluminándose con una felicidad inmediata.

—¡Oh, sí! Claro que quiero ayudarte.

Dejó la espátula en la encimera y se giró completamente hacia mí, entusiasmada.

—Dicen que en los próximos días va a llegar una ola polar —añadió— y estaría bien que los pequeños tuvieran una casita más confortable. Clyde lo necesitará.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Clyde?

—El gris que cojea, el que se perdió —dijo como si fuera obvio.

—No sabía que le habías puesto nombre.

—Claro que sí. Todos los tienen. —Se encogió de hombros—. El grande gruñón es Lord Ash, el curioso es Pixel, la gordita que vive pegada al comedero es Muffin, el ladrón con antifaz es Bandit… y el naranja hiperactivo es Rocket.

La miré unos segundos.

—Has estado pensando bastante en esto.

Sonrió.

—Los gatos se lo merecen. Así que por supuesto que lo he pensado, y por supuesto que me quedo. Aunque… no he traído ropa.

Bajé la mirada a mi camisa sobre su cuerpo.

La tela blanca le llegaba a medio muslo y las mangas estaban dobladas torpemente en los antebrazos.

No pude evitar sonreír.

—No veo el problema.

Genny siguió mi mirada y luego volvió a mirarme con una ceja levantada.

—¿Pretendes que me pase el día entero vestida con tu camisa?

—Podrías —dije, encogiéndome ligeramente de hombros—, pero sería poco conveniente.

Ella inclinó la cabeza, curiosa.

—¿Poco conveniente?

—Sí. —La miré un segundo, deliberadamente despacio—. Me pasaría el día con una erección en los pantalones.

Genny soltó una pequeña risa.

—Qué problema tan grave.

—Lo es cuando se supone que tenemos que construir refugios para gatos y no distraerme contigo.

Apoyó las manos en la encimera, divertida.

—Pobrecito.

Negué con la cabeza.

—Así que mejor te dejaré otra ropa.

—¿Algo menos peligroso?

—Mucho menos.

—Mejor así. Porque, si mal no recuerdo, dijimos que solo tendríamos una noche… y la noche ya terminó. Será mejor que volvamos a comportarnos como adultos funcionales.

Entrecerré los ojos, claramente divertido.

—Ummm… creo que en Hawái todavía es de noche.

—No estamos en Hawái.

—Detalles técnicos.

Sacó la sartén del fuego con total calma y deslizó los huevos sobre un plato. Luego cogió dos tostadas y las dejó al lado como si

aquella discusión absurda fuera lo más normal del mundo.

Se giró hacia mí con el plato en la mano.

—Voy a quedarme, pero solo por los gatos. Clyde, Pixel, Muffin… necesitan ayuda. Y soy una persona muy comprometida con el bienestar animal.

La miré un segundo.

—Nada que ver conmigo.

—Absolutamente nada que ver contigo. Así que termina tu café, McRae —dijo entre bocado y bocado—. Tenemos casitas para gatos que construir.

La observé unos segundos más antes de coger mi taza.

Porque, por alguna razón, la idea de pasar el día entero con ella… me parecía el mejor plan desde hacía mucho tiempo.

23

Ewan



La tarde se había ido sin que nos diéramos cuenta.

Cuando levanté la cabeza del último tablón que estaba atornillando, el cielo ya estaba oscureciendo detrás de los árboles. La luz que entraba por la puerta abierta del cobertizo era azulada, casi nocturna.

Dejé el destornillador sobre la mesa de trabajo.

—Listo.

Genny también dio un paso atrás, sacudiéndose el serrín de las manos y limpiándose los dedos en el pantalón de deporte que le había prestado.

Observamos las casitas.

Seis refugios de madera alineados sobre la mesa y el suelo del cobertizo. Tejadillos inclinados, entradas protegidas del viento, las tablas perfectamente encajadas.

—No están nada mal —dijo ella.

—Para dos carpinteros amateurs, es un resultado aceptable.

Genny cruzó los brazos, inspeccionando el trabajo con gesto crítico.

—Aceptable dice el perfeccionista.

—Solo falta pintarlas.

Habíamos pasado todo el día allí dentro. Cortando madera. Atornillando tablas. Bromeando. Discutiendo sobre el tamaño de las entradas. Riendo cuando Genny casi se llevó por delante la caja de herramientas.

Había sido un día largo.

Pero extrañamente… fácil.

Deslicé la mirada hacia ella.

Seguía observando las casitas con una sonrisa pequeña, satisfecha.

Llevaba mi ropa. Mi sudadera. Mi pantalón de deporte. Le quedaban grandes, pero de alguna manera… le sentaban increíblemente bien.

Demonios.

Me gustaba verla así. Demasiado.

—¿En qué piensas? —preguntó.

La miré.

—En que hemos pasado todo el día construyendo casas para gatos.

Sonrió de lado.

—Es un plan perfectamente respetable.

—Sí.

Se acercó un poco a una de las casitas y pasó los dedos por el tejado de madera.

—Creo que a Clyde le va a gustar esta.

—Si no le gusta, puede presentar una queja formal.

Genny soltó una risa baja.

Luego miró hacia la puerta del cobertizo. La noche ya había caído del todo.

—Te ayudo a recoger y me marcho ya.

Eso no me gustó nada.

Recogimos las herramientas en silencio. Genny dejó la caja de tornillos sobre una mesa vieja que había junto a la pared del cobertizo y yo apoyé las tablas sobrantes en un rincón. Estábamos a punto de salir cuando ella se quedó mirando algo.

Frunció ligeramente el ceño y se acercó a algo apoyado contra la pared.

—Espera…

Seguí su mirada.

Era un lienzo.

Un cuadro grande, apoyado contra unas cajas de madera, todavía sin marco. Genny se inclinó un poco para verlo mejor y durante unos segundos no dijo nada.

—Vaya… —murmuró al final.

El cuadro estaba a medio terminar, pero aun así era impresionante. Connor siempre había tenido esa capacidad extraña de capturar a las personas con apenas unas pinceladas.

El castillo de Dunbrae se alzaba al fondo, envuelto en la luz gris del Hudson, y delante aparecíamos nosotros, los cuatro hermanos. Liam estaba pintado con esa sonrisa despreocupada suya, como si

estuviera a punto de hacer una broma. Brody aparecía ligeramente apartado, observando la escena con la calma analítica que siempre había tenido. Connor se había pintado a sí mismo sentado sobre una barandilla de piedra, con el pincel todavía en la mano y manchas de pintura en la camisa.

Yo aparecía detrás de ellos.

Serio.

Demasiado serio.

Detrás de nosotros estaban mis padres. Mi padre tenía la mano apoyada en el hombro de Connor, pero la figura que dominaba el centro del cuadro era mi madre. Connor había trabajado su cabello con una atención casi obsesiva: el rojo de su pelo captaba la luz del atardecer y parecía arder contra el fondo gris del castillo.

Era la única parte del cuadro completamente terminada.

—Sois tus hermanos, tú y… ¿tus padres? —preguntó Genny en voz baja.

Asentí.

—Sí.

Ella siguió mirando el lienzo con atención, como si estuviera leyendo algo entre las pinceladas.

—Está muy bien —dijo finalmente—. De verdad. ¿Lo pintaste tú?

Negué con la cabeza.

—Fue Connor.

Sus cejas se levantaron de inmediato.

—¿Connor pinta así de bien?

—Pintaba.

Genny volvió a mirar el cuadro, pensativa.

—¿Por qué lo dejó?

Me encogí ligeramente de hombros.

—No lo sé.

Y era verdad. Connor simplemente dejó de pintar un día y nunca volvió a hablar del tema.

Genny señaló entonces la figura del centro.

—Tu madre es pelirroja.

—Sí.

Giró la cabeza hacia mí con una sonrisa divertida.

—Déjame adivinar… ¿tu asunto con las pelirrojas tiene una base freudiana?

Solté una pequeña risa.

—No. Por supuesto que no. —Se cruzó de brazos, esperando una explicación—. Me gustan las pelirrojas porque me recuerdan a las guerreras escocesas.

—¿Guerreras escocesas?

—Pelirrojas. Temperamento fuerte. Difíciles de dominar. Igual que tú.

Genny sonrió de lado, pero no respondió. Volvió a girarse hacia el cuadro y se quedó observándolo con más atención, recorriendo las pinceladas como si intentara descifrar algo en ellas.

—Leí que tus padres regresaron a Escocia cuando vosotros asumisteis la dirección del castillo.

—Sí. Después de que mi padre nos cediera el control de Dunbrae decidieron volver allí. Siempre dijeron que no les gustaba Nueva York para jubilarse.

Genny inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Viven cerca del castillo original?

Negué.

—No exactamente. Pero la familia tiene tierras allí. Mi tatarabuelo siempre quiso mantener ese vínculo. Fue él quien mandó

construir Dunbrae aquí, en Manhattan y quien hizo traer piedra del castillo original en Escocia y levantó esta versión.

Genny volvió a mirar el lienzo.

—Tienes una historia familiar fascinante —dijo al final.

No respondí. Solo dejé la caja de herramientas y asentí hacia la puerta del cobertizo.

Regresamos dentro para dejar todo en su sitio. Después caminamos hasta el muro donde estaba la colonia. Genny rellenó el abrevadero mientras yo abría el saco de pienso y llenaba el comedero automático. Un par de gatos ya rondaban por allí, atentos a cada movimiento.

—Listo —dijo ella al terminar.

Volvimos hacia el castillo en silencio, con el aire frío de la noche rodeándonos. Subimos hasta mi apartamento y, cuando entramos, Genny se pasó una mano por el pelo despeinado.

—Si no te importa… me daré una ducha antes de marcharme.

Asentí.

—Claro.

Ella miró alrededor del salón con una pequeña sonrisa divertida.

—Además tengo que encontrar mi vestido… porque sinceramente no tengo ni idea de dónde terminó anoche.

La observé mientras hablaba, moviéndose por el salón con mi ropa puesta como si el lugar le perteneciera desde siempre.

Y entonces lo sentí.

Ese tirón extraño en el pecho.

La certeza incómoda de que no quería que se fuera.

Hacía demasiado tiempo que no tenía esa sensación. Ese impulso sencillo y peligroso de querer que alguien se quedara un

poco más. De querer compartir el silencio con otra persona sin necesidad de explicarlo.

Tragué saliva.

Di un paso hacia ella.

Luego otro.

Genny se giró cuando me acerqué.

—¿Qué pasa?

La miré un segundo antes de responder.

—Aunque… —dije despacio— también podrías quedarte.

Sus cejas se levantaron ligeramente.

—¿Quedarme?

Asentí.

—Si quieres.

Hubo un pequeño silencio entre nosotros.

La noche seguía quieta al otro lado de las ventanas del castillo.

—Podrías quedarte esta noche —añadí—. No tienes que marcharte corriendo.

Genny me observó durante unos segundos, intentando descifrar si hablaba en serio.

—Pensaba que habíamos dejado claro lo de «solo una noche».

—Lo dijimos. Dijimos muchas cosas antes de construir seis casas para gatos juntos.

Eso arrancó una sonrisa en su boca.

—Ese argumento es peligrosamente convincente.

Me encogí ligeramente de hombros.

—Solo digo que una noche puede convertirse en dos sin que sea un gran drama. Y así mañana puedes acompañarme a comprar

pintura… y terminar las casas antes de que llegue esa ola polar que tanto te preocupa.

Genny me miró unos segundos, evaluando la propuesta.

—¿Me estás sobornando con responsabilidades felinas?

—¿Funciona?

Genny ladeó la cabeza, pensándolo un segundo.

Luego sonrió.

—Es un soborno bastante efectivo.

Me relajé un poco sin darme cuenta.

Ella señaló el pasillo con el pulgar.

—Pero sigo necesitando una ducha.

Antes de que se girara, la agarré con suavidad de la cintura.

—Yo también. Y me gusta ahorrar agua. Podríamos hacerlo juntos.

Genny soltó una risa.

—Qué considerado con el planeta.

—Intento poner mi granito de arena.

Me incliné y la besé.

Un beso rápido al principio, que se alargó cuando sus manos subieron a mis hombros.

Luego la levanté en brazos.

—¿De verdad piensas que esto ayuda a ahorrar agua? —dijo entre risas mientras rodeaba mi cuello con los brazos.

—Por supuesto que sí.

Empujé la puerta del baño con el hombro y entré con ella todavía en brazos.

—Tu política medioambiental es muy sospechosa.

—Funciona bastante bien.

La dejé en el suelo frente a la ducha, sin apartar las manos de su cintura.

Y volví a besarla.

24

Genny



El lunes llegué a la redacción con una sonrisa enorme en la cara.

Me había pasado todo el fin de semana con Ewan, terminando el refugio para los gatos y haciendo el amor en cada superficie que nos lo permitía.

De hecho, aquella mañana me había despertado en su cama. Ewan me había acompañado a casa en coche para que pudiera cambiarme antes de ir a trabajar.

No habíamos hablado de qué significaba aquello exactamente.

Pero era evidente que ya no era solo una noche.

Llevábamos tres.

Y por la forma en la que me besó antes de que bajara del coche, estaba bastante segura de que vendrían muchas más.

Entré en la redacción con paso ligero, saludando a un par de compañeros que levantaron la vista de sus ordenadores.

—Buenos días, Genny —dijo Mark desde su mesa—. Tienes cara de haber ganado la lotería.

—Algo así —respondí, dejando el bolso sobre mi escritorio.

Encendí el ordenador mientras todavía sentía ese cosquilleo absurdo en el estómago que me había acompañado todo el fin de semana.

No sabía exactamente qué estaba pasando entre Ewan y yo.

Pero, por primera vez en mucho tiempo, no tenía ganas de analizarlo demasiado.

Solo quería disfrutarlo.

Apenas había abierto el correo cuando la puerta del despacho de Ben se abrió.

—Genny.

Levanté la cabeza.

—Ven un momento.

Sentí los nervios trepar por el estómago. Cogí mi libreta por puro reflejo y caminé hasta su despacho, intentando parecer tranquila, aunque por dentro ya estaba repasando mentalmente el reportaje.

Seguro que quería hablar de él.

Ben estaba sentado en su escritorio cuando entré, mirando la pantalla del ordenador con el ceño ligeramente fruncido.

Y eso no ayudó a calmar mis nervios.

Cerré la puerta detrás de mí.

—¿Todo bien? —pregunté.

Ben levantó la vista hacia mí.

—Siéntate, Genny.

Me senté frente a él, intentando no parecer demasiado tensa. Ben señaló la pantalla.

—He leído tu borrador sobre Ewan McRae.

Ahí estaba.

El estómago se me encogió un poco.

—¿Y…? —pregunté.

Ben se quitó las gafas y las dejó sobre el escritorio.

—Es muy bueno.

Me quedé mirándolo.

Esperando el «pero».

Porque siempre había un «pero».

Pero no llegó.

—Está bien construido —continuó—. Tiene ritmo, observación… y se nota que te has tomado el tiempo de entender al personaje.

Sentí cómo se me aflojaban un poco los hombros.

—¿De verdad?

—Claro que sí. Este es exactamente el tipo de reportaje que quería cuando te propuse hacerlo.

El alivio me recorrió el cuerpo. Había estado nerviosa todo el fin de semana pensando en ese borrador.

Porque sabía lo que estaba en juego.

—Buen trabajo, Genny.

—Gracias.

Ben volvió a ponerse las gafas.

—Ahora lo revisaré con calma y veremos si hay que ajustar algún detalle, pero la base está muy bien.

Asentí.

—Debió de costarte bastante que Ewan McRae se abriera tanto contigo —continuó—. El detalle del refugio para los gatos es muy… humano. No es algo que uno espere encontrar cuando piensa en un tipo como él.

Una pequeña sonrisa me curvó los labios.

—Supongo que todos tenemos partes que no mostramos en las reuniones de negocios.

Ben asintió, satisfecho con la respuesta, y volvió a mirar la pantalla.

Pero yo no pude evitar pensar que, si él supiera hasta qué punto Ewan se había abierto conmigo aquel fin de semana… probablemente reconsideraría seriamente la idea de dejarme publicar ese reportaje.

Porque liarse con el objeto de tu artículo debía de traspasar al menos un millón de líneas rojas del periodismo.

Por suerte… Ben no tenía ni idea.

Carraspeé un poco, intentando apartar ese pensamiento de mi cabeza.

—Entonces… —dije, intentando sonar casual— ¿qué pasa con la sección de reportajes?

Ben levantó la vista de la pantalla, me sostuvo la mirada un segundo, y sonrió.

—Empieza a pensar en tu primer tema.

Creo que en ese momento mi cerebro dejó de funcionar durante unos segundos.

—¿Eso significa…?

—Significa que la sección es tuya.

Oh.

Dios.

—Has demostrado que puedes hacerlo. Este reportaje lo deja bastante claro. Enhorabuena, Genny.

Sentí cómo la emoción me subía por el pecho.

—Gracias… de verdad.

—No me des las gracias todavía. Ahora tendrás que mantener el nivel.

—Lo haré.

—Eso espero. Ahora vuelve a tu mesa antes de que cambie de opinión.

Solté una pequeña risa y me levanté.

—No pienso darte esa oportunidad.

Salí del despacho intentando caminar con normalidad… pero en cuanto crucé la redacción sentí que la sonrisa se me escapaba sola.

Lo había conseguido.

Después de años cubriendo incendios absurdos y accidentes ridículos…

La sección de reportajes era mía.

Me dejé caer en mi silla, saqué el móvil casi por reflejo y abrí el chat de Ewan.

Escribí sin pensarlo demasiado.

GENNY

Acabo de salir del despacho de Ben.

La sección de reportajes es mía.

Creo que voy a necesitar
celebrarlo esta noche.

Envié el mensaje.

Y, por alguna razón, mi sonrisa se hizo todavía más grande mientras esperaba su respuesta.

EWAN

Enhorabuena, O'Donnell.

Sabía que ese puesto iba a ser tuyo.

Ya que parte del mérito es mío, me encantaría celebrarlo contigo. Te espero esta noche a las 19.00 h en el castillo. Prepararé algo especial.

Miré la pantalla del móvil unos segundos.

Mi sonrisa se ensanchó todavía más.

Ewan McRae no hacía nada a medias.

Ni siquiera celebrar.

Guardé el teléfono en el bolso y apoyé la espalda en la silla, dejando que la emoción del momento me recorriera otra vez.

Tenía el trabajo que llevaba años soñando.

Un reportaje que había salido mejor de lo que había imaginado.

Y un hombre esperándome esa noche en un castillo para celebrarlo.

No estaba nada mal para un lunes por la mañana.

Levanté la vista hacia la redacción, que seguía con el mismo caos de siempre: teléfonos sonando, teclados golpeando, alguien discutiendo por una foto mal recortada.

Pero algo había cambiado.

Por primera vez desde que entré en ese periódico, sentía que estaba exactamente donde debía estar.

25

Genny



Por la noche, entré en la destilería del castillo junto a Ewan y el olor me golpeó de inmediato.

Madera húmeda. Alcohol. Algo dulce y tostado que recordaba al caramelo oscuro.

Whisky.

La luz cálida caía desde los focos del techo y se reflejaba en las tuberías de acero que recorrían la sala como una red brillante. A ambos lados, filas de barricas de roble descansaban en silencio, apiladas con una precisión casi militar.

El lugar tenía algo hipnótico.

Algo antiguo.

Aunque la destilería moderna apenas llevaba unos años en funcionamiento, el espíritu del lugar parecía mucho más viejo.

Había leído suficiente antes de empezar el reportaje para saberlo. El clan McRae llevaba generaciones destilando.

—¿Te gusta? —preguntó Ewan a mi lado.

Su voz grave rompió el silencio.

—Sí —respondí, todavía mirando las barricas—. Mucho. Liam me trajo aquí y dijo que este sitio era el verdadero corazón de Dunbrae.

Recordé perfectamente aquella escena. Durante el tour del primer día, Liam había abierto la puerta con esa sonrisa suya de «vas a flipar» y había dicho:

«Bienvenida al corazón del castillo.»

En aquel momento pensé que exageraba.

Luego entré.

Y entendí que no.

—He pensado que podríamos celebrar aquí tu ascenso —dijo Ewan a mi lado.

Me giré hacia él.

La luz cálida de la destilería le dibujaba sombras suaves en la mandíbula y hacía que el whisky de las copas que sostenía brillara como ámbar líquido.

—¿Aquí? —pregunté, sorprendida.

—Sí. —Se encogió ligeramente de hombros—. Reformamos este espacio para clientes que quieren hacer catas privadas. Experiencias exclusivas. —Una pequeña sonrisa apareció en su boca—. Esta noche lo he reservado para nosotros.

Sentí algo extraño en el estómago. Algo caliente. Bonito.

Ewan señaló hacia el otro extremo de la sala.

Seguí la dirección de su mano.

Allí, entre dos hileras de barricas, había una mesa preparada. Mantel oscuro, dos copas más, velas bajas y varias bandejas cubiertas.

—Los del catering nos han preparado la cena —añadió con naturalidad.

Nos acercamos. Ewan apartó una de las sillas de la mesa con un gesto tranquilo.

—Siéntate.

Lo hice mientras él rodeaba la mesa y ocupaba la silla frente a mí.

Entonces levantó una de las tapas de las bandejas.

El vapor escapó lentamente.

—No sabía exactamente qué te apetecería —dijo—, así que pedí varias cosas.

Me incliné para mirar.

—¿Estofado irlandés?

—Sí.

Levantó otra tapa.

—Pan de soda.

Otra.

—Salmón ahumado.

Otra.

—Y queso de Dublín.

Levanté la mirada hacia él.

—¿Estás intentando comprar mi corazón a base de comida irlandesa?

Ewan apoyó una mano en la mesa.

—Solo estoy usando todas las ventajas estratégicas disponibles.

—Eso suena sospechosamente a manipulación.

—Prefiero llamarlo investigación periodística inversa.

Solté una pequeña risa.

—¿Desde cuándo investigas periodistas?

—Desde que apareció una pelirroja irlandesa en mi castillo con una libreta y demasiadas preguntas.

Incliné la cabeza.

—Te gustaban mis preguntas.

—Para nada. Las odiaba. La que me gustaba eras tú.

Sentí cómo el calor me subía lentamente por el cuello.

—Vaya. Eso suena casi romántico viniendo de ti.

—No te acostumbres —respondió con una media sonrisa—. Sigo pensando que eres un problema.

—¿Un problema?

—El tipo de problema que no quieres resolver demasiado rápido.

El silencio cayó entre nosotros.

Ewan levantó la mirada y la clavó en la mía.

Intensa.

Demasiado intensa.

Durante un segundo ninguno dijo nada. La luz de las velas se reflejaba en sus ojos.

Tragué saliva.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije al final.

Ewan no apartó la mirada.

—Puedes intentarlo.

—Es sobre Amy.

Su expresión no cambió de inmediato, pero algo en su mandíbula se tensó apenas un segundo.

—¿Qué quieres saber?

Bajé la mirada a mi copa antes de volver a mirarlo.

—Cuando estuve investigando sobre vosotros… apenas encontré información convincente. —Hice una pequeña pausa—. Solo que lo dejasteis de un día para otro. Sin explicación.

Ewan permaneció en silencio unos segundos.

La luz de las velas dibujaba sombras suaves sobre su rostro, pero sus ojos se habían vuelto más oscuros.

—El motivo por el que rompimos es algo muy personal —dijo finalmente—. Ni siquiera mis hermanos lo saben.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

Ewan soltó un suspiro bajo, como si aquella historia pesara más de lo que quería admitir.

—Digamos que vi algo que no debía ver. Algo que me hizo cambiar la perspectiva de nuestra relación y que destruyó mi confianza en ella.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros.

Las barricas.

El olor a whisky.

La luz temblorosa de las velas.

—A veces —añadió al cabo de unos segundos— basta un solo momento para darte cuenta de que todo lo que creías sólido… en realidad no lo era.

—Amy no quería romper —dije yo. No era una pregunta. Me bastó ver la forma en la que ella lo miraba durante la gala para saber qué la ruptura fue unilateral.

Ewan giró la copa entre los dedos unos segundos antes de responder.

—Yo tampoco. De hecho… —añadió al cabo de un momento— estaba pensando en pedirle que se casara conmigo.

Sentí un pequeño vuelco en el estómago.

—¿Qué pasó entonces?

Ewan exhaló lentamente.

—Vi algo que no debía ver. Una carpeta donde se hablaba de un aborto.Amy había abortado. A nuestro hijo. Y lo hizo sin decirme nada. Ni una conversación. Ni una duda. Ni siquiera un «tenemos que hablar». —Sus dedos se tensaron alrededor de la copa—. Simplemente tomó la decisión y siguió adelante como si nada hubiera pasado.

Tragué saliva.

—¿Y qué pasó cuando la enfrentaste?

—Me dijo que no iba a detener su vida ni su carrera por convertirse en madre. —Se encogió ligeramente de hombros—. Y, siendo honesto, puedo entender esa parte. Lo que no pude aceptar fue la mentira.

—¿Y nunca te arrepentiste de romper?

Negó con la cabeza.

—De lo único que me arrepentí es de no haberlo hecho antes.

No pregunté nada más.

Cogí la cuchara, me serví un poco del estofado y lo probé. El sabor era profundo, cálido, con ese punto salado y reconfortante que solo tienen los platos cocinados a fuego lento.

—Mmm… —murmuré después de tragar—. Está increíble.

Levanté la mirada hacia él.

—A mi padre le chiflaría esto. Siempre dice lo mucho que echa de menos la comida que hacía mi abuela. —Corté un trozo de pan de soda y lo mojé en la salsa—. Según él, nadie en el mundo hacía un estofado como el suyo.

Alcé la vista y vi que Ewan me estaba mirando, agradeciendo el cambio de tema. Me límité a seguir hablando, sobre papá, la abuela y la comida irlandesa, hasta que la tensión se disipó y todo volvió a la calma coqueta de antes.

***

Terminamos de cenar sin demasiadas palabras. El estofado desapareció poco a poco de nuestros platos, el pan de soda también, y el whisky siguió calentando el aire entre nosotros.

Cuando Ewan dejó la servilleta sobre la mesa, levantó la mirada hacia mí.

—¿Te apetece dar una vuelta por los jardines?

—Claro.

Salimos de la destilería y el aire de la noche nos envolvió de inmediato.

El contraste con el calor del interior fue brusco. El jardín del castillo estaba casi en silencio, apenas iluminado por las luces bajas que marcaban los senderos de grava. A lo lejos, el Hudson reflejaba algunas luces de Manhattan como una cinta oscura y brillante.

Caminamos despacio, uno al lado del otro.

Las manos de Ewan estaban en los bolsillos del abrigo. Yo me abracé ligeramente a mí misma por el frío.

—Siempre me gusta este momento —dijo al cabo de un rato.

—¿Cuál?

—Cuando el castillo se queda en silencio. —Miró hacia los jardines—. Durante el día hay visitas, reuniones, gente entrando y saliendo… pero por la noche vuelve a sentirse como casa.

Seguí su mirada.

El jardín estaba precioso. Los árboles recortados contra el cielo oscuro, la hierba ligeramente húmeda por el rocío.

—Es bonito —admití.

Saqué el móvil casi por inercia y miré la pantalla.

—Vaya… —murmuré.

—¿Qué pasa?

—Se está haciendo tarde.

Guardé el móvil en el bolsillo del abrigo y miré otra vez los jardines, como si de repente me hubiera dado cuenta de la hora.

—Debería irme.

Ewan no respondió de inmediato. Se quedó observándome unos segundos antes de hablar.

—O podrías quedarte.

Negué con la cabeza, divertida.

—Ewan…

—¿Sí?

Lo miré con una media sonrisa.

—Para ser solo una noche… te estás esforzando mucho en que dure bastante más.

Una pequeña sonrisa apareció en su boca.

—Puede que ya no quiera que sea solo una noche.

La frase quedó flotando entre nosotros.

Lo miré un segundo más de lo necesario.

—Vaya… —murmuré—. Eso es un cambio de guion bastante rápido.

Ewan se encogió ligeramente de hombros, pero sus ojos no se apartaron de los míos.

—Me gustas, Genny. Y me gusta pasar tiempo contigo. No puedo ni quiero fingir lo contrario. Hacía demasiado tiempo que no me pasaba esto con nadie… y no pienso estropearlo intentando convencerme de que no es real. Así que, si a ti también te apetece, y no te da miedo que una sola noche termine convirtiéndose en muchas más… quédate. Veamos a dónde nos conduce esto.

El silencio volvió a caer entre nosotros.

Así que di un paso hacia él.

Luego otro.

Ewan no se movió, solo siguió observándome, como si supiera exactamente lo que iba a pasar.

Me detuve frente a él y me puse de puntillas.

—Genny… —murmuró.

No respondí.

Simplemente lo besé.

Al principio fue un beso suave, casi una confirmación silenciosa de lo que acababa de decir. Pero cuando su mano encontró mi cintura y me acercó más a él, el beso cambió. Sus labios se abrieron contra los míos y su lengua buscó la mía con una familiaridad que me hizo olvidar por completo el frío del jardín.

Respondí al instante, enredando los dedos en su pelo mientras el beso se volvía más profundo, más urgente.

Diez minutos más tarde estábamos en el apartamento de Ewan, besándonos contra la puerta recién cerrada, como si el camino desde los jardines hasta allí hubiera pasado en un suspiro.

Sus manos seguían firmes en mi cintura mientras su boca volvía a la mía, como si ya no hubiera ninguna razón para contenerse.

Luego se separó apenas lo suficiente para mirarme.

Sus ojos recorrieron mi rostro con una lentitud que me hizo contener el aire.

La única luz venía de la ventana del salón, del resplandor lejano de Manhattan colándose entre las cortinas y dibujando sombras azuladas en sus pómulos.

—Eres preciosa —dijo.

Y antes de que pudiera responder, me besó otra vez. Más lento. Más profundo. Como si ya no hubiera prisa, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo y quisiera saborear cada segundo.

Sus manos encontraron el borde de mi vestido y empezaron a subirlo lentamente por mis muslos. La tela se arrugó bajo sus dedos mientras sus labios recorrieron mi mandíbula, mi cuello, la piel caliente detrás de mi oreja.

—Ewan… —susurré.

—Dime.

—No pares.

Sonrió contra mi piel.

—No tengo intención de hacerlo.

Me levantó en brazos sin esfuerzo y cruzamos el salón hacia el dormitorio.

La cama nos recibió cuando me dejó caer suavemente sobre el edredón.

Ewan estaba de pie junto a la cama, mirándome con una intensidad que me hizo contener el aire.

Sus dedos fueron al primer botón de su camisa. Luego al segundo. Al tercero. Sin prisas. Como si supiera exactamente el efecto que causaba.

Yo estaba allí, tumbada, con el vestido medio subido, el pelo revuelto y la respiración acelerada. Viéndole desnudarse para mí.

Cuando la camisa cayó al suelo, no pude evitar recorrerlo con la mirada. Su pecho. Sus abdominales. Esa línea de vello que desaparecía bajo el pantalón.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó con una media sonrisa.

—Estoy considerando hacerte una estatua.

Ewan soltó una risa baja mientras se inclinaba sobre la cama, apoyando una rodilla a cada lado de mis caderas.

—¿De tamaño natural?

—Natural no. Monumental.

Se inclinó y me besó, despacio, mientras sus manos encontraban de nuevo el borde de mi vestido. Esta vez no se detuvo en los muslos. Siguió subiendo, deslizando la tela hacia arriba, descubriendo piel a cada centímetro.

Levanté los brazos para ayudarle y el vestido desapareció en algún lugar del suelo.

Me quedé en ropa interior. Negra. Sencilla. La misma que había elegido sin saber muy bien qué esperar de la noche.

Ewan se incorporó ligeramente y me miró.

Durante un segundo no hizo nada. Solo me observó, como si estuviera memorizando cada detalle.

Y entonces sus manos encontraron mi sujetador. Mis pechos quedaron libres y su boca los encontró al instante, caliente, hambrienta, mientras yo me arqueaba contra él buscando más contacto.

Mordió mis pezones, los lamió, sopló y volvió a morder. Succionó como si estuviera succionando otra parte de mi anatomía. Un latigazo eléctrico de placer me atravesó.

—Ewan…

—Estoy aquí.

Sus besos siguieron bajando. Mi estómago. Mis caderas. El borde de mis braguitas. Sus dedos se engancharon en la cinturilla y las deslizaron hacia abajo lentamente, muy lentamente, mientras su boca seguía un camino de besos por mi piel desnuda.

Cuando estuve completamente desnuda bajo él, se incorporó para quitarse lo que le quedaba de ropa. El pantalón. El bóxer.

Y entonces lo vi.

Sobre la mesita de noche, algo de color rosa llamó mi atención.

Parpadeé.

—¿Eso es…?

Ewan siguió mi mirada y una sonrisa apareció en su boca. Esa sonrisa suya, la peligrosa, la que siempre precedía a algo que me hacía perder el equilibrio.

Se inclinó, cogió el objeto y lo sostuvo entre nosotros.

Unas esposas de peluche rosa.

Idénticas a las que yo había usado aquel día en su despacho.

Mi corazón dio un vuelco.

—No puede ser…

Lo miré llena de incredulidad.

—Las compré en internet. Pensé que estaría bien rememorar ese día.

Me quedé mirándolo, boquiabierta.

—¿Me estás diciendo que el CEO inaccesible de Dunbrae, el hombre que no usa Instagram, compró unas esposas de peluche rosas por internet?

Ewan arqueó una ceja.

—Uso Instagram.

—Eso no es cierto. Liam me enseñó tu perfil. Tienes tres publicaciones y la última es de 2019.

—No todo el mundo necesita documentar su vida para sentir que existe.

—Eso no viene al caso. —Señalé las esposas con la barbilla—. Lo importante es que las compraste. Por tu cuenta.

—Porque hay algo muy concreto que quiero hacer con ellas.

Antes de que pudiera preguntar qué, sus manos sujetaron mis muñecas y las elevó suavemente por encima de mi cabeza. El peluche rosa me rozó la piel un instante antes de que oyera el primer clic metálico alrededor de mi muñeca izquierda.

Luego el segundo.

Abrí los ojos de par en par.

—Ewan...

Pero él ya estaba atando el extremo de las esposas al cabezal de la cama. La cadena tintineó ligeramente al tensarse, dejando mis brazos estirados sobre la almohada, completamente inmovilizados.

Se incorporó para mirarme.

Sus ojos recorrieron la escena despacio. Mis muñecas atadas al cabezal. Mi cuerpo completamente desnudo bajo él. Mi respiración acelerada. La forma en que me mordía el labio sin poder evitarlo.

Se inclinó sobre mí, apoyando un antebrazo a cada lado de mi cabeza, y su boca se acercó peligrosamente a mi oído.

—Ahora —susurró con voz grave— vas a ser buena chica y te vas a quedar muy quieta.

Tragué saliva.

—¿Y tú?

Su sonrisa se amplió contra mi piel.

—Yo voy a ser malo. Muy malo.

Su boca encontró la mía antes de que pudiera responder. Fue un beso profundo, exigente, que me hizo olvidar cualquier réplica que hubiera planeado. Su lengua se enredó con la mía mientras una de sus manos recorría mi costado, despacio, dejando un rastro de calor a su paso.

Cuando se separó, apenas lo suficiente para mirarme, sus ojos brillaban en la penumbra.

—No te muevas. ¿Entendido?

—Entendido.

Sonrió.

Y empezó.

Su boca recorrió mi cuello lentamente, mordisqueando la piel justo donde sabía que me volvía loca. Bajó por mi clavícula, dejando besos húmedos a su paso, hasta llegar a mis pechos.

Allí se detuvo.

Su lengua rodeó mi pezón izquierdo con una lentitud exasperante. Una vez. Dos veces.

Mis manos tironearon instintivamente de las esposas, buscando algo a lo que aferrarme, pero solo encontraron aire.

—Ewan... —jadeé.

—¿Sí?

—Por favor.

—¿Por favor qué?

No pude responder. Su boca se llevó mi pezón, succionando con la intensidad justa, y cualquier palabra murió en mi garganta.

Cuando terminó con uno, pasó al otro. Mismo ritual. Misma lentitud exasperante. Mis caderas empezaron a moverse solas, buscando contacto, buscando algo de él, cualquier cosa.

—Te dije que no te movieras —murmuró contra mi piel.

—No puedo evitarlo.

Levantó la cabeza y me miró.

—Claro que puedes —dijo con calma—. Eres una chica muy buena, ¿verdad?

Asentí sin aliento.

—Entonces demuéstralo.

Siguió bajando.

Su boca trazó un camino de besos por mi estómago, bordeando mi ombligo, deteniéndose justo donde empezaba mi sexo. Su aliento caliente me hizo contener el aire.

Esperé.

Esperé a que su boca llegara donde más la necesitaba.

Pero no.

Se desvió.

Sus besos continuaron por la parte interior de mis muslos, lentos, deliberados, mientras yo me retorcía contra las sábanas sin poder hacer nada.

—Eres increíblemente sexy cuando te retuerces así —murmuró contra mi piel—. Deberías verte.

—Ewan, por favor...

—¿Por favor qué? —Levantó la cabeza y me miró con una inocencia fingida—. Tienes que decirlo.

Lo fulminé con la mirada.

—Sabes perfectamente lo que quiero.

—Quiero oírlo.

Solté un gemido de frustración.

—Quiero que me toques. Ahí. Ya.

Sonrió.

—Así me gusta. Buena chica.

Y entonces su boca encontró mi clítoris.

El gemido que escapó de mi garganta fue directamente al techo. Su lengua era precisa, implacable, y cada vez que yo estaba a punto de llegar al límite, se retiraba apenas lo suficiente para mantenerme al borde.

Mis manos tiraban de las esposas sin descanso. Mis caderas intentaban seguir el ritmo de su boca. Pero él controlaba todo. Cada movimiento. Cada respiración. Cada segundo de aquella tortura deliciosa.

—Ewan... —jadeé—. Voy a...

Se detuvo.

Levantó la cabeza y me miró con una sonrisa.

—¿Vas a qué?

—Eres un cabrón.

—Lo sé. —Se incorporó, buscó un envoltorio en la mesilla y lo rasgó con los dientes sin apartar los ojos de mí—. Pero soy tu cabrón.

Se colocó entre mis piernas. La punta de su erección rozó mi entrada, haciéndome contener el aire.

—Ewan...

—Dilo.

—Fóllame ya.

Y entró.

De una sola embestida, honda, completa. Mi grito se perdió en su boca cuando me besó, profundo, mientras empezaba a moverse.

El ritmo era lento al principio. Embistes largos que me llenaban por completo y me hacían olvidar dónde terminaba yo y empezaba él.

—¿Te gusta así? —preguntó con voz grave—. ¿Atada? ¿Mía?

—Sí —jadeé—. Sí.

Aceleró.

El ritmo se volvió más urgente, más profundo. Sus caderas golpeaban contra las mías y yo solo podía recibirlo, rendirme a él, a lo que me estaba haciendo. Mis gemidos llenaban la habitación y él los devoraba con besos cada vez más desordenados.

—Genny —su voz sonó ronca, rota—. Voy a...

—Yo también. No pares.

Bajó una mano entre nosotros. Sus dedos encontraron mi clítoris y empezaron a dibujar círculos justo donde más lo necesitaba. El contacto fue demasiado.

Mi espalda se arqueó, mis uñas se clavaron en la nada y su nombre salió de mi boca como un grito ahogado mientras el orgasmo me recorría entera.

Le sentí llegar justo después. Su gemido ronco contra mi cuello, su cuerpo tensándose sobre el mío, sus brazos rodeándome con una fuerza que no había mostrado antes.

Cuando se hizo el silencio, solo se oían nuestras respiraciones aceleradas.

Ewan apoyó la frente contra la mía. Sus ojos estaban cerrados. El peso de su cuerpo sobre el mío era perfecto, cálido, real.

—Joder —murmuró.

Sonreí, todavía sin aliento.

—He sido buena chica, ¿eh?

Se rió bajito y buscó las llaves a ciegas en la mesilla. El clic del metal al abrirse sonó liberador.

Mis brazos cayeron a los lados, agotados, mientras él se tumbaba a mi lado y me atraía contra su pecho.

—La mejor —murmuró contra mi pelo.

Sonreí y cerré los ojos.

—Eres un malo de manual, McRae.

—Lo sé. —Me besó la frente—. Pero a ti te gusta.

No respondí.

No hacía falta.

El silencio de la noche nos envolvió mientras su mano trazaba círculos perezosos en mi espalda y yo empezaba a quedarme dormida contra su pecho.

26

Genny



Habían pasado unos días desde nuestra celebración en la destilería y, aun así, seguía con esa sensación extraña y luminosa en el pecho.

Todo en mi vida parecía haberse recolocado de golpe.

Por un lado, el nuevo puesto en la sección de reportajes.

Por el otro… lo mío con Ewan.

Cada vez que pensaba en él sentía el mismo cosquilleo absurdo en el estómago, como si volviera a tener dieciséis años y estuviera esperando a que alguien me escribiera después de la primera cita.

Y eso era lo más desconcertante de todo.

Ewan McRae me hacía sentir así.

Aquella mañana me desperté con una energía inusual, como si el día fuera a traer algo bueno. Me preparé el café en la pequeña cocina de la buhardilla mientras miraba el cielo gris de Manhattan por la ventana.

Habíamos quedado después del trabajo.

La pintura de las casitas para gatos ya se había secado y hoy íbamos a instalarlas definitivamente junto al muro norte del jardín. Clyde y el resto de la colonia iban a tener un refugio de verdad antes de que llegara la ola de frío.

Sonreí al pensarlo.

En ese momento sonó el móvil.

La pantalla mostró el nombre de Ben.

Fruncí ligeramente el ceño. Era temprano para que me llamara, pero no le di demasiada importancia.

Descolgué mientras removía el café.

—Buenos días, Ben. ¿Qué necesitas?

—Mira tu móvil, Genny.

Su tono era extraño. Más seco de lo normal.

—Un colega me acaba de filtrar un artículo que van a publicar mañana en una revista de cotilleos. —Hizo una breve pausa—. Hablan de Ewan McRae.

Sentí cómo algo se tensaba en mi estómago.

—¿Y?

—Dicen que ha vuelto con su ex. Amy Fraser.

La cuchara dejó de girar dentro del café.

—Eso no tiene sentido.

—Lo sé. Pero el problema no es si tiene sentido o no. El problema es que tu reportaje sale el domingo —continuó Ben— y en

él afirmas que McRae evita las relaciones públicas, que mantiene su vida sentimental al margen y que no tiene pareja conocida.

Sentí cómo la presión empezaba a subir por el pecho.

—Ese tipo de revistas inventan cosas todo el tiempo.

—Puede ser. Pero también aciertan a veces. Y tú has firmado un perfil largo, Genny. No una columna de opinión. Si te equivocas en algo tan básico como su situación personal, quedas como alguien que no ha investigado lo suficiente.

La frase cayó pesada.

—He pasado semanas con él —respondí, más rápido de lo que pretendía—. Sé lo que está pasando en su vida.

—Entonces ve a comprobarlo.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Ve al castillo. Habla con él. Averigua qué demonios está pasando antes de que esto explote en la prensa mañana.

Miré el reloj de la cocina.

Eran las ocho y veinte.

—Voy ahora mismo —dije.

—Bien. Porque estoy bastante decepcionado, Genny.

Las palabras me atravesaron.

—Ben…

—Confío en tu trabajo. Por eso te di ese reportaje. Pero si resulta que has construido todo el perfil sobre una premisa equivocada… tendremos un problema serio.

No dijo nada más.

La llamada se cortó.

Me quedé unos segundos quieta en medio de la cocina, con el móvil todavía en la mano.

Y de pronto el cosquilleo luminoso que había sentido al despertar se convirtió en un nudo duro en el estómago.

Cogí las llaves del coche.

Necesitaba hablar con Ewan.

Ahora mismo.

***

Llegué al castillo pasadas las nueve.

Dejé el coche en el aparcamiento y crucé el patio con paso rápido, intentando ignorar la sensación incómoda que me revolvía el estómago desde la llamada de Ben.

Subí las escaleras de la torre este repitiéndome una y otra vez que todo aquello tenía que ser un malentendido.

Claro que lo era.

Ewan me lo explicaría en cuanto hablara con él.

Llamé a la puerta con los nudillos… pero, con el impulso de la urgencia, empujé el pomo antes siquiera de esperar respuesta.

La puerta se abrió unos centímetros.

Y entonces vi lo que estaba pasando dentro.

Ewan estaba sentado en su sillón, detrás del escritorio.

Y Amy estaba inclinada hacia él.

Su cabello rojo brillaba bajo la luz del despacho.

Sentí que me quedaba sin aire.

El mundo pareció comprimirse en ese único instante.

¿Era verdad?

¿Ewan había vuelto con Amy?

¿Después de todo lo que había pasado entre nosotros?

Mi mente empezó a girar.

Las noches juntos.

El fin de semana en el castillo.

Las casitas para los gatos.

Sus besos.

Su voz diciéndome que le gustaba.

Entonces… ¿me había mentido?

Cerré la puerta con cuidado antes de que pudieran verme y me alejé por el pasillo con pasos rápidos, intentando ignorar el ruido que me martilleaba en la cabeza.

Seguí caminando hasta que encontré el primer baño.

Entré.

Cerré la puerta.

Y me apoyé contra el lavabo intentando recuperar el aire.

Porque, de repente, sentía que no podía respirar.

—¿Estás bien?

La voz llegó desde detrás de mí.

Me giré.

Era una de las chicas de la limpieza. La reconocí enseguida. Era la misma con la que me había encontrado la otra vez, cuando Ewan había desaparecido por el famoso baño con doble salida.

—Sí… perdón —murmuré, apartándome un poco del lavabo—. No sabía que estabas limpiando. Me iré ahora mismo.

Ella negó suavemente con la cabeza.

—Puedes quedarte. No hay prisa.

La miré con más atención y, igual que la última vez, me sorprendió lo guapa que era. Tenía el pelo castaño recogido en una coleta sencilla, la piel clara como porcelana y unos ojos de un azul intenso que contrastaban con el uniforme oscuro del castillo.

Se apoyó ligeramente en el carrito de limpieza.

—¿Qué te ha pasado?

Solté una pequeña risa sin humor.

—Nada… supongo que la realidad golpeándome de pronto.

Ella inclinó la cabeza, observándome en silencio durante un segundo.

—¿Ha ocurrido algo entre Ewan y tú?

La miré, sorprendida.

—¿Cómo…?

La chica se encogió de hombros con naturalidad.

—Los que trabajamos en el castillo solemos enterarnos de muchas cosas. Especialmente cuando uno de los herederos empieza a comportarse diferente.

Sentí cómo el estómago se me encogía.

—Pues parece que ahora también se comporta diferente con su ex.

Sus cejas se fruncieron ligeramente.

—¿Amy?

Asentí.

—Acabo de verla inclinada sobre su escritorio como si… —me detuve, incapaz de terminar la frase—. Supongo que eso responde a muchas preguntas.

La chica me observó unos segundos más.

Y entonces negó lentamente con la cabeza.

—Eso no suena a Ewan.

Parpadeé.

—¿El qué?

—Llevo años trabajando aquí. Y si hay algo que puedo asegurarte… es que Ewan McRae no es el tipo de hombre que besa mujeres en su despacho.

Sentí cómo el pecho se me tensaba.

Porque, hasta hacía unos minutos, yo también habría jurado exactamente lo mismo.

Pero…

Lo había visto con mis propios ojos.

Tragué saliva.

—Yo también pensaba que no era ese tipo de hombre, pero sé lo que he visto.

La chica no respondió enseguida. Solo me observó unos segundos, como si estuviera intentando decidir si decir algo más o no.

Al final, suspiré y me aparté del lavabo.

—Por cierto… no sé tu nombre.

Sus ojos se abrieron un poco, sorprendidos.

Era una reacción curiosa. Como si no estuviera acostumbrada a que alguien se lo preguntara.

—Liza —respondió al cabo de un momento.

Asentí.

—Gracias por escucharme, Liza.

Cogí mi bolso y me dirigí hacia la puerta del baño. Ya tenía la mano en el pomo cuando escuché su voz otra vez detrás de mí.

—Oye.

Me giré.

Liza me miraba con una pequeña sonrisa tranquila.

—Nunca había visto a Ewan tan feliz como lo he visto estos últimos días.

El comentario me golpeó de lleno.

Sentí cómo algo se removía dentro de mí.

No supe qué decir.

Solo asentí despacio, abrí la puerta… y salí al pasillo con la cabeza llena de dudas.

27

Ewan



Aquella mañana, desde que abrí los ojos, tuve un mal presentimiento.

No sabría decir exactamente por qué. No había pasado nada extraño la noche anterior, ni tenía reuniones especialmente complicadas en la agenda. Y aun así… esa sensación estaba ahí. Como un leve zumbido en la parte trasera de la cabeza.

Me vestí y salí a correr como siempre.

El aire frío del Hudson me golpeó la cara mientras avanzaba por el sendero que bordea Riverside Drive. Era el mismo recorrido de todas las mañanas. El mismo ritmo. Los mismos edificios despertando lentamente a mi alrededor.

Normalmente correr me despejaba la mente.

Aquella vez no.

El presentimiento seguía allí. Incluso después del café de Arthur.

Volví al castillo, me duché, me puse el traje y revisé un par de correos rápidos antes de ir al despacho.

El mal presentimiento no se había ido.

De hecho, diría que se había intensificado.

Cuando llegué al pasillo de los despachos, lo entendí todo.

Amy estaba esperando frente a mi puerta.

Se encontraba apoyada contra la pared como si llevara allí un rato. Llevaba un abrigo claro perfectamente entallado y el cabello pelirrojo recogido en una coleta baja. Elegante. Impecable.

El mal presentimiento se convirtió en certeza.

Joder.

Amy levantó la mirada al verme acercarme. Y sonrió.

—Hola, Ewan.

Me detuve a un par de pasos de ella.

—¿Qué haces aquí, Amy?

Durante un segundo no respondió. Solo me observó, como si estuviera evaluando algo.

Luego se incorporó de la pared con calma.

—Pensé que deberíamos hablar.

La miré en silencio.

—Podrías haber llamado —dije al fin.

—Lo intenté, pero tu secretaria dijo que tu agenda estaba llena durante las próximas tres semanas.

Eso sonaba bastante probable. Mi secretaria tenía la orden directa de filtrar cualquier reunión que no fuera estrictamente necesaria. Y Amy Fraser, desde luego, no entraba en esa categoría.

—Así que has decidido aparecer sin avisar.

—Es importante.

Abrí la puerta del despacho y me aparté para dejarla pasar.

—Cinco minutos —dije—. Solo cinco.

Amy pasó junto a mí con la misma seguridad que recordaba.

Como si aquel lugar no le resultara extraño.

Como si no hubieran pasado años.

Cerré la puerta detrás de nosotros.

Y, por un instante, tuve la incómoda sensación de que el mal presentimiento que me había acompañado toda la mañana… acababa de sentarse en el despacho conmigo.

La vi acomodarse frente a mi mesa con absoluta naturalidad.

—¿Qué quieres, Amy? —pregunté sin rodeos.

Ella levantó la vista hacia mí.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Veo que no has perdido tu sutileza.

—Nunca la tuve.

—Desde el viernes de la gala no puedo dejar de pensar en nuestro encuentro. —Amy cruzó las piernas con calma, tomándose su tiempo antes de responder—. Es curioso… cuando me dejaste pensé que nunca iba a perdonarte por la ruptura. Pero al volver a verte… supe que aún no te había superado.

La miré sin cambiar la expresión.

—Tú provocaste la ruptura, Amy. Si te dejé fue porque me ocultaste algo importante.

Su sonrisa se tensó un poco.

—Sabes que tenía mis motivos

—Los tenías —respondí—. Nunca juzgué tu decisión, juzgué que me la escondieras.

Amy sostuvo mi mirada unos segundos.

—Las cosas no siempre son tan simples como tú crees, Ewan.

—En aquel caso lo eran.

El silencio se estiró entre nosotros.

Amy apoyó la espalda en la silla, observándome con atención.

—No he venido a discutir el pasado.

—Entonces ve al grano.

—Me gustaría que me dieras una segunda oportunidad. He cambiado.

La miré unos segundos, intentando decidir si hablaba en serio.

—Esto tiene que ser una broma.

Amy negó suavemente.

—Verte el otro día despertó sentimientos que creía enterrados. Tienes que dejar que te demuestre que ya no soy la misma de antes.

—¿Y tu novio australiano?

Amy soltó una pequeña risa.

—Ya te conté que lo nuestro es marketing, así que no es exactamente un obstáculo.

Negué con la cabeza.

—De todas formas no estoy interesado. Hace años que nuestra relación terminó y ya he pasado página.

Durante un segundo Amy no dijo nada.

Luego se levantó.

Rodeó la mesa con calma y se acercó hasta quedar frente a mí.

Apoyó las manos sobre el escritorio y se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Y si te dijera que ya estoy lista para formar una familia contigo?

Yo no me moví.

Amy se inclinó un poco más, reduciendo la distancia entre nosotros.

La aparté antes de que sus labios pudieran tocar los míos.

—No, Amy. No me interesa. Fuiste una etapa de mi vida que me vi obligado a cerrar. Tomaste tus decisiones. Yo tomé las mías.

Amy no se apartó del escritorio.

—No puedes decir que no sientes nada.

La miré sin cambiar la expresión.

—Puedo. Y lo estoy diciendo.

El silencio se estiró entre nosotros.

Porque Amy seguía inclinada sobre el escritorio.

Demasiado cerca.

Y desde la puerta, sin que yo lo supiera… parecía otra cosa.

—Tienes que marcharte, Amy. Tengo una reunión.

—Pero…

—Cierra la puerta al salir.

Amy se quedó mirándome un segundo más.

Luego se incorporó.

Sin decir nada, caminó hacia la puerta.

La abrió.

Y salió.

Sin embargo, la mala sensación no desapareció.

Una hora más tarde recibí un correo de Genny.

De: Genny O'Donnell g.odonnell@manhattanchronicle.com

Para: Ewan McRae e.mcrae@dunbraegroup.com

Asunto: Reportaje Dunbrae.

Señor McRae:

Me pongo en contacto con usted para informarle de que nos hemos visto obligados a anular la publicación del reportaje prevista para este domingo debido a nueva información recibida esta misma mañana.

Al parecer, distintos medios van a anunciar a lo largo del día de mañana que usted ha retomado su relación con la señorita Amy Fraser. Como comprenderá, esta circunstancia contradice algunos de los aspectos que se mencionan en el artículo, en particular sus propias declaraciones acerca de no estar interesado en mantener una relación sentimental en este momento.

Por ese motivo, la redacción ha considerado oportuno paralizar el reportaje hasta aclarar la situación y evitar posibles incoherencias editoriales.

Le adjunto el artículo que será publicado mañana por otro medio y que, según parece, es la fuente de esta nueva información sobre su relación con la señorita Fraser.

Lamento las molestias que esta situación pueda ocasionarle.

Por otra parte, me temo que tampoco podré quedar esta tarde tal y como habíamos acordado.

Atentamente,

Genny O'Donnell

Abrí el documento adjunto.

El titular ocupaba media pantalla:

Amy Fraser rompe con el modelo Blake Thornton y retoma su relación con el heredero escocés Ewan McRae.

Apreté la mandíbula.

Seguí leyendo.

El artículo explicaba que Amy ya no estaba con el modelo australiano. Que su relación había sido breve. Que, según fuentes cercanas, ambos habíamos retomado el contacto tras coincidir en la gala benéfica del viernes.

Incluso insinuaba que aquello no era una simple reconciliación… sino el inicio de una nueva etapa.

Personas del entorno de la pareja aseguran que la relación nunca llegó a superarse del todo.

Solté el aire lentamente.

Sentí cómo algo se revolvía en mi estómago.

Cerré el documento.

No necesitaba leer más.

Estaba completamente seguro de una cosa: todo aquello era cosa de Amy.

28

Ewan



—¿Estarás de coña, no?

El silencio en la sala del consejo era pesado. Tenía el portátil abierto sobre la mesa, mostrando el borrador del artículo que la prensa sensacionalista pensaba publicar al día siguiente.

Connor apoyó las manos en la mesa y leyó la pantalla por encima.

—«Amy Fraser rompe con el modelo Blake Thornton y retoma su relación con el heredero escocés Ewan McRae».

Brody soltó aire por la nariz.

—Vaya titular.

Cerré los ojos un segundo.

—Estoy seguro de que todo esto es cosa de Amy. Me vino a ver esta mañana.

Connor levantó la cabeza.

—¿Aquí?

Asentí.

En ese momento la puerta se abrió y Liam entró con paso rápido y el móvil en la mano.

—Chicos, he conseguido hablar con mi contacto en City Pulse. Me ha dicho, de forma extraoficial, que la noticia fue filtrada por una asistenta de Amy.

El silencio en la sala se hizo aún más pesado.

Connor se reclinó en la silla.

—Ewan nos estaba contando que Amy fue a verlo esta mañana.

Liam levantó la mirada hacia mí.

—¿Y qué quería?

Solté aire lentamente.

—Volver.

Connor arqueó una ceja.

—Claro. Primero filtra una noticia diciendo que habéis vuelto… y luego viene a pedirte que sea verdad.

Liam negó con la cabeza.

—No creo que lo haya hecho por ti.

Todos lo miramos.

—Esta tarde va a salir otra historia —continuó—. Sobre el modelo australiano. Mi contacto dice que hay pruebas de que Amy le pagó para que fingiera que era su novio.

Brody soltó un silbido bajo.

—Así que necesita otra narrativa.

Connor señaló el portátil.

—La de que en realidad sigue enamorada de Ewan… y que todo lo del modelo era solo apariencia.

Brody asintió lentamente.

—La historia perfecta de redención romántica.

Liam se encogió de hombros.

—Exacto. «Amy Fraser fingía una relación pública mientras intentaba olvidar al único hombre que ha amado de verdad».

Connor soltó una risa seca.

—Y ese hombre resulta ser nuestro hermano.

Miré la pantalla del portátil otra vez.

El maldito titular.

Y, cuanto más lo pensaba, más encajaba todo.

Amy siempre había sido así.

Cuando algo se le torcía… encontraba la forma de girar el tablero. No importaba cómo. Ni a quién arrastrara por el camino.

Manipular la narrativa. Convertir un problema en una historia distinta. Hacer que los demás parecieran los culpables mientras ella salía intacta.

Durante años había confundido aquello con ambición.

Pero ahora lo veía con claridad.

No era ambición.

Era control.

Y cuando sentía que lo perdía… hacía exactamente lo que estaba haciendo ahora.

Reescribir la historia.

Aunque para ello tuviera que usar a otras personas, como ahora me usaba a mí.

Connor fue el primero en romper el silencio.

—Vale. Entonces la gran pregunta: ¿Qué podemos hacer para evitar que esta mierda salga publicada?

Brody habló primero.

—Podríamos mandar una nota de prensa.

Connor lo miró.

—¿Negándolo?

—Sí. Dunbrae emite un comunicado diciendo que la información es falsa y que Ewan no mantiene ninguna relación con Amy Fraser.

Liam negó con la cabeza.

—Eso no va a detener el artículo.

—Pero al menos lo desmiente oficialmente —dijo Brody—. Si el medio lo publica después de eso… se arriesgan a una demanda.

Connor apoyó la barbilla en la mano.

—La otra opción es llamar directamente al editor.

Liam se encogió de hombros.

—Mi contacto puede hacerlo. Pero dudo que cancelen la pieza. Les encanta este tipo de historias.

Miré el titular otra vez.

El maldito titular.

—Aunque publiquen el artículo —dije al final—, lo que importa es que se sepa que es mentira.

Pensé en Genny.

Había intentado llamarla. Varias veces.

También le había mandado mensajes.

No había respondido a ninguno.

Sentí el mismo nudo incómodo en el estómago que llevaba desde que leí su correo esa mañana.

Si creía que todo aquello era verdad…

Joder.

Levanté la mirada.

—Mandad la nota de prensa.

Liam asintió.

—Lo haré ahora mismo.

Negué ligeramente con la cabeza.

—Y enviadla también al Manhattan Chronicle.

Connor levantó una ceja.

—¿El periódico de la periodista?

—Sí.

Volví a mirar la pantalla del portátil.

—Si reciben el comunicado oficial sabrán que la historia es falsa.

Y, con un poco de suerte… Genny se enteraría pronto.

Y quizá entonces… dejaría de evitarme.

Connor me observó unos segundos.

—Oye, hermano… ¿toda esa preocupación es por ella? ¿Por Genny?

Lo miré.

—Es posible.

Connor soltó una pequeña risa.

—Así que al final ha pasado.

Brody levantó la vista del portátil.

—¿El qué?

Connor se reclinó en la silla.

—Que se ha pillado por ella.

Liam sonrió de lado.

—Os lo dije. —Me fulminó con la mirada divertida—. Nunca puedes resistirte a una pelirroja.

Negué con la cabeza.

—Cierra la boca y escribe el comunicado.

Liam siguió tecleando.

—Tranquilo, jefe. En diez minutos todos los medios de Manhattan sabrán que tu ex está intentando manipular la narrativa.

Connor me observó unos segundos.

—Ahora entiendo la cara de drama que has puesto cuando has leído el mensaje de Genny. No era porque no quisieran publicar el reportaje. Era porque ella cree que la has mentido.

Liam soltó una pequeña risa.

—Así que al final acabaste teniendo un idilio con ella. Me alegro de no ser el único que toma decisiones cuestionables al ver una cara bonita. —Se encogió de hombros con total tranquilidad y miró a Connor y Brody que parecían no entender nada—. Los pillé con las manos en la masa hace unos días. No os lo conté porque creí que era mejor no meterme.

Connor levantó una ceja.

—¿En serio?

Brody apartó la vista del portátil.

—¿Nos lo escondiste?

Negué con la cabeza.

—No es solo un idilio.

Los tres me miraron.

Apoyé las manos en la mesa.

—Ella me gusta.

Connor inclinó la cabeza, estudiándome.

—¿Te gusta… como te gusta un buen whisky? —dijo—. ¿O como cuando encuentras la fórmula perfecta para destilar el mejor de todos?

Negué despacio.

—Me gusta como si hubiera encontrado algo mejor que todo lo que hemos hecho en Dunbrae hasta ahora.

Connor soltó un silbido bajo.

—Entonces estás jodido.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

Connor se reclinó en la silla.

—Porque cuando un McRae dice algo así… significa que acaba de encontrar a la mujer de su vida.

Liam sonrió de lado.

—Y cuando eso pasa…

Brody terminó la frase con calma.

—No hay marcha atrás.

Connor me miró con una sonrisa peligrosa.

—Así que sí, hermano. Estás completamente jodido.

En ese momento un trueno retumbó al otro lado de las ventanas del consejo. La luz blanca de un relámpago iluminó brevemente la sala.

Connor miró hacia el cielo gris sobre el Hudson.

—Genial.

Liam arqueó una ceja.

—¿Qué?

Connor señaló la tormenta que empezaba a caer.

—Dicen que esta noche llega la peor tormenta del año.

Brody se levantó para cerrar un poco más las persianas.

—La llaman «bomba de lluvia». —Miró el cielo oscuro—. Vientos fuertes, diluvio y medio Manhattan inundado.

Connor volvió a mirarme.

—Perfecto momento para que todo se vaya al infierno.

Otro trueno sacudió las ventanas del castillo.

Miré hacia el jardín.

La colonia de gatos.

Todavía no habíamos instalado el refugio definitivo. Las casitas estaban listas, pintadas, esperando en el cobertizo… pero seguían allí.

Si esa tormenta era tan fuerte como decían las noticias…

Joder.

Clyde.

Pixel.

Muffin.

Y todos los demás.

Sentí cómo el estómago se me tensaba.

No era solo la tormenta.

Era que Genny había pasado días preocupándose por esos gatos. Construyendo conmigo cada maldita casa de madera para que no pasaran frío.

Y ahora la peor lluvia del año estaba a punto de caer sobre ellos.

Cerré el portátil de golpe.

Los tres me miraron.

—Tengo algo que hacer.

Connor frunció el ceño.

—¿Ahora?

No respondí.

Ya estaba de pie.

—Liam, manda la nota de prensa.

Liam levantó una ceja.

—¿Y tú a dónde vas?

Me dirigí hacia la puerta.

Otro relámpago iluminó el despacho.

—Al jardín.

Abrí la puerta.

Porque si ese diluvio estaba a punto de caer… alguien tenía que asegurarse de que los gatos estuvieran a salvo.

29

Genny



Estaba en casa de Olivia, sentada sobre el sofá con una infusión caliente entre las manos. Adam se había encerrado en su despacho para darnos privacidad en cuanto me había visto llegar con los ojos llorosos.

Porque había tres cosas que le daban pánico en este mundo: las auditorías sorpresa de Hacienda, los discursos improvisados en bodas… y las mujeres llorando.

Olivia me había hecho pasar sin preguntar nada. Me había sentado en el sofá, me había puesto la taza entre las manos y luego se había acomodado frente a mí con esa calma suya que siempre conseguía que la gente acabara contándole hasta sus pecados mortales.

Y yo no había sido la excepción.

Le había contado lo que había pasado con Ewan esa última semana.

Todo.

Olivia me escuchaba sin interrumpir.

Solo asentía de vez en cuando.

A veces fruncía un poco el ceño.

Otras levantaba una ceja.

Pero no dijo nada hasta que terminé.

El silencio se quedó flotando en el salón unos segundos.

Yo miré la infusión.

Ella me miró a mí.

Finalmente apoyó la espalda en el sofá.

—Vale. Déjame ver si lo he entendido bien.

—Adelante.

—Has estado persiguiendo a un escocés millonario emocionalmente inaccesible por un castillo lleno de pasadizos secretos.

—Correcto.

—Luego empezasteis a besaros.

—Sí.

—Después os acostastéis.

Me removí un poco en el sofá.

—Varias veces.

Olivia levantó una ceja.

—Bien. —Se quedó callada un segundo—. Y ahora estás aquí llorando porque lo viste con su ex.

Me encogí de hombros.

—Más o menos.

—Genny.

—¿Qué?

—Estás enamorada de él.

Casi se me cayó la taza.

—¿Qué? ¡No!

—Genny…

—¡Que no!

Olivia me miró unos segundos con paciencia infinita. Luego suspiró.

—Entonces ¿por qué lloras?

Abrí la boca. La cerré. Porque la respuesta era incómodamente obvia. Me encogí un poco de hombros.

—No lo sé. —Olivia levantó una ceja—. Vale, sí lo sé. Estoy llorando porque soy idiota. Porque me dijo que yo le gustaba, y me lo creí cuando es evidente que sigue colgado de su ex. Solo había que ver cómo le afectó verla durante aquella gala…

—Oye, igual deberías hablar con él. Quizás lo que viste tiene una explicación.

Negué inmediatamente.

—No. No voy a ir detrás de él para preguntarle por su ex.

—No sería ir detrás de él. Sería tener una conversación como dos adultos.

Solté una pequeña risa sin humor.

—¿Sobre qué? ¿Sobre cómo besa a mujeres en su despacho sin asegurarse cerrar bien la puerta? Paso. Además, está el artículo que publicarán mañana, que afirma que vuelven a estar juntos. Si por su culpa Ben al final decide no darme la sección de reportajes largos…

En ese momento un golpe fuerte de lluvia resonó contra las ventanas.

Las dos miramos hacia el cristal.

El sonido se intensificó de repente, como si alguien hubiera abierto una compuerta en el cielo.

Olivia soltó un pequeño silbido.

—Madre mía… —murmuró—. Parece que se vaya a acabar el mundo.

Tragué saliva y me asomé por la ventana. La lluvia caía como una ráfaga de agua imparable. Lo había escuchado en las noticias, que llovería, pero no imaginé tal intensidad.

Y pronto pensé en los gatos.

En Clyde.

Y en los demás.

No sabía si Ewan había puesto ya el refugio definitivo. Pero si no lo había hecho aún… aquel cobertizo improvisado quizá no sería suficiente para protegerlos de una tormenta así.

La lluvia golpeó otra vez contra la ventana.

Más fuerte.

Sentí un nudo en el estómago.

—Mierda.

Olivia me miró.

—¿Qué pasa ahora?

—Los gatos.

—¿Qué gatos?

—Los del castillo. Me preocupa un que no estén bien.

Olivia parpadeó.

—¿Me estás diciendo que en mitad de tu crisis amorosa estás pensando en unos gatos?

—Está cayendo el diluvio universal. —Me levanté del sofá—. Voy al castillo.

Olivia abrió la boca.

—Genny, han emitido un aviso de inundaciones.

Pero yo ya estaba saliendo por la puerta, determinada a proteger a mis pequeñines.

30

Genny



Tardé casi una hora en llegar al castillo con el caos que la lluvia había causado en Manhattan.

Cuando salí del coche, la lluvia era ya una auténtica cortina cayendo del cielo.

En cuestión de segundos el agua me empapó el pelo, la chaqueta, la ropa. Eché a andar rodeando el castillo. El viento empujaba la lluvia y apenas veía unos metros por delante. Las luces del jardín se desdibujaban tras aquella masa de agua.

Avancé deprisa hacia el muro donde estaba la colonia.

Cuando llegué a las casitas me agaché para mirar.

Ewan todavía no había cambiado las viejas por el refugio definitivo. Pero había colocado una lona gruesa sobre ellas, bien sujeta al muro y a la verja cercana. La tela formaba una especie de techo improvisado que desviaba buena parte de la lluvia hacia abajo.

Solté el aire.

—Menos mal…

Bajo la lona vi movimiento.

Dos de los gatos estaban acurrucados dentro de una casa. Otro asomó la cabeza desde el fondo de otra, molesto por el ruido de la tormenta.

Pero fruncí el ceño.

—¿Clyde?

Miré otra vez.

Nada. No estaba.

La lluvia golpeaba la lona con fuerza, resbalando por los bordes como un pequeño torrente.

Tras comprobar que Clyde no estaba en ninguna de las casitas, me incorporé.

—¿Clyde?

Salí de debajo de la protección de la lona y avancé unos pasos por el jardín, intentando distinguir algo entre aquella cortina casi opaca de agua.

—¡Clyde!

El césped estaba completamente empapado. La angustia se apoderó de mi pecho. Clyde era pequeño y despistado. ¿Y si merodeaba por alguna parte cuando empezó a llover y ahora se encontraba en peligro?

Di otro paso.

El pie me resbaló.

—¡Ah!

Caí de golpe sobre la tierra mojada. Las manos y las rodillas se hundieron en el barro y el agua me salpicó hasta la cara.

—Mierda…

Me levanté enseguida, apartándome el pelo mojado de los ojos.

—¡Clyde!

Entonces vi una silueta aparecer entre la lluvia. Alta. Oscura.

Avanzaba hacia mí desde el sendero del jardín, atravesando aquella cortina de agua como si no existiera.

Tardé un segundo en reconocerlo.

Ewan.

Caminaba bajo la tormenta completamente empapado.

Y llevaba a Clyde en brazos.

Corrí hacia él.

—¡Ewan! —El agua caía tan fuerte que casi tenía que gritar para que me oyera—. ¿Está bien?

Ewan se detuvo a un par de pasos de mí. Tenía el pelo pegado a la frente y la camisa completamente empapada. Clyde asomaba la cabeza entre sus brazos, con las orejas aplastadas por la tormenta.

—Sí —dijo, alzando un poco la voz para hacerse oír sobre el ruido de la lluvia—. Lo encontré donde el otro día. Junto a la entrada.

Solté el aire que llevaba reteniendo desde que no lo había visto en las casitas.

—Dámelo.

Ewan me lo pasó con cuidado.

Clyde estaba mojado, pero caliente. Se quejó con un pequeño maullido cuando lo apreté contra mi pecho.

—Tranquilo… ya está.

Lo llevé hasta una de las casitas bajo la lona. Lo dejé dentro, junto a los otros gatos, que apenas levantaron la cabeza al verlo entrar.

Me quedé un momento observando a Clyde acomodarse dentro.

Luego levanté la vista hacia Ewan.

Ewan ya me estaba mirando.

Una mirada fija. Intensa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al final.

Me encogí ligeramente de hombros, aún con el corazón acelerado.

—Estaba preocupada por los gatos.

Sus ojos no se apartaron de los míos.

—¿Pensabas que los dejaría a su suerte?

Negué enseguida.

—No. Pero tenía que asegurarme de que estaban bien.

Ewan bajó la mirada un momento.

—Estás cubierta de barro.

Miré mis manos. Tenía las palmas llenas de tierra mojada y la ropa empapada.

—Me caí antes.

—¿Te hiciste daño?

Negué con la cabeza.

—No, estoy…

Pero no me dejó terminar.

Antes de que pudiera reaccionar, me cogió en brazos.

—Ewan…

No dijo nada.

Simplemente salió de debajo de la lona y echó a andar bajo la lluvia, llevándome hacia el cobertizo mientras la tormenta seguía cayendo alrededor.

Una vez en el cobertizo, me soltó, y empezó a mirarme de arriba abajo, comprobando rápidamente que estaba bien.

Sus manos pasaron por mis hombros, mis brazos, como buscando alguna herida.

—¿Seguro que no te hiciste daño?

Negué otra vez.

—Estoy bien.

Entonces, sin previo aviso, me atrajo hacia él y me abrazó con fuerza..

—Estás loca —murmuró contra mi pelo—. Una auténtica kamikaze.

El calor de su cuerpo contrastaba con el frío de la lluvia que aún me goteaba por la cara, pero algo en mí se tensó.

Me separé, incómoda.

—Ewan…

Él frunció ligeramente el ceño.

—Llevo todo el día intentando hablar contigo.

Negué con la cabeza.

—Apagué el teléfono.

La lluvia golpeó el techo del cobertizo con fuerza.

—Entonces no has visto la nota de prensa.

Lo miré.

—¿Qué nota de prensa?

—La que publicamos esta tarde. —Su voz sonó más dura—. Desmintiendo la noticia de que Amy y yo hemos vuelto.

El estómago se me encogió.

—Todo fue una estrategia de Amy para tapar otra noticia que la dejaba en muy mal lugar —añadió—. No hay nada entre nosotros.

Negué lentamente.

—Pero yo os vi esta mañana.

Ewan frunció el ceño.

—¿Qué viste?

Tragué saliva.

El silencio cayó entre nosotros, roto solo por la lluvia golpeando el techo del cobertizo.

—Vi como os besabais.

Ewan parpadeó, confuso.

—¿Seguro que sabes lo que viste? Porque eso no ocurrió nunca.

Abrí la boca.

Pero no salió nada.

Porque, al pensarlo otra vez… en realidad no había visto el beso.

Solo a Amy inclinándose hacia él.

No había esperado a ver el desenlace. Me había ido antes.

—No la besé —insistió—. Le pedí que se fuera. Porque nunca podré perdonar lo que hizo. Y porque la única mujer que me interesa ahora eres tú, Genevieve O'Donnell.

Sentí cómo se me llenaban los ojos de lágrimas.

La lluvia seguía golpeando el techo del cobertizo, constante, como si el mundo entero estuviera cayendo ahí fuera.

—Ewan… —mi voz salió más débil de lo que esperaba—. Yo creí que…

Ewan levantó las manos y me acunó el rostro entre ellas, obligándome a mirarlo.

Sus dedos estaban fríos por la lluvia.

—Puede que sí tengas que cambiar ese reportaje para que sea fiel a la verdad —dijo en voz baja—. Porque sí que existe una persona en mi vida, Genny. —Sus pulgares rozaron mis mejillas húmedas—. Y esa persona eres tú.

El mundo pareció quedarse en silencio un segundo.

Luego se inclinó.

Sus labios encontraron los míos con una urgencia contenida. Lo agarré por la camisa empapada y lo atraje más hacia mí mientras la lluvia seguía cayendo.

El beso fue profundo, cálido, lleno de todo lo que no habíamos sabido decirnos.

Cuando se separó apenas unos centímetros, su frente descansó contra la mía.

—Kamikaze —murmuró.

Sonreí entre lágrimas.

Y afuera, la tormenta siguió rugiendo… pero ya no importaba.

EPÍLOGO

Genny



La primavera había llegado al castillo.

Y con ella… más gatos.

Muchos más.

—Esto se nos está yendo de las manos —murmuré, mirando el jardín.

Las antiguas casitas ya no eran suficientes. Donde antes había seis ahora había diez.

Ewan estaba a mi lado, con las manos en los bolsillos, observando la escena con una sonrisa torcida.

—Técnicamente —dijo— esto es culpa tuya.

Giré la cabeza.

—¿Mía?

—Les compraste abrevaderos automáticos y comederos con dispensadores. Se corrió la voz de que aquí se vive bien.

Solté una risa.

—¿Los gatos tienen sistema de recomendación?

—Claramente sí.

Uno de los nuevos gatitos, minúsculo, negro y con demasiada energía para su propio tamaño, salió disparado por una de las rampas del refugio nuevo, que habíamos tenido que ampliar.

Mucho.

Lo que empezó con unas cuantas casitas se había convertido en un refugio enorme de madera junto al muro norte del jardín. Con compartimentos, tejados inclinados, rampas y una zona cubierta para cuando llovía.

—Admite que te gusta —dije.

Ewan inclinó ligeramente la cabeza mientras observaba el refugio.

—Digamos que… cumple su función.

—Eso no es admitir que te gusta.

—Es lo máximo que vas a conseguir.

Rodé los ojos y miré la pared lateral del refugio.

Allí estaba.

La placa.

Pequeña. De acero pulido.

Pasé los dedos por las letras grabadas.

COLONIA FELINA DUNBRAE

Refugio construido por

Sonreí sin poder evitarlo.

—No tenías que poner mi nombre.

Ewan se acercó por detrás. Su brazo rodeó mi cintura con naturalidad.

—Claro que sí.

Apoyó la barbilla en mi hombro.

—Fue tu idea.

—Pero tú me ayudaste.

—Pero es tu castillo.

—Pero son nuestros gatos.

Justo en ese momento Clyde salió cojeando de una de las casitas.

Ya no era una cría.

Había crecido bastante en los últimos meses. Seguía cojeando un poco, pero ahora caminaba con la seguridad de un gato que sabe que ese lugar es suyo.

Se detuvo frente a nosotros.

Nos miró.

Y maulló.

Ewan soltó una pequeña risa por lo bajo.

—Creo que Clyde está exigiendo su cuota diaria de atención.

Me agaché y le rasqué suavemente detrás de las orejas. Clyde entrecerró los ojos, satisfecho.

—Está mimado.

—Eso también es culpa tuya —dijo Ewan.

—Mentira. Tú eres peor que yo.

—No es cierto.

—Te he visto hablar con él por las mañanas cuando sales a correr. La ventana de tu habitación da aquí, ¿sabes?

Ewan me miró con expresión incrédula.

—Estás invadiendo mi privacidad matutina.

Solté una risita entre dientes sin apartar la mirada de los gatitos.

Uno de los más pequeños intentaba subir la rampa nueva con una torpeza adorable mientras otro lo empujaba desde atrás.

Ewan siguió mi mirada y compartimos una sonrisa cómplice.

Porque todo había empezado gracias a un reportaje y había terminado de la forma más inesperada.

Ahora tenía el trabajo de mis sueños en el periódico.

Y al hombre más increíble del mundo a mi lado.

Ewan deslizó los dedos entre los míos.

—¿En qué estás pensando?

Lo miré.

—En que la mejor historia que he escrito nunca, empezó el día que te conocí, señor McRae.

Ewan sostuvo mi mirada un instante.

—Entonces será mejor que la terminemos bien.

Alcé una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

Su sonrisa apareció despacio.

—Con un final feliz.

Se inclinó y me besó.

Despacio al principio. Suave. Como si aquel momento no tuviera ninguna prisa por acabar.

A nuestro alrededor, los gatos seguían correteando por el refugio nuevo, Clyde maullaba indignado porque habíamos dejado de prestarle atención, y el jardín del castillo estaba lleno de esa luz dorada de primavera que lo hacía todo parecer un poco más mágico.

Cuando Ewan se separó, apoyó la frente contra la mía.

—Creo que aún nos quedan muchos capítulos por escribir, periodista.

Sonreí.

—Eso espero.

Porque, después de todo… la mejor historia de mi vida apenas acababa de empezar.

EXTRA

Ewan



El ruido del Highland Stag aquella noche era suave. Un murmullo tranquilo de conversaciones relajadas, el tintineo de vasos y el aroma de madera antigua mezclado con whisky.

Connor apoyó el móvil sobre la mesa con un suspiro, mientras Liam y Brody hablaban sobre algo relacionado con los nuevos acuerdos internacionales de Dunbrae.

Lo miré desde el otro lado de la mesa.

Algo le pasaba.

Y algo gordo, por la forma en que llevaba toda la noche dando vueltas al teléfono como si fuera una bomba de relojería.

—¿Todo bien? —pregunté finalmente.

Connor levantó la vista y me miró con expresión incómoda.

—¿Alguna vez has hecho algo muy estúpido por orgullo?

Liam dejó de hablar y miró hacia nosotros, inmediatamente interesado.

—Define «muy estúpido».

Connor suspiró y volvió a mirar el teléfono.

—Mi mejor amiga de la universidad se casa.

—¿Maisie? —preguntó Brody.

Connor asintió.

—Es escocesa, ¿recordáis? Cuando nos conocimos en la universidad conectamos enseguida por eso.

Liam asintió con media sonrisa.

—Eso suele unir bastante.

Connor resopló suavemente.

—La cuestión es que, hace un par de años, cometí el error de confesarle que sentía algo por ella. Y ella, obviamente, no lo sentía. Decidimos ignorar el tema, todo volvió a la normalidad… o eso pensaba yo. Pero ahora se casa. Y la boda es en Escocia.

Brody arqueó una ceja.

—¿Y cuál es el problema?

Connor se removió ligeramente en la silla.

—Que cuando me llamó para invitarme, noté que estaba incómoda. Así que, para demostrar que todo estaba bien y no había ninguna tensión, cometí la estupidez de decirle que no solo iría… sino que lo haría con mi novia.

Liam se reclinó en la silla con una sonrisa demasiado amplia.

—¿Qué novia?

Connor clavó la mirada en él.

—Exacto.

Brody soltó una risa baja.

—Brillante jugada estratégica.

Connor suspiró.

—No sé qué demonios estaba pensando.

Lo observé en silencio un segundo.

—¿Y cuál es tu plan ahora?

Connor miró otra vez el móvil, luego a nosotros.

Su sonrisa fue ligeramente irónica.

—Contratar una novia falsa.

Durante unos segundos, los tres nos quedamos en silencio, procesando lo que acababa de decir.

Liam fue el primero en hablar.

—¿Novia falsa? ¿Como en una agencia?

Connor asintió.

—Exacto. He estado investigando y hay agencias discretas que hacen justo eso.

Brody arqueó una ceja.

—¿Piensas llevar a una completa desconocida a la boda de Maisie?

—No es lo ideal, pero es lo que hay. Necesito que parezca que estoy en una relación real. Quiero que ella pueda casarse tranquila sin pensar que sigo colgado por ella.

Liam le dio una palmada en el hombro con solemnidad fingida.

—Connor McRae, esto promete ser muy entretenido.

Connor rodó los ojos.

—Gracias por el apoyo.

Yo sonreí ligeramente y levanté la copa hacia él en un brindis silencioso.

—Buena suerte con eso.

Connor negó lentamente con la cabeza, tomando un trago largo de su vaso.

—La voy a necesitar.

¿ME DEJAS UNAS ESTRELLITAS?



Puede que no lo sepas, pero cada valoración y reseña que dejas en Amazon tiene un impacto enorme.

Es como si dijeras: «Esta historia me llegó, y quiero que más lectoras puedan descubrirla».

No hace falta escribir un texto largo; una frase, una emoción, incluso solo las estrellas… todo ayuda muchísimo.

Eso sí, hay algo importante que quizá no sabías: en Amazon, una valoración por debajo de 4 estrellas se interpreta como que el libro no te ha gustado, aunque tú solo quieras expresar que te gustó «un poquito menos».

Por eso, si disfrutaste la lectura, dejar 4 o 5 estrellas ayuda a que la historia pueda seguir llegando a más lectoras.

Gracias, de corazón, por cada palabra, cada reseña y cada gesto de cariño.

Detrás de cada historia hay una autora que sonríe al leerte.

¡MUCHAS GRACIAS!

SINOPSIS

Connor, millonario y prohibido

Una chica con doble vida. Un millonario escocés que necesita desesperadamente una novia falsa. Una boda donde fingir se convertirá en algo peligrosamente real.

Soy Liza Dawson, y trabajo limpiando el castillo Dunbrae, el lugar más exclusivo de Manhattan: una destilería escocesa con torres de piedra, jardines enormes y una familia de millonarios que parece salida de una leyenda.

Por el día paso desapercibida entre cubos, trapos y pasillos que nadie mira.

Por la noche… tengo otro trabajo.

Trabajo para una agencia de citas falsas.

Me pongo un vestido bonito, sonrío, mantengo conversaciones interesantes y finjo ser la novia perfecta de hombres que necesitan impresionar a alguien durante unas horas.

Fácil. Profesional. Sin emociones.

Hasta que uno de esos clientes resulta ser Connor McRae, uno de los herederos del castillo.

Connor es serio, reservado, peligrosamente inteligente y dirige las operaciones de la destilería familiar como si el mundo entero dependiera de ello.

Connor necesita una novia falsa para asistir a la boda de su mejor amiga en Escocia y decide contratarme sin saber quién soy realmente.

Así que termino atrapada en Escocia durante un fin de semana entero fingiendo ser su pareja, compartiendo cama, miradas intensas y una química que ninguno de los dos esperaba.

Porque… todo esto era solo una mentira, hasta que empezó a sentirse demasiado real.

Lo que encontrarás en esta historia

✓ Un millonario escocés reservado, protector… y muy difícil de resistir.

✓ Una chica con doble vida y más secretos de los que debería tener.

✓ Una boda en Escocia donde fingir ser pareja se vuelve peligrosamente convincente.

✓ Enredos, tensión romántica y momentos que te harán reír y suspirar.

✓ Un romance donde lo prohibido se vuelve irresistible.

¡¡YA EN PREVENTA!!

¡ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

¡Hola, princesa!

Si has llegado hasta aquí, probablemente estás sonriendo tanto como yo mientras escribo estas palabras.

Cuando empecé esta historia, tenía muy claras dos cosas: quería un escocés irresistible con castillo propio en Manhattan… y una protagonista fuerte, divertida y con más preguntas que prudencia.

Ewan y Genny han resultado ser aún más especiales de lo que imaginaba, y sus aventuras entre castillos, gatos y esposas rosas se han quedado para siempre en mi corazón. De verdad espero que te hayas enamorado de ellos tanto como yo.

Gracias por acompañarme capítulo tras capítulo, página tras página, en este viaje. Tu apoyo es lo que hace posible que historias como esta cobren vida y me anima a seguir creando personajes inolvidables.

Y si te has quedado con ganas de más, tranquila… porque muy pronto llega la historia de Connor. Prepárate, porque los hermanos McRae aún tienen mucho que contar… y más corazones que conquistar.

Gracias por confiar en mis historias, por tu cariño y, sobre todo, por permitirme entrar en tu vida con esta novela.

Nos leemos muy pronto.

Con todo mi cariño,

Leila Yoon

P.D. Sígueme en redes sociales.

Instagram: https://www.instagram.com/leilayoonautora/

Facebook: https://www.facebook.com/profile.php?id=61572377692065

Date de alta en mi boletín de novedades y recibirás un relato gratis:

https://www.leilayoon.com/

MIS NOVELAS

SERIE MILLONARIOS INSOPORTABLES DE MANHATTAN

-Un acuerdo millonario

-Un contrato millonario

-Un deseo millonario

-Un problema millonario

-Un error millonario

-Un sueño millonario

-Un desafío millonario

-Un sabor millonario

Aquí para leer la serie

SERIE HEREDEROS MILLONARIOS DE MANHATTAN

-Millonario irresistible

-Millonario arrogante

-Millonario encantador

-Millonario provocador

-Millonario insaciable

Aquí para leer la serie

SERIE REGÁLAME UN CEO POR NAVIDAD

-Novia del CEO por Navidad

-Atrapada con el CEO por Navidad

Aquí para leer la serie